

LA CULTURA TALAYÓTICA

UNA SOCIEDAD DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA PERIFERIA DE LA COLONIZACIÓN FENICIA

*Víctor M. Guerrero Ayuso, Manuel Calvo Trias, Bartomeu Salvà Simonet**

RESUMEN.- En el presente trabajo se razona una crítica sobre las bases cronológicas en las que se venían fundamentando los orígenes de la cultura talayótica balear. A partir de ello se acepta un nuevo marco cronológico que ya se había venido postulando en los últimos años por diferentes equipos de investigación. La sincronía que se observa entre los inicios y primer desarrollo de la cultura talayótica, la llegada del hierro a las islas, así como los cambios sustanciales que se observan en las redes de intercambio ultramarino en el Mediterráneo central y occidental, que pasan a estar monopolizadas por los comerciantes fenicios, permite sugerir que también la cristalización y primera evolución de la sociedad talayótica se inserta en este contexto geohistórico, con sus evidentes y conocidas peculiaridades. Señalando, no obstante, que las causas últimas de los orígenes son endógenas y se venían gestando algún tiempo antes en el seno de las comunidades isleñas del Bronce Naviforme. Se propone igualmente una secuencia de modelos de intercambio entre los agentes que controlan las navegaciones del comercio a larga distancia, los fenicios, y púnicos ebusitanos después, y las comunidades talayóticas de Mallorca y Menorca. No se abordan en el presente escrito asuntos relacionados con la tipología y función de la arquitectura ciclópea turriforme, ni otros relacionados con la cultura material cuyo conocimiento ha sido actualizado, renovado y difundido en la literatura arqueológica de los últimos años.

ABSTRACT.- The Talayotic culture. An Iron Age society in the periphery of the phoenician colonization. *The present study explains a critique about the chronological bases on which the origins of the Talayotic culture of the Balearic Islands have been grounded. From this, a new chronological framework is accepted, which has already been postulated by various research teams in recent years. The synchronicity that is seen between the Talayotic culture's beginnings and its initial development, and the arrival of iron on the islands, as well as the substantial changes seen in the network of overseas trade in the Central and Western Mediterranean, which came to be monopolised by Phoenician merchants, permits us to suggest that the crystallisation and evolution of the Talayotic society, with its clear and well-known peculiarities, are also included within this geohistoric context. Indications of the Talayotic culture's ultimate causes, however, point to endogenous origins and a period of prior gestation in the midst of Balearic communities of the Naviform Bronze Period. A sequence is also proposed for the models of trade among the agents that controlled long-distance maritime commerce, that is, among the Phoenicians, the Punic peoples of Ibiza afterwards, and the Talayotic communities of Majorca and Minorca. Not touched upon in the present paper are matters related to the typology and function of Cyclopean turriform architecture, nor those related to the material culture whose understanding has been re-assessed, up-dated, and disseminated in the archaeological literature of recent years.*

PALABRAS CLAVE: Islas Baleares, Cultura talayótica, Intercambios comerciales, Fenicios, Hierro.

KEY WORDS: Balearic islands, Talayotic culture, Commercial exchange, Phoenician, Iron.

* Grup de Recerca Arqueobaleàr. Edifici R. Llull. Campus de la Universitat de les Illes Balears. C^a Valldemossa, km 7,5. 07071 Palma de Mallorca.

1. INTRODUCCIÓN¹

Como ha ocurrido con otros periodos de la prehistoria balear, en la segunda mitad de la década de los años noventa la cultura talayótica ha conocido igualmente una profunda renovación de los enfoques y modelos tenidos durante mucho tiempo como paradigmas consolidados. A ello ha contribuido, sin duda, un enriquecimiento cuantitativamente considerable de la documentación disponible, pero en igual medida, o más, han cooperado datos cualitativamente muy relevante, proporcionados por las excavaciones de los últimos años, que están permitiendo una profunda revisión del encuadre cronológico de esta entidad arqueológica.

En este trabajo sólo trataremos aquellos aspectos que, a nuestro juicio, deben ser objeto de una revisión motivada por los resultados de investigaciones recientes, la mayoría aún en vías de sistematizar la información obtenida, aunque permiten ya avanzar algunos resultados. En este sentido, muchas cuestiones relacionadas sobre todo con la cultura material, la arquitectura y las tradiciones funerarias no serán tratadas con detenimiento, por el contrario recibirá una atención especial el tema de las relaciones externas de intercambio, cuestión que nos parece vital, pues no en vano la consolidación de la cultura talayótica tiene lugar en un momento en el que el fenómeno colonial fenicio se asienta en el Mediterráneo central y occidental, cambiando profundamente las relaciones de fuerza que hasta entonces habían hecho posible las redes de intercambio ultramarino en estas rutas y sus ámbitos costeros.

La cultura talayótica, denominación derivada del nombre catalán *talaia* (= atalaya) con el que los campesinos identificaron los restos arquitectónicos en forma de torre diseminados por el paisaje rural menorquín y mallorquín, ha sido considerada desde el arranque de la investigación científica arqueológica como la bisagra sobre la que giraba todo el pasado prehistórico de las islas. No es raro, en esta situación, que los reajustes impuestos por las dataciones absolutas² de las fases inmediatamente anteriores hayan terminado por influir directamente en el encuadre cronológico de la propia cultura talayótica, sobre todo en lo que afecta a sus inicios. Además, claro está, de las dataciones de contextos estrictamente talayóticos, cuyos resultados han obligado a rectificar los enfoques vigentes hasta hace muy poco tiempo. Por lo tanto esta revisión crítica debe ser entendida también como un replanteamiento de anteriores postulados que los propios autores de este trabajo hemos venido manteniendo, aunque muchos aspectos hace ya algunos años que comenzaron a ser revisados (Cavo y Salvà 1997; Guerrero 1997a: 129-135, 1999; Calvo *et al.* 2001).

Prácticamente desde los primeros intentos de sistematización³ de la prehistoria balear, todos los investigadores, entre los que nos contamos, han venido considerando la cultura talayótica como una manifestación baleárica y particular del Bronce Medio o Final, según los casos, que evolucionaría después a o largo de la Edad del Hierro, fundamentalmente bajo la presión de los impulsos colonizadores cartagineses. En la medida que avanzan las investigaciones se está comprobando que esta visión estaba desenfocada, por lo tanto, parece imprescindible aclarar sobre qué bases nos hemos movido hasta tiempos recientes y qué aspectos están siendo rectificadas.

Al igual que ocurre en otros momentos de la prehistoria balear, las Pitiusas se desmarcan de esta situación y siguen una trayectoria distinta a la de Mallorca y Menorca. Parece fuera de toda duda que el registro arqueológico característico del primer milenio BC que identificamos en las islas mayores como cultura talayótica no tiene presencia en las Pitiusas. No obstante, la cuestión aún más debatida (Gómez y San Nicolás 1988; Gómez 1995; Costa y Guerrero 2001, e.p.) es la posible despoblación de estas islas a la llegada de los primeros colonos fenicios, tesis mantenida por la escasez, dispersión y opacidad de los pocos indicios arqueológicos que con claridad pueden ubicarse en el momento del primer contacto de los colonos semitas con la isla de Ibiza. Sin embargo, los argumentos *ex silentio* y la ausencia de un registro arqueológico consistente no son por sí solos suficientes para mantener la hipótesis de una isla deshabitada.

Sin pretender terciar en una polémica (p.e. Belén y Escacena 1995; Fabregas y Bradley 1995; Gómez Toscano 1999) que excede los objetivos de este trabajo, debemos recordar que también existe una dificultad notable para identificar la existencia de asentamientos de hábitat y necrópolis del Bronce en la vasta región peninsular del Suroeste, reduciéndose el registro más consistente a las estelas y a los depósitos de objetos de bronce. Cabe preguntarse si determinadas formaciones socioeconómicas, como, por ejemplo, el pastoreo transhumante, son poco propicias a dejar un registro arqueológico "ortodoxo" (poblados estables y necrópolis). Tal vez la generación de yacimientos fáciles de documentar en el registro arqueológico estándar venga ligado a procesos de sedentarización (Galán 1993) definitiva de muchas poblaciones, en gran medida estimulados por la aparición de los colonos fenicios en las costas.

Las razones de la divergencia entre el registro del Bronce Final pitiuso y balear son por el momento poco claras y objeto aún de controversia, pero adelantaremos algunas cuestiones que, según nuestro criterio, merecen ser tenidas en cuenta y discutidas, aunque por el momento sólo sean aportaciones al debate.

2. ENFOQUES OBSOLETOS SOBRE LA CRONOLOGÍA Y LAS CAUSAS DE LOS ORÍGENES

Desde la década de los años setenta dos dataciones radiocarbónicas se convirtieron en el eje sobre el que ha venido pivotando una cronología alta para la cultura talayótica, que situaba los orígenes de ésta hacia 1300 aC, lo que en términos calibrados supondría una edad calendárica próxima a 1550 BC. Conviene detenerse a examinar con algún detalle, no tanto la validez técnica de estas dataciones, que no presenta problema, sino la representatividad arqueológica de las mismas. Dicho de otro modo, ¿pueden realmente considerarse talayóticos los contextos a los que las muestras se asociaron?

La primera de estas fechas⁴ fue obtenida a partir de una muestra de carbón que proporcionó la datación de 1250 aC (cal. 1 sig. BC 1620-1390) y se asoció en las primeras publicaciones a la ocupación funeraria talayótica del abrigo de Son Matge (Rosselló y Waldren 1973; Fernández-Miranda y Waldren 1979). Una de estas inhumaciones iría acompañada de la conocida espada de pomo macizo, brazaletes y pasador (Waldren 1982: 380), mientras que otros objetos de bronce, igualmente muy significativos, como varias cuchillas de cortador de hoja triangular, una de ellas también con mango del mismo metal, aparecieron a poca distancia. A este mismo contexto se asocia también el hallazgo de una pequeña cuenta de hierro (Rosselló y Waldren 1973: fig.19), lo que casaba muy mal con la cronología tan alta propuesta para este contexto funerario. Los mismos investigadores de los hallazgos ya manifestaron su sorpresa acerca de la presencia de objetos de bronce tan complejos en una fecha anormalmente antiguas (Fernández-Miranda y Waldren 1979: 364). Probablemente, todos estos objetos formaron parte de uno o varios depósitos similares con el mismo significado que los ya analizados con anterioridad (Salvà, Calvo y Guerrero, en esta misma revista).

En realidad la datación citada tiene sólo una validez de referencia *post quem* para el conjunto de bronce, debido a que la muestra de carbón, como el propio W. Waldren (1982: 162-163) reconoce, procede de los últimos momentos de ocupación del abrigo como "hábitat". Después de un periodo indeterminado de inactividad, identificado a partir de un compacto estrato de tierra "*sumamente endurecida*" (Rosselló y Waldren 1973: 260), el abrigo vuelve a ser utilizado, aunque ahora como necrópolis colectiva talayótica.

Por otro lado, en publicaciones algo posteriores (Waldren 1992: tab.3) la primera serie de dataciones radiocarbónicas, considerada realmente talayótica y asociada a los inicios del abrigo rocoso como necrópolis colectiva de inhumación, nos marca un arco temporal no anterior al *c.* 1000 BC y con una fuerte concen-

tración de dataciones en torno al 850-800 BC. Estas fechas tienen correlato perfecto en otras necrópolis de nueva planta que hacen su aparición precisamente en los momentos iniciales de la cultura talayótica. Algunas de ellas también en abrigos rocosos con cierre ciclópeo. Probablemente la que más se aproxima a la de Son Matge sea la menorquina conocida como Mongofre Nou (Nicolàs 1999). Una serie de dataciones absolutas obtenidas de huesos humanos (Mestres y Nicolàs 1999) nos indican con seguridad que esta necrópolis se ocupó y funcionó entre aproximadamente el 900 y el 840 BC, es decir, de forma sincrónica a la primera fase funeraria talayótica de Son Matge.

Por lo tanto, el conjunto de bronce de Son Matge, incluida la famosa espada de pomo macizo y empuñadura metálica, no debe ser posterior al 900-850 BC, fecha que debe considerarse como la de amortización, o tal vez depósito votivo (Bradley 1990), de esta serie de piezas de bronce. Por ahora es difícil aventurar el momento de la fundición y uso primigenio de estos elementos metálicos, pero todo parece indicar que esto ocurre en una fase en la que la mayoría de las comunidades isleñas vivían aún en poblados de naviformes y las manifestaciones arquitectónicas paradigmáticas de la cultura talayótica, como son los turriformes y los poblados amurallados, aún eran prácticamente desconocidas.

La segunda de las dataciones⁵ que forzosamente debe ser comentada con algún detalle es la obtenida en el yacimiento mallorquín de Pula que proporcionó, a partir de la edad convencional del radiocarbono, la fecha de 1310 aC (Rosselló 1979: 191), lo que en la escala cronológica solar correspondería a un intervalo de tiempo situado entre 1630 y 1450 BC. De nuevo, pese a la validez técnica de la datación, nos encontramos ante otro caso de clara descontextualización o de representatividad prácticamente nula de la muestra. En las publicaciones iniciales fue atribuida a los restos de un hogar abandonado en la cámara superior (Rosselló 1979: 191) de este turriforme de plata helicoidal. Sin embargo, años después es asociada al "*nivel inferior de la estratigrafía del porche*" (Rosselló 1987: 424), que es una construcción adosada al turriforme y cuya excavación evidenció la existencia de un paleosuelo separado de la ocupación talayótica por un potente estrato de tierra endurecida y estéril (Rosselló 1987: 433). De este mismo turriforme se conoce otra datación⁶ obtenida de un carbón de la cámara superior (Waldren 1986: inv. n. 23), afortunadamente con una alta resolución de la edad calendárica, que situaría el evento entre *c.* 839 y el 799 BC. Datación que está en perfecta concordancia con lo que hoy conocemos acerca de la construcción y primer uso de los turriformes talayóticos, como más adelante se discutirá con detalle.

Pese a los graves problemas de representatividad arqueológica, estas dos dataciones terminaron por

convertirse en una especie de mito referencial que debía de marcar necesariamente el inicio de la cultura talayótica, de forma que otros contextos excavados con posterioridad serían tenidos por talayóticos si coincidían o bajaban de esta frontera cronológica y pretalayóticos si se situaban en un horizonte cronológico anterior.

Fue así como los conjuntos artefactuales puestos al descubierto en el naviforme menorquín de Cala Blanca y asociados respectivamente a las dos dataciones absolutas del monumento son considerados como perteneciente al “talayótico IA” el más antiguo, que se data entre *c.* 1600 y 1500 BC, y al “talayótico IB” el más reciente, situado entre *c.* 1400 y 1300 BC (Plantalamor y Strydonck 1997: 69-73). Otro tanto se hace con el ambiente excavado en uno de los naviformes de Clariana que presenta una cronología idéntica al anterior (Plantalamor y Strydonck 1997: 36), e igualmente es considerado un contexto correspondiente al “Talayótico IA”. La contradicción se agudiza cuando, al estudiar las cerámicas del naviforme de Cala Blanca, Juan y Plantalamor (1997: 163-164) proponen paralelos similares muy acertados, aunque todos también procedentes de otros naviformes, tanto mallorquines, como menorquines, mientras que no se cita ni siquiera un sólo contexto claramente talayótico que contenga estos mismos elementos cerámicos.

La propuesta de estos investigadores no deja de contener aspectos contradictorios. Por un lado, mantienen que la génesis de la cultura talayótica hay que buscarla en la llegada de gentes que se asientan en las islas y, bien sea por vía de la aculturación (Plantalamor 1992, 1997), o mediante el sometimiento *manu militari* (Rosselló 1987) de la población anterior, introducen un modelo distinto de organización espacial que se plasma en los poblados amurallados, y en una arquitectura caracterizada por los elementos turriformes. Sin embargo, los cambios decisivos en el nivel tecnológico y en la cultura material se producirían en el contexto de las gentes que aún habitaban los poblados naviformes. De esta forma, estaríamos ante un modelo de sumisión al invasor verdaderamente único en la historia, según el cual, la población subyugada inició la fabricación de elementos cerámicos y metálicos al gusto de los invasores unos seis siglos antes de la propia invasión.

Esta delimitación cronológica errada de los inicios de la cultura talayótica vició muchos planes de investigación encaminados a aclarar los momentos de construcción de los edificios más emblemáticos de esta cultura, como son los talaiots y otros elementos arquitectónicos turriformes⁷, a base de datar contextos pretendidamente relacionados con la “preconstrucción”, “construcción” y uso de estos monumentos (Waldren y Strydonck 1993). En realidad el fundamento para delimitar estos procesos no eran las infe-

rencias realizadas sobre los análisis contextuales propiamente dichos, sino que estos eran considerados inductivamente lo uno, o lo otro, en función de contrastar los resultados de las nuevas dataciones radiocarbónicas con las delimitaciones cronológicas apriorísticamente establecidas a partir de las fechas citadas de Son Matge y Pula. Los propios investigadores acabaron poniendo en duda las fechas altas⁸ para la preconstrucción-construcción (*c.* 1300/1000 BC) de los talaiots que estudiaban (Chapman *et al.* 1993: 114) y han terminado por descartarlas⁹, situando la construcción y el uso de los talaiots excavados *c.* el 800 BC (Strydonck *et al.* 1998: 744).

Para fijar nuestra opinión sobre este asunto, sobre el que después volveremos, debemos señalar que compartimos la tesis de un importante cambio en las comunidades baleáricas entre *c.* 1400 y 1200 BC, que se manifiesta en el terreno de la cultura material en la aparición de nuevos tipos de contenedores cerámicos, e incluso también en las técnicas de fabricación cerámica, que aquí no tratamos, así como en la producción metalúrgica (Salvà, Calvo y Guerrero, en este mismo número). Sin embargo, estos procesos se generan en el seno de las comunidades del Bronce Naviforme que, con toda probabilidad dieron un salto cualitativo importante hacia formas más complejas de organización social, los cuales sentarán las bases de los cambios que a la larga darían lugar a la entidad arqueológica que conocemos como talayótica.

La aceptación de esta cronología alta para los inicios de la cultura talayótica corrió paralela a un modelo que explicaba el origen de la cultura talayótica como una consecuencia directa de la implantación en las islas de gentes aguerridas venidas de Oriente. Este paradigma, que tanta aceptación tuvo durante mucho tiempo en la historiografía isleña¹⁰, lo introdujo G. Rosselló (1979), adaptando las hipótesis ultradifusionistas que R. Grosjean (1966) había postulado para explicar el origen de la cultura torreana en Córcega. Los protagonistas de estas incursiones estuvieron generalmente identificados con los denominados “pueblos del mar” (Sandars 1978), o mejor, con algunas de sus ramas escindidas en los sucesos del Delta del Nilo, o bien con algún otro pueblo, a su vez desplazado por estas “oleadas” de conquistadores o emigrantes. Estas últimas escaramuzas orientales tendrían lugar en fechas que las fuentes históricas sitúan entre 1195 y 1164 aC, pero su traducción en términos de cronología solar, para poder establecer correspondencias de temporalidad homologada con los datos de las sociedades insulares, equivaldría a un intervalo calendárico situado *grosso modo* entre 1520 y 1370 BC. Dicho de otro modo, la batalla naval, que fue inmortalizada en los bajorrelieves de Medinet Habu, pudo tener lugar en pleno apogeo de las comunidades naviformes de Mallorca y Menorca, coincidiendo en la cuenca oriental

del Mediterráneo con lo que arqueológicamente se conoce como Bronce Egeo tardío, que, de igual forma, en dataciones de la escala solar, según distintos contextos con cronología absoluta (Manning y Weninger 1992), correspondería grosso modo a ese mismo intervalo calendárico ya citado.

3. CRONOLOGÍA ABSOLUTA DE LOS ORÍGENES DE LA CULTURA TALAYÓTICA

Uno de los aspectos sobre el que no parecen existir discrepancias es que los elementos de referencia que caracterizan y definen la entidad arqueológica conocida como cultura talayótica es la presencia en los asentamientos de hábitat de estructuras arquitectónicas turriiformes, de la que la más característica, aunque no la única, es el talaiot. Su identificación formal es ampliamente conocida (Rosselló 1979; Plantalamor 1991), aunque su función precisa (Gasull *et al.* 1984, 1984a; Guerrero 1999) es aún objeto de estudio. Ninguna de estas cuestiones será tratada ahora.

Sin embargo, acorde con el objetivo de este epígrafe, necesitamos discutir algunos datos disponibles que consideramos relevantes. Nada sería mejor que poder recurrir a elementos que puedan relacionarse de forma incuestionable con la propia construcción de estos edificios. Otra vía de aproximación adecuada es el examen de algunas referencias *ante quem* y *post quem* ligadas igualmente a la misma construcción de estas estructuras arquitectónicas.

Con respecto a la cronología absoluta y directa de elementos constructivos la documentación más valiosa nos la proporciona el talaiot menorquín de Sant Agustí. Se trata de un ejemplar de planta circular con columnas exentas y pilastras adosadas al paramento de la cámara de la planta baja. Su erección requirió, bien como ayuda a las tareas de construcción, o como elementos estructurales propiamente dichos, de varios troncos de acebuche colocados como vigas en la cubierta de

esta cámara. Un fragmento de madera de una de estas vigas fue datado por radiocarbono (Mestres y Nicolás 1999) proporcionando una fecha¹¹ situada aproximadamente entre 950 y 830 BC.

Muy recientemente, las excavaciones en el poblado talayótico menorquín de Biniparratxet han proporcionado una serie de dataciones (Gornés *et al.* 2001) muy significativas acerca de la construcción de los talaiots (Fig. 1A). Entre los objetivos de estos trabajos estaba indagar sobre el origen, uso y función de este monumento, por ello se excavaron simultáneamente dos espacios exteriores adosados al mismo en lados contrapuestos, así como la cámara superior del turriiforme. La conjunción de los datos en los tres sectores nos ha brindado una documentación muy relevante (Gornés *et al.* 2001) sobre el origen de este talaiot. Se han conseguido seis dataciones obtenidas sobre colágeno de herbívoro que se distribuyen todas ellas en el rango temporal que va desde 1050 BC a 800 BC¹². Cuatro de las muestras fueron obtenidas del paleosuelo que se extiende bajo la propia construcción y pudieron extraerse gracias a que las grandes piedras que forman la hilada basamental se asentaban sobre una roca muy irregular, lo que permitía excavar materialmente bajo la propia construcción. Las otras dos corresponden igualmente a una unidad estratigráfica en contacto con la roca base y sellada por la preparación del suelo de ocupación talayótico. La coherencia y la escasa dispersión del conjunto de los resultados nos indica, con un alto índice de seguridad¹³, que el talaiot debió erigirse entre los años 850 y 830 BC (Fig. 1B).

Por el momento, las dataciones ligadas de forma más incontrovertible a la construcción de elementos turriiformes menorquines no pronostican una antigüedad superior al año mil BC para este tipo de monumentos y, con toda probabilidad, la época en que la construcción de estos elementos debió de proliferar en la isla debe situarse entre 900 y 800 BC. Aún podrían ser traídas a colación otras dataciones, pero sólo nos aseguran anclajes *post quem* muy difíciles de relacionar con la construcción directa del turriiforme. Este sería, por ejemplo el caso de las dos fechas absolutas obtenidas en el de Trebaluger¹⁴, que abarcan un interva-



Fig. 1A.- Turriiforme menorquín de Biniparratxet.



Fig. 1B.- Suelo de ocupación anterior al talaiot. Bajo los bloques del zócalo se sitúan las muestras datadas por radiocarbono.

lo temporal situado entre 1372 y 1064 BC. Las dos fueron obtenidas de carbones y atribuidas (Plantalamor y Strydonck 1997: 32-35) por los criterios inductivos ya comentados al periodo Talayótico IA, la primera y al abandono del turriforme, la segunda. Sin embargo, existen fundadas sospechas¹⁵ para pensar que ambas muestras proceden en realidad de la construcción subyacente amortizada en el momento de la construcción del turriforme, con lo de nuevo estaríamos realmente ante un elemento referencial para situar la construcción de este edificio en el entorno del año 1000 BC, como mucho, y si aún tenemos en cuenta las dudas razonables de representatividad que provocan las muestras de vida larga, como el carbón, todavía podríamos rebajar esta fecha hacia el 900 BC, más en consonancia con la documentación más fiable hoy disponible.

En Mallorca no disponemos de dataciones ligadas de forma tan segura a elementos constructivos, aunque todo indica que el proceso no se separa de lo visto en Menorca. El talaiot nº 2 del poblado de Son Fornés proporcionó una datación¹⁶ relacionada con el uso inicial mismo que pese a su poca resolución, está situada entre 1050 y 770 BC.

En el asentamiento de Son Ferrandell se llevó a cabo un programa de investigación (Waldren y Strydonck 1993; Chapman *et al.* 1993; Chapman y Grant 1995, 1997) específico que tenía, entre otros objetivos, establecer una secuencia clara de cronología absoluta que delimitase bien las fases de “preconstrucción”, construcción y uso de los distintos talaiots. Dos de estos monumentos disponen de una amplia serie de dataciones que nos permiten una nueva aproximación a la cuestión de sus orígenes. La denominada “fase I” corresponde a un paleosuelo, que de forma irregular rellena las irregularidades rocosas del lugar sobre el que se asentó esta construcción, de manera similar a lo visto en el poblado menorquín de Biniparrtxet. Por lo que respecta al talaiot nº 1 del conjunto de Son Ferrandell, tres dataciones¹⁷ corresponden a este horizonte preconstructivo y todas ellas quedan incluidas en un rango temporal que tiene su límite más antiguo en 1310 BC y el más moderno en 850 BC, verdadera referencia *post quem* de la construcción y primer uso del talaiot. El mismo fenómeno se repite en el talaiot nº 4, del que disponemos de dos dataciones¹⁸ para esta fase preconstructiva, aunque proporcionan escasa resolución de la edad calendárica, pero que, en cualquier caso, se inscriben igualmente en el intervalo que va de 1260 a 1030 BC. En ambos monumentos las dataciones absolutas relacionadas de forma clara con el uso de los mismos no superan en ningún caso la edad calendárica aproximada de 900 BC.

Sin ánimos de querer ser exhaustivos, aún podemos señalar otro yacimiento en el que estos datos se reproducen milimétricamente con lo observado en Bi-

niparratxet y Son Ferrandell. Se trata del yacimiento conocido como Sa Morisca, sobre el que habremos de volver para otras cuestiones en este mismo trabajo. Las excavaciones en la cumbre donde se localiza el *castellum* fortificado han permitido identificar igualmente un paleosuelo anterior a la fundación del poblado y de las estructuras defensivas que se levantaron en dicha cumbre. Del mismo se han conseguido cuatro dataciones (inéxito) obtenidas sobre colágeno de herbívoro procedente de huesos que habían quedado en el interior de las grietas del suelo rocoso, todas ellas se insertan en un rango de edad calendárica que va desde 1310 hasta 804 BC, que debemos interpretar como una referencia segura *post quem* del establecimiento definitivo del hábitat talayótico fortificado. En este caso no estamos hablando de un elemento arquitectónico concreto, sino del lugar sobre el que después se asentará esta comunidad talayótica.

No podemos dejar de mencionar en la cuestión de los orígenes de la cultura talayótica el yacimiento conocido como Es Figueral de Son Real (Rosselló y Camps 1972), reiteradamente citado como un caso de asentamiento de “nueva planta” o transicional entre los verdaderos hábitats naviformes y los clásicos poblados talayóticos (Calvo *et al.* 2001). Aunque, en realidad, las dos dataciones absolutas que se disponen del mismo no lo apartan del espectro cronológico que hasta aquí venimos señalando. Estas dos referencias absolutas habían servido para ubicar este asentamiento a fines del segundo milenio BC, sin embargo, deben ser miradas con un ánimo algo más crítico. En primer lugar las dos corresponden a muestras de vida larga lo que aconseja tomar con mayor cautela los resultados y contrastarlos detenidamente con sus asociaciones contextuales. La primera de ellas¹⁹ procedía de una escombrera del yacimiento y debido a una desviación típica elevada de la edad convencional del radiocarbono proporciona un intervalo calendárico muy dilatado y en consecuencia escasamente preciso, en cualquier caso nos indica que con seguridad es anterior al 900 BC, aunque no puede precisarse con exactitud cuánto, pues el límite más antiguo sería 1550 BC y esto obviamente tiene escasa significación.

La segunda de las dataciones²⁰ procede de un carbón localizado en la cámara central del monumento elevado y resulta prácticamente coincidente con la anterior. La resolución del intervalo calibrado tampoco es muy precisa pero puede considerarse con bastante seguridad que es anterior a 990 BC. Si nos atenemos a los ajuares exhumados podemos señalar algunos elementos significativos. Uno de ellos es la presencia de dos vasijas toneliformes cilíndricas propias de los hábitats naviformes y otra es un elemento metálico en forma de aplique o botón cónico (Rosselló y Camps 1972: fig. 30,8) que tiene paralelos muy claros en otros semejantes pertenecientes a contextos del Bronce Fi-

nal, como es el caso de los encontrados en el depósito de la Ría de Huelva (Ruiz-Galvez 1995: 241), o el ejemplar aparecido en el poblado de Genó (Maya *et al.* 1998: 63), así como otros procedentes del horizonte II de la Peña Negra de Crevillente (González Prats 1983: 177). En Baleares se conocen otros botones similares en la necrópolis de Cales Coves (Veny 1982: 321). En todos los casos citados estos botones los encontramos en contextos del Bronce Final asociados a dataciones absolutas que sitúan el momento álgido de estos objetos entre 950 y 800 BC.

Ambos elementos, toneles cilíndricos y botón de bronce, nos indicarían por otra vía que efectivamente estamos ante un yacimiento ubicado en una fase de transición a la cultura talayótica, pero cuya última frecuentación no se separó mucho del año mil BC y seguramente se abandonó en el momento que comenzaron a proliferar los asentamientos clásicos de la cultura talayótica hacia el 850/800 BC.

Por todo ello, y para concluir esta cuestión, a partir de los datos más sólidos ligados a la arquitectura talayótica de prestigio, todo parece sugerir que la cultura talayótica no inicia su andadura como tal hasta algunas décadas después del año mil BC.

No es posible dejar de mencionar, en un epígrafe sobre la cronología y los orígenes de la cultura talayótica, la cuestión de sus relaciones con la nurágica y torreana, aspectos recurrentes en la producción literaria de algunos autores (Rosselló 1979; Plantalamor 1991, 1997). Las tres culturas insulares produjeron en un momento u otro de su prehistoria elementos arquitectónicos comunales que tienen como denominador común un aspecto externo turriforme y el empleo de técnicas ciclópeas en su construcción, aún así la organización de los espacios internos y otros aspectos estructurales y funcionales tienen divergencias notables.

Sin embargo, es la cronología absoluta la que más radicalmente nos muestra la imposibilidad de que las entidades arqueológicas nurágica y torreana hayan ejercido una incidencia directa sobre la talayótica. Son muy contadas las dataciones radiocarbónicas de nuragas (Tykot 1994), que pueden adscribirse a fases fundacionales, sólo la del nuraga Noeddos ha sido publicada (Trump 1990: 13-17), y nos situaría su construcción entre 1740 y 1540 BC²¹. Otras como las de Brunku Madugi o Albucciu (Tykot 1994), corresponden ya a fases de uso, tal vez iniciales, pero no fundacionales en sentido estricto. Por otro lado adolecen de desviaciones típicas muy altas y los intervalos de las edades calendáricas son altamente imprecisos. El solapamiento entre las fechas más antiguas de los talaiots y los nuragas sólo permite establecer una correspondencia de contemporaneidad en la fase avanzada del Nurágico III (c. 1150-850 BC), con un desarrollo posterior relativamente paralelo a lo largo de la Edad del Hierro.

Por lo que respecta a la cultura torreana aún es más problemático establecer alguna correspondencia de sincronía pues en líneas generales sus inicios y apogeo son algo más antiguos que los complejos nurágicos.

4. LA LLEGADA DEL HIERRO A LAS ISLAS Y LA SITUACIÓN GEOESTRATÉGICA DEL MEDITERRÁNEO CENTROCCIDENTAL

La discusión de este epígrafe necesita que sean aclaradas antes algunas cuestiones de orden metodológico. Generalmente los estudios de las colonizaciones protohistóricas, sobre todo la fenicia y sus interacciones con el mundo indígena, están enmarcados en dataciones mayoritariamente basadas en las fuentes históricas y en la cronología relativa que ofrecen los fósiles arqueológicos más significativos. Sólo muy recientemente (p.e. Torres 1998), comienzan a incorporarse dataciones absolutas y sus correspondientes resultados calibrados a la discusión histórica de este complejo fenómeno. Para regiones geográficas, como las Baleares, en las que la cerámica a torno importada hace su aparición en el registro arqueológico de forma muy tardía (no antes del VI aC), resulta de vital importancia disponer de referencias de cronología absoluta en el continente ligadas al fenómeno colonial, para poder establecer las correspondientes inferencias de orden histórico sin caer en los previsibles errores de diacronía, debido a las diferencias entre ambos sistemas de medir el tiempo.

Sin embargo, la utilidad de las dataciones radiocarbónicas en la Edad del Hierro es muy limitada, debido a que la curva de calibración dendrocronológica discurre entre aproximadamente el 700 y el 400 BC con una trayectoria "amesetada" que provoca, al proyectar sobre ella la edad convencional del C14, edades calendáricas insertas en un intervalo de probabilidad estadística muy dilatado y, por ello, escasamente útil. Tanto, que resultan más certeras las aproximaciones cronológicas basadas en las familias cerámicas con buenas cronologías, como las griegas, fenicias o etruscas, las cuales permiten, en muchos casos, ajustes de un cuarto de siglo o poco más. Por lo tanto, a partir de c. 700 BC tiene escasa utilidad basarse en referencias radiocarbónicas, mientras que adquieren mayor significación y resolución las arqueohistóricas.

Para la discusión que nos ocupa, los inicios de la cultura talayótica (900-800 BC), y las primeras navegaciones fenicias al Occidente, así como las primeras frecuentaciones semitas de las islas, incluida la fundación de Ibiza y su primera andadura como colonia fenicia, aún caen en un tramo de la curva de calibración dendrocronológica de alta resolución y por lo tanto nos

proporcionan muy buenos elementos de juicio para establecer inferencias arqueohistóricas con buenas garantías de contemporaneidad.

Entrando en la cuestión que nos ocupa, la primera presencia de hierro en los registros arqueológicos de las islas se materializa con objetos de adorno personal y abalorios de distinto signo, precediendo claramente a las armas (puntas de lanzas y espadas). En estos momentos tenemos algunas referencias de cronología absoluta que nos marcan un *ante quem* seguro para la llegada de estos primeros elementos de hierro entre 850/800 BC. El yacimiento que las ha proporcionado es la necrópolis en gruta con cierre ciclópeo menorquina del Càrritx (Lull *et al.* 1999) y los objetos representados en esta necrópolis son brazaletes y pequeñas grapas. Aún la llegada de los primeros objetos de hierro podría retrotraerse algo más, hacia el 1000 BC, como parecen indicar los hallazgos en la vecina necrópolis de la anterior conocida como Es Forat de Ses Aritges (Lull *et al.* 1999: 233).

Con más incertidumbre nos movemos en el Abrigo de Son Matge, donde algunos objetos de hierro, como colgantes²² (Rosselló y Waldren 1973), y brazaletes o pulseras son atribuidos al horizonte funerario del estrato 9 (Waldren 1982: 172), datado entre el 1000 y el 800 BC²³, en gran medida coincidente con el que proporcionó la cuchilla de curtidor de hoja triangular de bronce y mango del mismo metal. Otra cuestión bien distinta es la propia metalurgia del hierro, cuya existencia no está bien documentada por el momento en el mundo talayótico. De hecho, las únicas evidencias claras de trabajo y manufactura de instrumentos de hierro proceden de la factoría púnica mallorquina de Na Guardis (Guerrero 1997), en cuyo centro metalúrgico se siguieron diversos procesos de manufactura, salvo la fundición primera del mineral.

La cuestión de la llegada de los primeros objetos de hierro a las islas nos introduce en un tema de discusión clásico en el que no vamos a entrar en detalle. Los elementos básicos de la controversia son las dos vías de penetración posible: la continental a través de los distintos pasos pirenaicos y la difusión a partir de los intercambios ultramarinos. En este asunto un cierto eclecticismo debe atemperar la discusión, pues en ningún caso ambos mecanismos son excluyentes. No obstante, para las islas compartimos la opinión de muchos investigadores (p.e. Snodgrass 1980; Ruiz Zapatero 1992), que piensan que la introducción del hierro, a partir de la primera mitad de siglo IX BC, o tal vez incluso antes, en Cerdeña, las Baleares y costa norteafricana fue obra de agentes fenicios en su expansión hacia Occidente. La llegada de los primeros instrumentos de hierro se produjo en las Baleares con toda seguridad antes de la fundación histórica de *Ebusus*, lo cual podría a primera vista parecer una contradicción, pero debemos tener presente que, al igual que ocurre con

los primeros instrumentos de hierro que se documentan en sociedades indígenas costeras, se trata de elementos exóticos y de prestigio (*athyrmata*) típicos de los intercambios de naturaleza aristocrática o precoloniales (Guerrero 2000; Guerrero y Calvo e.p.).

Las islas Baleares, como reiteradamente se ha señalado, ocupan un lugar de paso en las rutas de Oriente a Occidente, o viceversa, y por ello es necesario recordar la situación de los tráficos marinos en los momentos precedentes y coincidentes con la primera llegada de estos instrumentos a las islas. Hasta el año mil BC aproximadamente la presencia de mercancías atlánticas en los circuitos del Mediterráneo Balear y central es prácticamente nula (Sherrat 1993). Los intercambios están básicamente fundamentados en circuitos regionales que seguramente gestionan marinas indígenas, de cuya naturaleza tenemos pocos datos directos salvo de la nurágica, la única de la que tenemos abundante y sólida documentación (Göettlicher 1978; Lilliu 1987), la cual nos evidencia una capacidad de sus embarcaciones para afrontar travesías marinas que en nada tenían que envidiar a las que podían emprender los *hippoi* fenicios, o los barcos ligeros micénicos (Guerrero 1993, 1998).

Sin embargo, hacia el 900 BC la situación va a cambiar radicalmente. El Estrecho de Gibraltar se abre a los productos atlánticos y la metalurgia característica de estos confines, como las hachas de talón y de cubo, entre otros objetos, aparecen en Baleares y llegan hasta Cerdeña, como es sabido. Las Baleares no son ajenas a este fenómeno y se nota bien en el retroceso de los tipos de objetos metálicos que aparecen en los depósitos de fines del Bronce Naviforme y su sustitución por los característicos de época talayótica, como las hachas citadas.

Mal que les pese a algunos autoctonistas o indigenistas a ultranza, este fenómeno coincide con la consolidación del comercio fenicio gaditano que controla ya el “finisterre” del comercio mediterráneo desde la desembocadura del Tajo a Mogador (Aubert 2000). Seguramente las redes de intercambio regional indígena no son desmontadas, pero sí incorporadas a los intereses del comercio fenicio a larga distancia, con lo que los productos atlánticos encuentran una vía de expansión hacia el oriente por las rutas mediterráneas, como jamás había ocurrido antes en la prehistoria.

Los primeros objetos de hierro en el extremo atlántico, es decir en la costa portuguesa, tienen fechas antiguas, hacia fines del segundo milenio o principios del primero BC (Ruiz-Gálvez 1998: 298). Sin descartar otras explicaciones para la presencia temprana del hierro en esta región, es necesario recordar que en la última década el panorama de la protohistoria portuguesa ha dado un giro radical con la constatación de asentamientos empóricos fenicios (Arruda 2002) y no sólo de comunidades indígenas que reciben importan-

tes cantidades de mercancías gaditanas. Sin ánimo de ser exhaustivos, nos gustaría señalar algunos casos que disponen de buenas referencias cronológicas para poder enmarcar con la mayor sincronía posible el fenómeno de la expansión del hierro a distintos confines mediterráneos, incluidas las islas.

La presencia de fundición de bronce y hierro la encontramos en Portugal documentada en el poblado de Almaraz (Barros *et al.* 1993) en un contexto caracterizado por una abundante presencia de cerámica fenicia, entre la que están presentes los clásicos platos y fuentes carenadas de engobe rojo, entre otros materiales. Una datación sobre huesos²⁴ nos situaría este horizonte entre 895 y 800 BC, otro análisis de radiocarbono²⁵, aunque menos fiable por estar realizado sobre conchas, es también prácticamente coincidente con el anterior, si bien ligeramente más moderno. Una situación similar la encontramos en la alcazaba de Santarém (Arruda 1993) cuyo nivel más antiguo o fase I presenta materiales de la Edad del Hierro con una notable abundancia de cerámicas fenicias (platos, fuentes, *pithoi*, etc.). Carbones de este contexto han sido datados radiocarbónicamente con un resultado²⁶ de edad calendárica que se sitúa en el intervalo comprendido entre 895 y 795 BC, es decir con un datación por completo coincidente con la de Almaraz.

La otra cara de la moneda la tenemos en el asentamiento comercial fenicio de Abul (Mayet y Tavares da Silva 1993, 2000) en la desembocadura del río Sado; se trata de un yacimiento de nueva planta bajo en el cual no se documenta ninguna ocupación anterior. No conocemos aún dataciones absolutas, sin embargo, el conjunto cerámico de la primera fase del asentamiento es bien característico de mediados del siglo VII aC, lo que en términos de radiocarbono calibrado vendría a equivaler aproximadamente a 850/775 BC.

Los asentamientos fenicios de la costa de Málaga son en líneas generales algo posteriores a la fundación de Cádiz, por ello es significativo que Morro de Mezquitilla disponga de fechas absolutas²⁷, probablemente fundacionales, en el rango de edad calendárica 950-830 BC (Schubart 1983), lo que nos proporciona una referencia segura *ante quem* para el establecimiento de los fenicios en la bahía gaditana.

La penetración y la incorporación de influencias fenicias en las comunidades indígenas del interior no se hace esperar y así la habitación nº 5 de Cancho Roano, en Badajoz, edificio singular inspirado directamente por la arquitectura del sitio fenicio portugués de Abul, ya citado, tiene un referencia cronológica absoluta (Mestres *et al.* 1991) que, aunque poco precisa y obtenida sobre carbón, puede situarse en edad calendárica²⁸ algo posterior al año 1000 BC y anterior al 800 BC. Si nos acercamos a contextos geográficos más próximos a las Baleares, es necesario también tener en

cuenta que las primeras importaciones fenicias aparecen en el contexto indígena de *Acinipo* (Carrilero 1992; Torres 1998), con una edad calendárica²⁹, obtenida a partir de un carbón de una cabaña circular, en el intervalo de 1020-820 BC.

Para la cuestión de las primeras importaciones de objetos de hierro, además de lo dicho para la costa atlántica, no debemos olvidar que los talleres metalúrgicos del asentamiento fenicio del “Morro de Mezquitilla” (Schubart 1999, 2000), fechados *c.* 760-730 aC, (lo que en términos de C14 calibrado equivaldría aproximadamente a 860-830 BC), parecen efectivamente corroborar que la introducción del hierro en las costas del Sur peninsular no es mucho más tardía, ni tampoco ajena al asentamiento de gentes fenicias en el Occidente de este mar.

Por la proximidad geográfica a las Baleares no debemos olvidar que en la costa alicantina tenemos el importante asentamiento fenicio de La Fonteta (González Prats 1998; González Prats y García 2000), donde con seguridad está también documentada la existencia de talleres metalúrgicos³⁰ que trabajaron el hierro, el cobre y la plata por estas mismas fechas. Los estratos de fundación de este asentamiento pueden remontarse a *c.* 750 aC (aprox. 930-800 en C14 cal.), con un adelanto casi de un siglo a la fundación de Ebusus, lo que explicaría la existencia en la isla de elementos anfóricos anteriores a la propia fundación (Ramón 1996), pues la Fonteta constituye el establecimiento fenicio continental más próximo a las islas.

Otro tanto ocurre de forma más o menos sincrónica en la Peña Negra de Crevillente (González Prats 1983: 172-179) a fines del horizonte Peña Negra I e inicios del II donde las actividades metalúrgicas están igualmente presentes.

En este contexto histórico no es posible olvidar la información que nos ofrecen los dos barcos de una flota³¹ fenicia naufragados en Mazarrón. De este importante yacimiento se han dado a conocer dos dataciones radiocarbónicas³² (Negueruela *et al.* 2000), la primera de ella corresponde a una edad solar situada en el rango temporal 940-840 BC, mientras que la segunda lo está en el 770-540 BC. La datación sobre la madera del barco, aún con las reservas a tomar en el caso de muestras de vida larga, corresponde obviamente al momento de su construcción, mientras que la obtenida a partir de las ramas que protegían el caso y la carga debe considerarse la que corresponde al flete que naufragó. Por desgracia esta última es poco resolutive por caer en el tramo amesetado de la curva de calibración que caracteriza a toda la Edad del Hierro, en cualquier caso, la cerámica transportada es bien característica de los horizontes 850-800 BC (siempre en términos de C14 calibrado) que conocemos en Trayamar, Mezquitilla, o Castillo de D^a Blanca/Cádiz, que eran los lugares originarios de la carga.

De nuevo el registro arqueológico submarino se nos muestra extraordinariamente más rico y variado que el proporcionado por las excavaciones terrestres. De esta forma, además de las ánforas y mineral de plomo, que las naves trasportaban como carga básica, otras mercancías, aun por determinar, venían envasadas en canastos dispuestos sobre la carga de ánforas. Aún otra enseñanza más puede ser aprovechada de este yacimiento, y nos ilustra sobre la extraordinaria aptitud marinera de dos embarcaciones de unos ocho metros de eslora para realizar una travesía desde Cádiz hasta algún asentamiento fenicio del Levante, tal vez La Fonteta de Alicante o La Caleta de Ibiza, en ambos se documentan los mismos materiales metálicos y cerámicos que trasportaba esta flota gaditana³³, seguramente compuesta por barcos como los *hippoi* que nos describen las fuentes y nos ilustra la iconografía náutica (Guerrero 1998).

Volviendo a la cuestión balear, pensamos que la fundación de *Ebusus* es un acontecimiento histórico que propició un cambio cualitativo notable en la esfera de los intercambios indígenas con el exterior. La documentación arqueológica proporcionada por el asentamiento fenicio de Sa Caleta (Ramón 1991, 1994, 1999) ha permitido corroborar a través del registro arqueológico la fecha histórica fundacional. Carecemos de dataciones radiocarbónicas de los contextos fundacionales de la *Ebusus* fenicia, sin embargo, de forma tentativa podemos pensar que la fecha del 654 aC proporcionada por las fuentes escritas (Diodoro, V, 6) podría corresponder aproximadamente a los horizontes cronológicos datados por radiocarbono entre *c.* 800-750 cal. BC.

Se conoce, no obstante, la presencia en Ibiza de materiales anfóricos (Ramón 1996) que pueden datarse en la segunda mitad del s. VIII aC (sobre 850-825 cal. BC), es decir, son algo más antiguos que la propia fundación de la colonia ebusitana, por lo que nos remiten con toda seguridad a un periodo claramente “precolonial” de la misma Ibiza, si es que la fundación real no es algo anterior a lo que las propias fuentes escritas confiesan. En cualquier caso resultaría perfectamente coherente con la utilización de la isla como escala marinera de paso a los asentamientos fenicios del extremo Occidental y de los inmediatos vecinos de La Fonteta, ya citados.

Si circunscribimos el asunto al marco estricto de las Baleares, no deja de ser significativo igualmente que una de las primeras actividades industriales que se registran en el yacimiento de la Caleta de Ibiza sea precisamente la manufactura del hierro (Ramón 1996), por lo tanto, no parece que pueda dudarse del papel fundamental que debieron jugar los fenicios en la difusión de este instrumental en el resto de las islas desde los mismos inicios de la cultura talayótica.

En estos momentos ya no es posible poner en duda la intensa actividad de intermediarios comerciales,

a la vez que distribuidores de algunas mercancías propias, que los fenicios asentados en la Caleta de Ibiza desde mediados del s. VII aC (aprox. en C14 cal. 800-750) desplegaron en las áreas costeras colindantes peninsulares. El caso más paradigmático, aunque no el único (Gracia y García 1999, e.p.), lo tenemos en el asentamiento comercial indígena del Hierro catalán de Aldovesta (Mascort *et al.* 1991) al que llegan las primeras ánforas fabricadas en la isla, T10.1.2.1 o PE-10 (Ramón 1995: 230-231), mientras que, en contrapartida, en Sa Caleta documentamos la presencia de cerámica indígena no torneada del Hierro catalán (Ramón 1996).

Desde estos momentos, el comercio fenicio ebusitanos muestra un carácter extremadamente selectivo con las comunidades indígenas (Ramón 1996), fenómeno que igualmente detectamos en las Baleares y sobre el que volveremos más adelante. Los materiales anfóricos, como veremos, llegan a las comunidades baleáricas en fechas relativamente tardías, sin embargo, en este ambiente, resulta muy difícil sustraerse a pensar que la llegada de materias exóticas, como bronce, marfil, hierro y fayenza, que documentamos en el registro arqueológico (y seguramente otras no detectadas como la púrpura) de los momentos iniciales (*c.* 900-800 BC) de la cultura talayótica mallorquina y menorquina, no estén mediatizadas por el comercio ultramarino semita, que hasta las fundaciones, mucho más tarde, de Massalia y Emporion tiene un carácter marcadamente hegemónico.

Por lo tanto, el contexto histórico en el que se introduce el hierro en las Baleares es precisamente el que coincide con una intensa actividad comercial y de viajes ultramarinos de largo alcance protagonizados por los fenicios. A nuestro juicio, no sólo el hierro, sino también muchos otros objetos en la categoría de *athyrmata*, como las cuentas de fayenza y los objetos de marfil hallados en la ya citada cueva del Càrritx (Lull *et al.* 1999: 300) deben incluirse en este entramado comercial, sin perjuicio del lugar donde fueron manufacturadas y de que otros agentes, de forma subsidiaria, pudieran en menor medida intervenir. El término *athyrmata* no debe ser entendido aquí con el significado peyorativo de baratijas con que lo emplean los textos homéricos, sino en el sentido de la diferencia existente entre el valor de uso y de cambio que caracteriza los intercambios entre las sociedades autóctonas y los colonos.

Por todo ello, no está de más recordar de nuevo la coincidencia cronológica entre estos fenómenos y los inicios de la cultura talayótica, sin que en ellos se quiera ver una relación de causa efecto, pero naturalmente el contexto histórico en el que los inicios de esta cultura tiene lugar no puede ser totalmente neutro.

Precisamente, por esta razón es necesario referirse a la cuestión del Bronce Final en las Pitiusas, pues

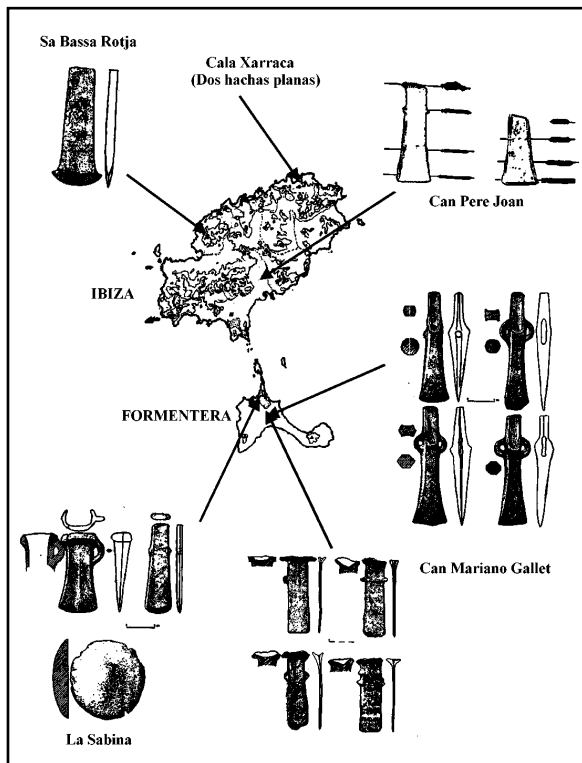


Fig. 2.- Depósitos de bronce de Ibiza y Formentera.

en estas islas se dan dos circunstancias que eventualmente pueden considerarse causa efecto. Por un lado, la presencia fenicia en Ibiza, como ya se ha señalado y, por otro, la ausencia en estas islas de la entidad arqueológica equivalente a la que en Mallorca y Menorca conocemos como cultura talayótica. Como hipótesis de trabajo ya habíamos adelantado (Calvo *et al.* 2001: 63-64; Costa y Guerrero 2001, e.p.) la posibilidad de que la frecuentación fenicia en el entorno de las Baleares, en unos momentos en los que se estaba consolidando la cultura talayótica, pudo originar que en las Pitiusas, con una población menos densa y con un grado muy inferior en el desarrollo de su complejidad social, colapsase su evolución hacia formas políticas más complejas.

El Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro, es decir el primer cuarto del s. IX BC, cuenta en las Pitiusas con un registro arqueológico tan escaso que resulta difícil articular una visión coherente de esta época. En realidad sólo disponemos de los enterramientos de Can Sargent (Sant Josep, Eivissa) y de los diversos hallazgos de depósitos de objetos de bronce que se han producido, tanto en Ibiza, como en Formentera (Costa y Benito 2000; Costa y Guerrero ep.) (Fig. 2). En gran medida es una coyuntura que, a pequeña escala, nos recuerda mucho la situación de algunas regiones del Suroeste peninsular, ya señaladas, en las que la documentación arqueológica sobre las poblaciones del Bronce Final se muestra francamente opaca, hasta la aparición de las primeras influencias orientales y la llegada de las más antiguas importaciones fenicias.

Los enterramientos ibicencos de Can Sargent corresponden a varios adultos en inhumación secundaria, entre ellos uno femenino así como un niño, además de un cráneo adulto quemado que no correspondía al conjunto anterior (González y Lalueza 2000). Para esta reducida necrópolis se eligieron unas ruinas (Topp *et al.* 1979; Fernández y Topp 1984) que durante mucho tiempo pasaron por ser los restos de un sepulcro de corredor, errónea interpretación a la que contribuyeron precisamente los enterramientos citados (Costa y Benito 2000). De estos inhumados disponemos de dos dataciones radiocarbónicas, la primera de las cuales tiene una muy aceptable resolución de la edad calendárica³⁴ que nos sitúa el enterramiento entre el 900 y el 800 BC. La segunda³⁵ de ellas es con seguridad algo más tardía, pero adolece de fuerte imprecisión, pues su edad calendárica cae en la trayectoria “amesetada” de la curva de calibración y resulta arriesgado conectarla en una secuencia directa con la anterior, aunque esto sea lo más verosímil. En cualquier caso la necrópolis de Can Sargent se enmarca precisamente en los momentos (según referencias de C14 calibrado) de frecuentación de las costas de las islas por los fenicios y, seguramente, en el de su primera fase de asentamiento. Por desgracia la identidad de los inhumados, indígenas o colonos, queda en la oscuridad pues no estaban acompañados de ajuares que nos permitan identificar su adscripción cultural.

El otro tipo de información referido a la eventual población indígena pitiusa del Bronce Final procede,

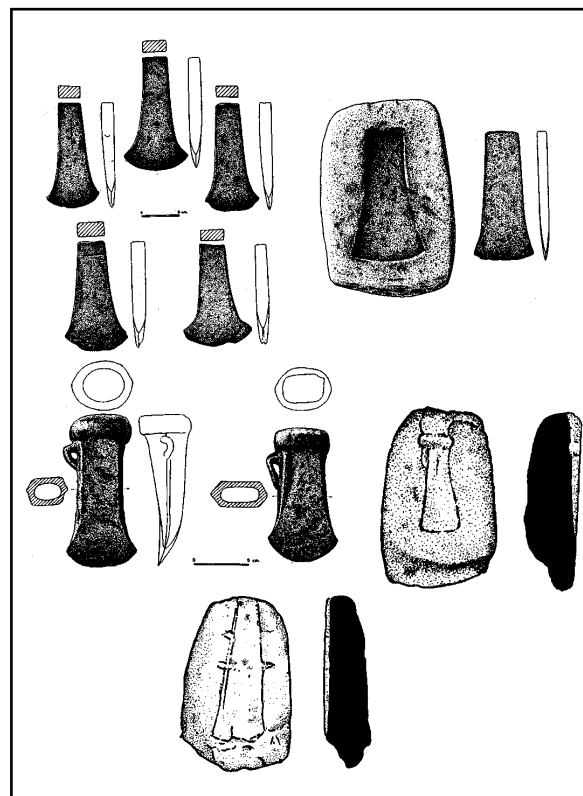


Fig. 3.- Hachas de depósitos mallorquines y moldes de Menorca.

como se dijo, de los depósitos de bronce, los cuales son ya suficientemente conocidos (Delibes y Fernández-Miranda 1988; Costa y Fernández 1992) (Fig. 2). Aunque, a la luz del cómputo temporal radiocarbónico calibrado, merece la pena recordar que las hachas de talón del depósito de Can Gallet en Formentera (Fernández 1973), pueden ser fechadas hacia el año 1000 BC. Mientras que algo más tardíos son las hachas-lingotes con apéndices laterales del mismo depósito (González Prats 1985). Lo mismo ocurre con las piezas de Can Pere Joan (Costa y Fernández 1992) y las del depósito de la Sabina (Almagro 1962; Fernández 1974), donde aparece también un hacha de cubo con asa lateral, que podría datarse en cronología C14 calibrada entre 860 y 790 BC. Por lo tanto, en conjunto, los depósitos de bronce pitiusos no desentonan de las dataciones procedentes de la necrópolis de Can Sargent y encajan perfectamente en los momentos iniciales de la colonización fenicia de las islas (siempre haciendo la comparación en términos de C14 calibrado). Conviene remarcar de nuevo la buena sincronía de esta situación en las Pitiusas con los cambios que se están produciendo más o menos al mismo tiempo en Mallorca y Menorca.

Como ya se ha señalado en anteriores ocasiones (Costa y Guerrero 2001, e.p.) el origen de estas hachas-lingotes de apéndices halladas en las Pitiusas, sin descartar totalmente que alguna pudiera ser de producción local, puede localizarse en la región costera del SE peninsular y su *hinterland*. La producción de hachas de apéndices laterales, como las Can Pere Joan y el ejemplar de la Sabina, está bien documentada en la región alicantina, sobre todo en Peña Negra de Crevillent (González Prats 1983: 177, 1993). De más interés, si cabe, es la presencia de moldes de fundición de estos elementos metálicos en la fase III del asentamiento fenicio de La Fonteta de Alicante (González Prats 1998; González Prats y Ruiz 1999) que se fecha entre 670 y 635 aC (aprox. 825-775 BC en cronología del C14 cal.). También es necesario señalar que hachas de bronce planas con apéndices laterales fueron igualmente fabricadas por las comunidades indígenas de las otras islas, como lo indican los moldes de fundición hallados en los poblados de Torelló (Plantalamor 1991: 192) y Biniparratxet (Guerrero *et al.* e.p.), lo que parece reforzar la idea de una fuerte influencia de la metalurgia fenicia de la costa del SE peninsular sobre la insular.

Para fijar nuestra posición sobre este asunto, y antes de entrar en otras cuestiones, nos gustaría remarcar de nuevo que, aún considerando la descomposición de la formación social del Bronce naviforme y el paso a la cultura talayótica como una dinámica histórica con motivaciones endógenas, la influencia de la situación del entorno geohistórico más próximo pensamos que ejerció algún tipo de presión, por el momen-

to difícil de valorar en sus detalles. La actividad de los fenicios, no sólo en el interland continental, sino también en las propias islas creemos que no fue ajena, en mayor o menor medida, a los cambios que en las comunidades indígenas de las islas se estaban produciendo entre 900 y 800 BC.

5. NATURALEZA Y EVOLUCIÓN DE LOS INTERCAMBIOS

El registro arqueológico de las islas ofrece pocas dudas de la conexión de las mismas con las corrientes comerciales que en cada momento de su desarrollo histórico predominaron en su entorno. Incluso nos atreveríamos a sugerir que el balance es francamente positivo, si tenemos en cuenta que las Baleares carecían de los recursos estratégicos más demandados en esta fase, como son los metales nobles, el cobre y el estaño. En términos comparativos con otras tierras peninsulares como Huelva, por ejemplo, poca cosa podían ofrecer de interés a un mundo colonial especialmente interesado en el comercio masivo de metales, como bien nos señalan las fuentes históricas y nos confirma la arqueología cuando examinamos las estrategias de fundación de las primeras colonias fenicias en el Mediterráneo (Aubet 1994, 2000).

Otros recursos, como la sal y productos secundarios de la ganadería, los colonos tenían buenas oportunidades de conseguirlos en tierras continentales, incluso en las inmediaciones de los puntos estratégicos de explotación metalífera que ya ocupaban. La propia fundación de Ibiza, y la Fonteta en tierras continentales, tras la inmediata consolidación de los asentamientos fenicios más antiguos de Occidente, sólo puede explicarse en la medida que constituyen unos enclaves estratégicos de primer orden en el dominio de las rutas marinas para el control del comercio con las comunidades del hierro catalán y del Mediodía francés.

Sin embargo, el comercio colonial propiamente dicho, con asentamientos gestionados directamente por comerciantes foráneos no se producirá en las otras islas hasta épocas muy tardías, ya entrado el siglo IV aC. A esta forma de relación colonial obedecía el asentamiento púnico ebusitano de Na Guardis (Guerrero 1997: 33-178) y algunos otros yacimientos costeros (Guerrero 1987, 1989a) que, con toda seguridad, completaban la red de establecimientos secundarios, los cuales facilitaban a los colonos asentados en el islote de Na Guardis un mejor control de toda la costa de la isla y unos accesos seguros a los puntos estratégicos para el intercambio de mercancías con los indígenas.

El modelo de relación colonial, que dejaba entrever la existencia de la factoría mallorquina de Na Guardis y otros asentamientos costeros, obedece, pese a sus peculiaridades (Guerrero 1991), a un tipo de in-

teracción entre colonos e indígenas relativamente bien conocido y que ha sido discutido y argumentado en numerosas ocasiones. Responde, en definitiva, al término definido como *port of trade* (Polany *et al.* 1976) o pequeño *emporio* sobre un islote costero, que constituye una modalidad de asentamiento colonial bien conocido a través, tanto de las fuentes arqueológicas (p. e. Vuillemot 1965: 55-94; Jodin 1966), como históricas (Tucidides, VI, 2,6).

Sin embargo, quedaban sin explicar los mecanismos de los intercambios que se habían desarrollado desde aproximadamente el 850 BC hasta el c. 350 aC en que la factoría da señales de funcionamiento más o menos regular. Por esta razón nos atrevemos a sugerir un desarrollo de las relaciones de intercambio entre las comunidades indígenas y el mundo colonial externo que tendría dos estadios sucesivos, los cuales obedecen a la vez a dos formas cualitativamente distintas de explotación colonial. A partir de c. 200 aC aún podría añadirse un efímero modelo mixto que sucumbiría con la definitiva conquista romana.

5.1. Los intercambios de naturaleza “aristocrática” Fase c. 850-400 BC

Durante mucho tiempo la cuestión de los intercambios precoloniales fue objeto de controversia no exenta de posturas muy vehementes entre los investigadores que la negaban rotundamente por falta de evidencias arqueológicas directas (p.e. Aubet 1994: 177-187), hasta los que la aceptaban con distinto grado de matización (p.e. Moscati 1983; Mazza 1988; Bondi 1988; Wagner y Alvar 1989). En cualquier caso, tanto unos como otros estaban de acuerdo en que el tipo de registro arqueológico que genera una implantación colonial (factorías, núcleos urbanos, necrópolis, etc.) es en toda regla, cualitativa y cuantitativamente, de muy distinto calibre que el correspondiente a la frecuentación de la costa sin asentamientos estables.

La disputa ha dado paso a una aceptación generalizada de una fase de contactos con el mundo indígena anterior a la fundación misma de las colonias, que no haría otra cosa que retomar e integrar redes comerciales previamente existentes. En realidad, era difícil admitir que sin un conocimiento previo muy detallado de la geografía, las gentes y las posibilidades de intercambios, en los lugares claves de rutas tanto terrestres como marítimas, las colonias se hubiesen fundado de buenas a primeras en lugares tan estratégicos de cara a la optimización máxima de los intereses coloniales. Este conocimiento crucial no lo podían tener las administraciones palatinas orientales sin una información previa de primera mano que requiere muchos años de viajes exploratorios.

Precisamente, a esta revisión, tanto teórica, como arqueológica, no ha sido ajena la homologación de la

unidades de medida del tiempo que ha propiciado la calibración dendrocronológica del C14, poniendo en evidencia que los supuestos “vacíos” entre las manifestaciones más claras del Bronce Final peninsular e isleño y la llegada de los primeros navegantes semitas no era otra cosa que el artificial desfase provocado por las distintas varas con las que se medía el tiempo histórico: por un lado, las fuentes escritas y los fósiles directores arqueológicos en el caso de yacimientos coloniales o con abundancia de importaciones cerámicas, y, por otro, la cronología radiocarbónica que venía empleándose para los contextos indígenas con escasa o nula presencia de cerámica a torno.

Con todo, otra propuesta de gran interés ha sido la de considerar el término “precolonial” no sólo con el significado temporal de antecedente y, por ello, excluyente de colonización, sino como una forma de intercambio cualitativamente distinta que puede incluso convivir en el tiempo con formas diferentes, como las coloniales, que implican, entre otros aspectos, la prestación directa de formas de trabajo por parte de los indígenas a las elites coloniales.

Es en esta acepción con la que utilizaremos los términos de *intercambios aristocráticos* y *empóricos*³⁶ propuesta por López Castro (2000), aunque con el mismo sentido, pero con distinta denominación podrían igualmente utilizarse las definiciones, sugeridas por J. Alvar (2000) de *modo de contacto no hegemónico*, para el primero, y *modo de contacto sistemático*, para el segundo. A nuestro juicio, desembarazar a la cuestión “precolonial” del significado exclusivamente temporal contribuye a explicar de forma más matizada y enriquecedora la situación propia de las islas, sobre todo en el tiempo que media entre la aparición de la cultura talayótica, durante el que las comunidades indígenas reciben importaciones valiosas, aunque no ánforas, y la “normalización” de la situación colonial con la fundación de la factoría costera de Na Guardis.

En otro orden de cosas, el término “aristocrático”, está también utilizado aquí en el mismo sentido que le dio la corriente de pensamiento, o escuela, *sustantivista* (Mauss 1971; Polanyi *et al.* 1976) que en parte sentó las bases sobre el valor de los dones en las sociedades primitivas. El mismo Mauss ya apuntó que los intercambios de dones formaban parte sólo de las esferas superiores de la sociedad y recordaba su carácter noble, reservado a los jefes. Por lo tanto, netamente distintos de los intercambios paralelos que afectaban a otros segmentos tribales, por los que circulaban otras mercancías de naturaleza utilitaria. Es en este sentido en el que debemos entender el término *intercambios aristocráticos* que utilizamos en el presente trabajo. Por oposición al mismo emplearemos el calificativo de *empórico* para definir el comercio colonial, el cual se inserta de lleno en los mecanismos del intercambio desigual que se generan, no sólo en los procesos colonia-

les modernos (Amin 1975, 1976), sino también en los que afectaron a la protohistoria europea y mediterránea en general (Rowlands *et al.* 1987; Champion 1989; Wagner 1993, 2000). Los intercambios de naturaleza *empórica* debemos considerarlos insertos ya en una situación colonial plena. Términos con los que queremos significar que la transferencia de excedentes desde una formación social a otra y los mecanismos de explotación del trabajo ajeno constituyen los rasgos básicos que definen esta relación de dominio colonial.

Conviene insistir en que, con independencia del tiempo que pueda prolongarse esta fase, lo que la caracteriza es una forma cualitativamente distinta de relación entre los indígenas isleños y los mercaderes que frecuentaban estas aguas. Adolfo Domínguez Monedero (1991, 1992) ha sintetizado de forma muy clarividente los rasgos definitorios de las relaciones entre griegos e indígenas durante la fase precolonial. A nuestro juicio es un modelo que tiene validez global para caracterizar igualmente la fase precolonial fenicia. Por eso nos permitimos la licencia de tomar prestados sus argumentos. Las relaciones precoloniales, según Domínguez Monedero (1992), vendrían caracterizadas por los siguientes rasgos:

1. *Contactos seguramente prolongados, consecuencia de viajes periódicos que podrían implicar incluso temporadas de residencia en los entornos indígenas por parte de los viajeros, y, en todo caso, repetición de los mismos.*
2. *Intercambios de bienes, en la mayor parte de los casos englobados bajo los términos de la “xenía” de tipo aristocrático que incluye, en ocasiones, relaciones de tipo matrimonial.*
3. *Facilidades de establecimiento otorgadas por los poderes nativos, si bien en las previsiones de los mismos no se hallaba, obviamente, la creación de estructuras poderosas, sino sobre todo lo que podríamos llamar con el ambiguo término de “factorías” o, por decirlo en griego “emporía” o, simplemente, de “teichea”.*
4. *Deseo, por fin, por parte de estos viajeros de garantizar una exclusividad o, al menos, un trato de favor en las relaciones con los indígenas frente a eventuales competidores.*

No está de más recordar también que distintas formas de intercambio pueden convivir sincrónicamente en territorios relativamente próximos y ejercidas incluso por los mismos mercaderes (Alvar 2000). Por ello, no debe asombrarnos que mientras un comercio plenamente colonial o *empórico* se desarrolla con el Levante peninsular, o con Cataluña, en el que intervienen decisivamente los comerciantes fenicios ebusitanos, formas paralelas más “primitivas” (no hegemónicas o aristocráticas) puedan a la vez convivir con ellas, seguramente en gran medida originadas por el distinto

grado de desarrollo social de las diferentes comunidades con las que los colonos entran en contacto.

La forma en la que se materializan los contactos aristocráticos o no hegemónicos es igualmente objeto de controversia en la que no entraremos a fondo. La idea más extendida se apoya en el muy conocido texto de Herodoto (IV, 196), que dio lugar a la denominación de comercio silencioso, o *silent trade*. Sin embargo, la descripción de Herodoto encierra una realidad mucho más compleja, la cual ha sido discutida y explicada, pensamos que con mucho acierto, por F. López Pardo (2000). De entrada, haría más justicia al mecanismo de este tipo de intercambio la acepción de *comercio invisible o no presencial*, por lo que respecta a los agentes del mismo, bien atestiguado en los contactos con comunidades ágrafas y en general con las que presentan prácticas económicas poco desarrolladas (López Pardo 2000) o, al menos, mucho menos complejas que la de los colonos.

Este modelo de intercambio, lejos de lo que a primera vista pudiera parecer no correspondería a los verdaderos primeros contactos, pues la fórmula requiere pactos bien establecidos sobre la naturaleza de las mercancías y transacciones, así como de su periodicidad y de los lugares donde se establecerán estos intercambios. La duración de estas fórmulas comerciales en el Sahel, Camerún, Siberia, isla de Luzón, Malasia, Nueva Guinea o Ceilán, hasta prácticamente nuestros días abona la tesis de que no se trata de una solución de compromiso inicial y pasajera (López Pardo 2000), sino, que, por el contrario, es estable y duradera, aunque diferente a otros sistemas comerciales más “ortodoxos” con los que puede convivir largo tiempo.

El marco temporal en el que se desenvuelve esta larga fase de intercambios acordes con el modelo aristocrático, o no hegemónico, se iniciaría con la llegada de los primeros objetos de hierro y otros productos de prestigio sobre el 900/800 BC. Movimiento de mercancías que, a nuestro juicio, hay que ligar a las actividades de los fenicios en las rutas de distribución del Mediterráneo occidental y central. El colapso de este modelo lo materializan los primeros tanteos para la fundación de la factoría púnica de Na Guardis (Guerrero 1997) y su definitiva entrada en funcionamiento hacia el 350 aC.

Discutida la posible fórmula que pudo hacer factible los intercambios durante esta fase y el periodo aproximado en el que este modelo permanece en vigor, es preciso indagar sobre la naturaleza misma de los objetos o mercancías que se intercambian.

Esta cuestión conlleva también algunas precisiones previas que son necesarias para que la parcial evidencia del registro arqueológico conservado no distorsione una realidad que tiene también otras vías de aproximación. Si acudimos a la información que nos proporcionan las fuentes escritas sabemos que los pro-

ductos objeto del comercio ultramarino son extremadamente variados, muchos de ellos son sustancias perecederas y, además, transportados en envases de materia orgánica, lo que evidentemente es poco propicio para su conservación en el registro sedimentario de una excavación terrestre. Estaríamos ante un comercio, que podríamos denominar *opaco*, muy difícil de valorar, salvo por vías indirectas, las cuales no permiten nunca una evaluación ni de lejos tan aproximada como puede hacerse con los elementos envasados en ánforas. Los especialistas en economía antigua estiman que la proporción de alfareros entre el artesanado griego no pasaba de un 1/25, aunque otros, como J.P. Morel (1983), consideran que la relación 1/40 estaría más próxima a la realidad.

Un ejemplo paradigmático de lo que decimos nos lo brinda el relato del comerciante egipcio *Unamon* sobre sus andanzas comerciales en un puerto fenicio. En el mismo (reproducido por Aubet 1994:305-309) se hace referencia a un cargamento que, entre otras mercancías de alto valor, incluía lo siguiente: *Diez piezas de vestido de lino real; diez "herd" de buen lino del alto Egipto; quinientos [rollos] de papiro refinado; quinientas pieles de vaca; quinientas cuerdas; veinte sacos de lentejas; treinta canastas de pescado [¿en salazón?]*.

En el mismo sentido puede ser usada otra referencia proporcionada por Estrabón (III, 5,11) la cual nos dice que los habitantes de las *Kattiterides*, que *viven del producto de sus ganados, a la manera de los pueblos nómadas. Tienen metales de estaño y plomo, y los cambian, así como las pieles de sus bestias, por cerámica, sal y utensilios de bronce que les llevan los mercaderes. En un principio este comercio era explotado únicamente por los phoinikes desde Gádeira, quienes ocultaban a los demás las rutas que conducían a las islas* (García Bellido 1968: 202). Este texto de Estrabón encaja cada vez mejor con la realidad arqueológica que nos muestran los sitios fenicios portugueses ya mencionados. Y no deja de tener un interés añadido para la identificación de los productos objeto de intercambio en otras muchas áreas geográficas, pues, si bien es cierto que los preciados metales constituyen una mercancía estratégica de alto valor, no lo es menos que, una vez abiertas determinadas rutas, otros productos derivados de los excedentes ganaderos se integran igualmente en las transacciones de los intercambios con los colonos, como es el caso de las pieles a las que también hace referencia el texto de *Unamon*. Como vemos, materias perecederas de la explotación ganadera, que son muy difíciles de documentar en el registro arqueológico terrestre, son reiteradamente citadas como mercancías habituales en los fletes con independencia del lugar y la época.

El relato de los textos alcanza altas cotas de verosimilitud cuando los contrastamos con registros ar-

queológicos que, como los submarinos, conservan en buen estado la materia orgánica. De esta forma, sabemos por los hallazgos que ha proporcionado el barco cananeo de Ulu-Burum, que la carga clásica de ánforas, lingotes, armas y otros objetos de prestigio (Bass 1986, 1987; Bass *et al.* 1984; Pulak 1988) estaba complementada por infinidad de mercancías perecederas (Haldane 1993). Una de ellas, en forma de materia prima para la fabricación posterior de ungüentos perfumados, era la resina de terebinto (trementina blanca muy olorosa) envasada en algunas ánforas canneas. También algunos *stirrup jar* micénicos eran contenedores de resinas. Más de un millón de semillas de granada se han recuperado de los sedimentos de distintas jarras y *pithois*. Otras ánforas canneas contenían aceitunas, una sola proporcionó 2.500 huesos de este fruto. Almendras, bellotas, piñones, pistachos silvestres, higos, semillas de dos tipos distintos de uvas, así como cilantro, comino negro, semillas de zumaque, cebada, trigo y tres tipos distintos de garbanzos, completan un panorama muy complejo de mercancías difíciles de documentar en los registros arqueológicos habituales. Conviene recordar que muchas de las semillas y plantas aquí reseñadas tenían importantes utilidades médicas en la antigüedad, asunto, por otro lado escasamente atendido por la investigación prehistórica.

La opacidad del registro arqueológico terrestre afecta por igual, tanto a los productos perecederos que pudieron llegar a las islas acompañando principalmente al bronce y al hierro, como a las mercancías que la población indígena pudo aportar en concepto de contraprestación por la llegada de materias primas esenciales y productos manufacturados de los que a todas luces carecía. De forma tentativa podemos pensar que, en el contexto de una economía básicamente ganadera, los excedentes básicos que debieron de contribuir al pago de estos intercambios pudieron ser las pieles y carnes saladas o ahumadas. No olvidemos que la ganadería constituye no sólo una fuente de subsistencia básica para el consumo inmediato de la población, sino que también puede proporcionar excedentes para competir en los circuitos comerciales, de los que, como hemos visto, nos informan reiteradamente las fuentes escritas.

El correlato en el registro arqueológico terrestre de estos excedentes de la ganadería es difícil de obtener por su naturaleza altamente perecedera. Sin embargo, algunos indicios indirectos pueden servirnos de soporte argumental. Uno de ellos lo aportan los numerosos hallazgos de cuchillas de curtidor, bien de bronce (Fig. 4A), como las mallorquinas de Son Matge (Roselló y Waldren 1973) y menorquinas de La Vall (Delibes y Fernández-Miranda 1988:83), o bien de hierro (Fig. 4B), como las aparecidas en muchas tumbas de la necrópolis menorquina de Cales Coves (Vený 1982). En el caso de los ejemplares de hierro se observan dos

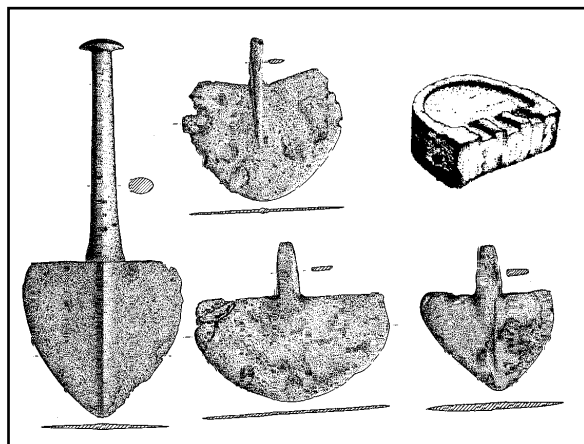


Fig. 4A.- Cuchillas de curtidor en bronce de Mallorca y Menorca, junto con un molde para fundirlas de Mallorca.

tipos básicos: uno sigue el modelo de hoja triangular o semilunar con lengüeta central para el mango, igual que las de bronce, mientras que el otro presenta una hoja en creciente lunar con empuñadura lateral, en gran medida similares a los cuchillos itálicos del tipo Lepignano (Bianco Peroni 1976), los cuales son característicos de la fase denominada orientalizante italiano datada hacia el s. VII aC.

El hecho de que muchos de estos hallazgos sean amortizaciones y/o depósitos votivos, en los que se retiran de los canales productivos herramientas en buen uso y fabricadas con materias primas escasas o inexistentes en las islas, permite sospechar que la cantidad real de herramientas en uso en un momento dado era realmente alta. La necesidad de aprovechar todo resquicio de metal reciclable, incluida la chatarra, lo hemos podido comprobar en el depósito de clavos de bronce de arquitectura naval recuperados de un naufragio y guardados en una dependencia del poblado de La Morisca a la espera de su refundición. Lo que enfatiza mucho más el valor de los depósitos de metales, que sólo alcanzan significado lógico en el contexto de un acto ritual de gran trascendencia para la comunidad o por la relevancia y rango de algunos de los personajes enterrados en las tumbas.

Algunas de las tumbas de Cales Coves, como ajuar de acompañamiento, proporcionan datos complementarios de gran interés sobre este asunto. Se trata de la presencia de vértebras caudales de bóvido, hasta 103 sólo en el hipogeo nº XIX, junto a nueve cuchillas de curtidor y cuchillos de otros tipos (Veny 1982:81-91) (Fig. 4B). Lo que sugiere que uno, o varios, difuntos pudieron enterrarse acompañados de las herramientas propias de su actividad artesanal y envueltos en sudarios de piel de toro curtida, como aún se hace en muchas comunidades rurales (p.e. Portugal o Marruecos), es decir dejando las pezuñas y el rabo del animal unido a la pieza completa de piel. Todo lo cual nos puede dar una idea de la importancia que esta actividad pudo tener entre la comunidad que se enterraba en dicho cementerio.

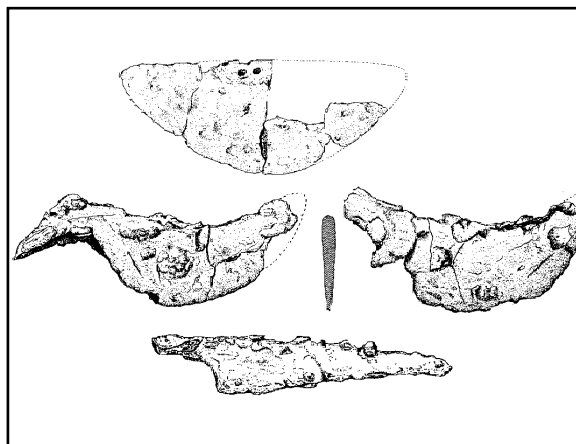


Fig. 4B.- Cuchillas de curtidor aparecidas en la necrópolis menorquina de Cales Coves.

La abundancia de estas cuchillas en los enterramientos nos hace pensar que el número de personas dedicadas a los trabajos de curtidos de pieles pudo exceder con mucho de las necesidades de consumo familiar y bien puede indicarnos claramente una producción destinada a excedentes destinados a los intercambios.

Una serie de trabajos dirigidos hace unos años por uno de nosotros (BSS) puso al descubierto en el yacimiento de La Mola de Felanitx una serie de cubetas, algunas interconectadas, excavadas en una ladera rocosa que tal vez podrían remitirnos a trabajos de preparación de pieles y teñidos. Los trabajos no tuvieron continuidad, aunque las estructuras descubiertas recuerdan en alguna medida las instalaciones industriales fenicias del "Luogo de Arsione" en Mozia (Tusa 1973) y a los establecimientos de curtidores que observamos aún en muchos lugares que conservan (p.e. en Fez) tradiciones artesanas ancestrales.

Si aceptamos que una de las bases fundamentales de la economía talayótica fue la ganadería, como ya ha sido discutido en otras muchas ocasiones (p.e. Guerrero 1999; Rihuete 2000: 7/331), no parece excesivo pensar que las acumulaciones excendenterias de algunas de sus utilidades secundarias, como las pieles y las carnes saladas y/o ahumadas, pudieran derivarse hacia las transacciones con el exterior. Al fin y al cabo alguna contrapartida debían tener los objetos de bronce, hierro, marfil, fayenza y otros que desconocemos, aportados por mercaderes foráneos.

Pues, efectivamente, si andamos inseguros con las mercancías que pudieron poner en circulación los indígenas, algunos de los preciados productos que llegaron a las islas entre c. 850 y 500 BC sí los conocemos y ya han sido señalados reiteradamente.

Entre los objetos metálicos es necesario señalar las hachas planas y las de cubo en Mallorca (Delibes y Fernández-Miranda 1988) a las que podemos añadir las de talón y las de apéndices en las Pitiusas, ya citadas, así como puntas de lanza (Fig. 5) y regatones, con

frecuencia erróneamente identificados por algunos investigadores isleños como “bastones de Mando” (Veny 1982: 83) o remates de estandartes –“caps d'estendart”– (Plantalamor 1979: 93). Tanto las puntas de lanza, como su complemento: los regatones, que vemos en estos momentos en la cultura talayótica tienen perfectos paralelos en el depósito de la Ría de Huelva (Ruiz-Gálvez 1995: 242-247). Aunque sus formas tienen tendencia a permanecer inalteradas durante mucho tiempo, pensamos que el momento álgido de su llegada a las islas debe situarse entre el 900 y el 700 BC.

Por lo que respecta a las hachas de cubo, está generalmente admitido que tienen una filiación atlántica (p.e. Briard y Verron 1976), aunque su difusión llega hasta el Mediterráneo central, como lo demuestra el depósito nurágico de Monte Sa Idda (Tarramelli 1921). La posibilidad de que se trate de fundiciones locales³⁷ siguiendo prototipos atlánticos (Delibes y Fernández-Miranda 1988: 114; Arnal *et al.* 1972) no le quita un ápice de interés a la cuestión de los contactos con el exterior, pues, por un lado las influencias estilísticas, aunque eventualmente indirectas, son innegables, y, por otro, la ausencia de estaño en las islas nos obliga necesariamente a admitir que una buena parte de la materia prima tuvo que llegar de fuera. La datación propuesta para el momento de mayor difusión de estas hachas en las Baleares (Delibes y Fernández-Miranda 1988: 114) ha sido sobre el 750/650 aC, que de nuevo nos sitúa en el horizonte de las primeras navegaciones relativamente regulares de los fenicios en aguas de las islas, es decir aproximadamente 930-800 BC en edades solares del radiocarbono.

No sólo es la correspondencia cronológica la que nos sugiere el importante papel jugado por los fenicios en la difusión de estos elementos, sino su presencia en los lugares donde esta actividad fenicia es incuestionable. Uno de los sitios más paradigmáticos sería el del centro receptor y redistribuidor indígena catalán de Aldovesta (Mascort *et al.* 1991: lám. 43), donde las hachas de cubo, como los brazaletes o torques dentados y los collares de cadeneta comparten espacio con las mercancías envasadas en las ánforas, la mayoría de ellos en calidad de chatarra a la espera de refundición.

Las hachas de talón no tuvieron apenas resonancia en las Baleares, salvo en el depósito de de Can Mariano Gallet (Fig. 2) de Formentera (Delibes y Fernández-Miranda 1988: 88), al igual que las de apéndices laterales. Sin embargo, en el caso de estas últimas, además de su manufactura en asentamientos claramente fenicios, como ya se dijo, su fabricación se extendió al mundo indígena talayótico, como lo indican los moldes de Torelló (Plantalamor 1979: 94) y Biniparrt-xet (inédito). Las hachas planas tienen también confirmación de manufactura indígena a partir de moldes menorquines (Delibes y Fernández-Miranda 1988: 81) (Fig. 3).

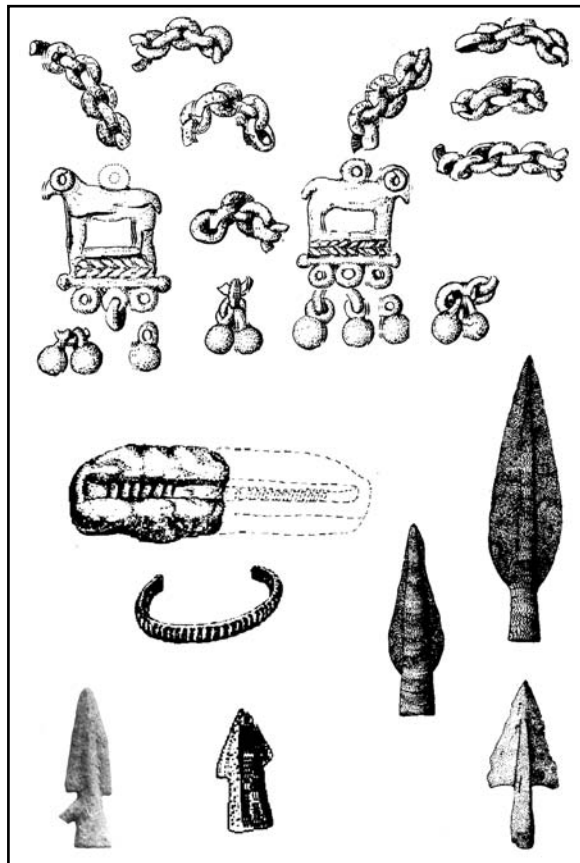


Fig. 5.- Distintos elementos metálicos del talayótico menorquín y mallorquín. (a) Flecha fenicia de La Morisca.

Mucho más difícil es una aproximación a la cantidad de elementos metálicos que pudieron circular por las islas, pues su carácter de materia reciclable, en el caso de los bronce, para la refundición una vez estropeados por el uso, hace que esta evaluación sea muy difícil. Lo normal era, desde luego, su refundición, y así nos lo documentan perfectamente barcos con fletes en los que se combinaban lingotes con objetos usados, e incluso cortados a propósito como chatarra para un mejor embalaje y transporte en sacos (Lucas y Gómez 1993). Sin embargo, el hecho de que sean frecuentes los depósitos, votivos o no, de objetos en perfecto estado de uso, en tierras donde el estaño no existe y el cobre no presentaba precisamente una alta rentabilidad para su explotación, aboga por la idea de que la circulación de elementos metálicos debió de ser en realidad mucho más alta de la que podemos imaginar, de lo contrario, difícilmente habrían sido separados de los circuitos productivos y de comercio objetos con un gran valor de uso y cambio.

A esta fase debemos adscribir igualmente los torques o brazaletes dentados (Fig. 5) que tradicionalmente venían fechándose entre 1400 y 1300 aC a partir de un molde aparecido en el naviforme de Can Roig (Rosselló 1974). Sin embargo, lo que mejor ratifica la errónea datación tan antigua y la necesidad de una revisión a la baja, en un rango de edad que puede estar entre

850-750 BC, es su presencia en contextos con materiales fenicios y/o ligados a su directa influencia. De esta forma, brazaletes dentados como los baleáricos los tenemos en el asentamiento de Aldovesta (Mascort *et al.* 1991: lám. 44) en un contexto con ánforas fenicias R1/T-10111 (c. 650-575 aC). En Francia son bien conocidos bastantes hallazgos en contextos de los inicios de la Edad del hierro, como los aparecidos en algunos depósitos de Carcassonne (Coffin y Mohen 1968), o entre los materiales de un taller de fundidor localizado en Montpellier (Arnal *et al.* 1972), donde igualmente están presentes hachas de cubo y otros materiales que no estarían lejos de c. el 700 aC. También es conocida la existencia de este tipo de torques dentado o gallonado en Ordinaiciu, Córcega, (Guilaine 1987). Otro conjunto interesante apareció entre el cargamento del navío de Rochelongues (Bouscaras y Hugues 1972), donde también están acompañados de hachas de cubo y fíbulas de doble resorte, no obstante el carácter de chatarra de algunos elementos obliga a mantener la prudencia sobre la datación unitaria de todo el conjunto como contexto cerrado que, en cualquier caso, no subiría de c. 850 BC en cronología radiocarbónica calibrada.

Otros elementos metálicos que debemos considerar como fruto del comercio externo durante esta fase son los collares de cadenas de bronce, con colgantes en forma de cordero y adornos terminales de esferas del mismo metal, como el aparecido en Cales Coves (Veny 1982: 86) que debió de ser introducido en las islas durante esta fase. Así parece indicarlo su presencia en los yacimientos ya citados de Aldovesta y del pecio de Rochelongues. Este tipo de collares tiene una amplia difusión en el área catalana desde el siglo VII aC (Rafel 1997) bajo influencias fenicias.

A fines de esta fase de intercambios, siglos VI-V aC, llegan también a las comunidades indígenas de las Baleares estatuillas de claro significado ideológico. Nos referimos a la colección de bronce figurados, ya estudiados en diferentes ocasiones (García Bellido 1936: 39-40, 1947; Orfila 1983; Gual 1993), como el *Toxotes* o *Heraclès* de Lluçmajor, o la *Athená Promachos* de Porreras. El mecanismo de llegada de estos bronce a Mallorca debe buscarse, a nuestro juicio, en la intermediación de navegantes ebusitanos que están presentes en los circuitos comerciales del Levante peninsular y golfo de León-Ampurias, e igualmente en las costas sardas, sicilias y tirrénicas. El papel estratégico de Sicilia en la redistribución de determinadas mercancías y objetos suntuarios venidos de Oriente ya ha sido señalado reiteradamente, sobre todo en el marco de las excelentes relaciones político-económicas mantenidas por Siracusa y Corinto.

Aún pueden ser tenidas en cuenta otras importaciones exóticas que deben ser igualmente consideradas como buenos indicadores para valorar el nivel de con-

tactos alcanzados durante esta fase de intercambios de carácter aristocrático o no hegemónico. Entre ellas está sin duda el marfil, como es el caso de la placa decorada aparecida recientemente en la cueva menorquina de Mussol (Lull *et al.* 1999: 126) y datada en la fase III (c. 1000-800 cal BC) de su ocupación. El marfil es una materia prima valiosa para la fabricación de objetos de lujo y prestigio cuya presencia se rastrea en las islas desde el calcolítico (Calvo y Guerrero 2002), sin embargo, en estos momentos parece razonable pensar que los fenicios son buenos candidatos a ser considerados los agentes del intercambio, tal vez sustituyendo a los mercaderes que igualmente hicieron llegar esta materia exótica hasta Portugal en fechas algo anteriores, como nos lo indica el peine aparecido en la tumba Roça do Casal do Meio (Spindler *et al.* 1973-74: 120), precisamente acompañado de una fibula de doble resorte.

Lo mismo pensamos, en cuanto al mecanismo de llegada, con independencia del lugar de fabricación de las cuentas de fayenza aparecidas también en la misma cueva del Càrritx (Henderson 1999), junto a otras de diferentes lugares de Mallorca.

Visto lo expuesto hasta aquí, es necesario admitir que el modelo de contacto entre colonos e indígenas tiene peculiaridades que deben ser señaladas, aunque por el momento quede aún mucho trecho para que podamos encontrar una explicación. Uno de estos elementos diferenciadores con lo que ocurre en las comunidades indígenas continentales es la ausencia durante gran parte de toda esta fase de ánforas y otros materiales cerámicos a torno. Está generalmente reconocido, y aquí mismo ya se han citado muchos casos, que las mercancías envasadas en ánforas van ligadas sistemáticamente a la primera fase de interacción entre mundo colonial y sociedades indígenas.

Sin embargo, las cerámicas a torno y particularmente las ánforas no hacen acto de presencia en las Baleares (Mallorca y Menorca) hasta bien entrado el siglo VI aC (Guerrero 1989). Las causas hay que buscarlas en razones endógenas de las comunidades indígenas y no, como hemos visto en la falta de contactos con el exterior. Ya se ha apuntado que el comercio ebusitano, desde sus inicios, fue extraordinariamente selectivo (Ramón 1996) aportando a cada entorno geográfico aquello que por una razón u otra era objeto de buena aceptación. Lo mismo seguirá ocurriendo a lo largo de la colonización tardía de Baleares, donde determinados productos no llegan (p.e. cerámicas de cocina, morteros y otros envases) mientras que otros contemporáneos de gran aceptación, como las ánforas, son muy frecuentes en los asentamientos talayóticos. Por el contrario, en otros entornos, como el área peninsular levantina o Cataluña, este fenómeno no se observa. Tal vez, a este mercadeo diferencial podríamos atribuir la diferencia porcentual que se observa entre

Mallorca y Menorca en lo referente a la presencia de cerámicas ibéricas, incluidas las ánforas (Guerrero y Quintana 2000), que son relativamente abundantes en Menorca (Nicolàs y Conde 1993), mientras que en Mallorca presentan muy bajos índices de representación.

Uno de los motivos de la tardía llegada de ánforas al sistema de intercambio de esta fase en las Baleares debió de ser, con toda probabilidad, la aceptación más tardía del vino por parte de las comunidades indígenas como un elemento más de prestigio (Guerrero 1995) para su consumo social. Sin embargo, la cuestión está en saber por qué en las Baleares no se incentivó esta práctica, ni se aceptó hasta tan tarde, mientras que fue común desde los primeros momentos de la colonización en tierras continentales y en las grandes islas centro mediterráneas.

Otro de los aspectos que caracterizan toda la protohistoria de las islas es la inexistencia de cerámicas a torno de producción autóctona. La manufactura de envases cerámicos permaneció ligada a la familia sin sufrir modificaciones apreciables en el sistema productivo, hasta que las comunidades indígenas son plenamente romanizadas. Sin duda, debemos de pensar que las causas están íntimamente ligadas de nuevo a la estructura de la formación social talayótica³⁸ que, por el momento, se nos escapan.

5.1.1. Un asentamiento ¿especializado? en los intercambios de rango aristocrático. Sa Morisca de Santa Ponça

No podemos pasar por alto la mención de un asentamiento que, tanto por su ubicación, como por la organización espacial que presenta y, sobre todo, por los ritmos que los materiales importados acusan (Guerrero 1998; Quintana 2000), nos obligan a plantear una

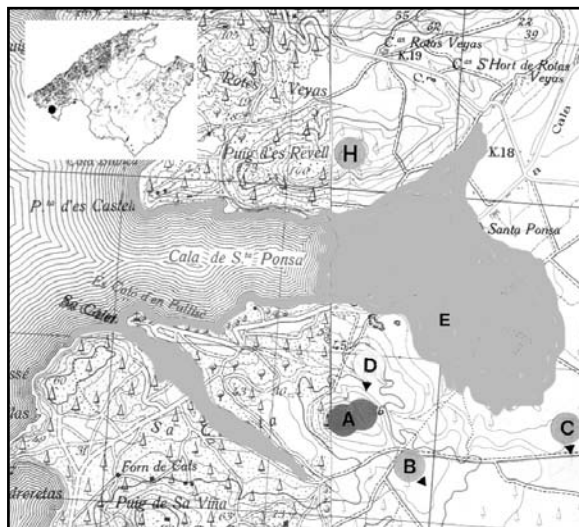


Fig. 6A.- Bahía de Santa Ponça, con restitución hipotética de la línea de costa (trama gris) en los momentos de ocupación protohistórica. (A) Asentamiento de La Morisca; (B) Talaiot circular; (C) Área ceremonial: santuario, túmulo y otros elementos; (D) Habitación talayótica tardía aislada; (E) Factoría indígena del Turó de Ses Abelles; (H) Túmulo.

explicación alternativa a la generalidad de los asentamientos talayóticos conocidos. Se trata del poblado de La Morisca (Quintana 1999) que está siendo excavado desde 1997 y, aunque el grueso de la información está aún en proceso de estudio, pueden adelantarse algunas cuestiones a título de avance provisional.

Para su ubicación, la comunidad talayótica que lo fundó³⁹ eligió un lugar estratégico en el istmo de una pequeña península que constituye lo que hoy conocemos como Santa Ponça (Calvià) (Fig. 6A). El carácter de península de este territorio aparece en la actualidad muy enmascarado debido a importantes modificaciones de la línea de costa que se iniciaron antes del cambio de Era con la colmatación definitiva de una amplia

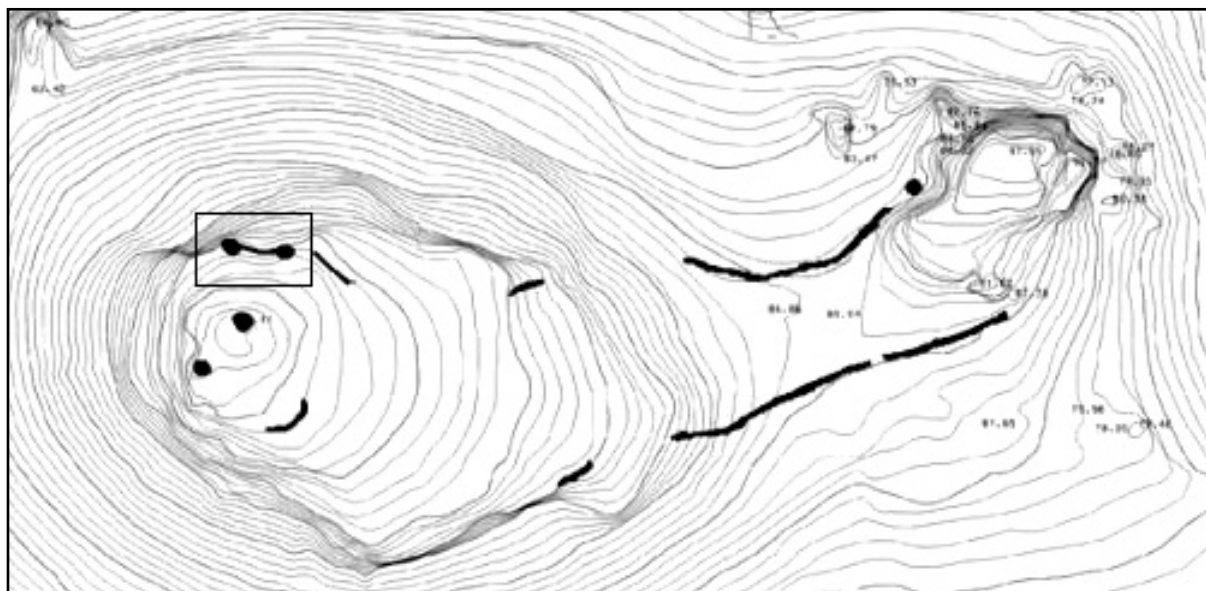


Fig. 6B.- Asentamiento de La Morisca. (A) Zona de hábitats; (B) Castellum, murallones y torres; (C) Lienzos de muralla y portal de entrada al poblado; (D) Lienzos de muralla y torreón.

bahía⁴⁰ por las aportaciones de un torrente y el cierre definitivo de la misma mediante un sistema dunar que configura la actual playa de Santa Ponça. La desecación definitiva de las amplias zonas inundadas anexas a las actuales playas de Santa Ponça y Magalluf es, por el contrario, un proceso muy moderno ligado a la intensa explotación turística de toda esta zona costera de Mallorca.

A muy poca distancia del asentamiento de La Morisca se localiza un entrante de mar -*Sa Caleta de Santa Ponça*- formado por la desembocadura de un antiguo torrente que constituía un excelente puerto natural (Fig. 6A). Su utilización como puerto en la antigüedad queda patente por los numerosos hallazgos de materiales arqueológicos que en el dragado para la construcción del actual puerto deportivo fueron extraídos, aunque, por desgracia, sin ningún control arqueológico.

No es difícil cuando uno examina la topografía del territorio y, sobre todo, cuanto se visita el asentamiento, y particularmente su acrópolis o *castellum* que seguidamente se describirá, darse cuenta que la comunidad talayótica que eligió el lugar estaba particularmente interesada en controlar los accesos por mar y las zonas de atraque y desembarco que hemos mencionado. Antes de iniciar las excavaciones, los trabajos de prospección superficial y el muestreo de hallazgos cerámicos (Guerrero 1998; Quintana 2000) ya puso en evidencia que este poblado registraba una presencia notable de ánforas arcaicas, fenómeno que no se repite en ningún otro asentamiento de la isla. De esta forma Sa Morisca concentra el 76,47% de todas las importaciones anfóricas arcaicas (s. VI-V bc o 600-550 cal. BC.) documentadas en la isla de Mallorca, contabilizados también los hallazgos de la factoría púnica de Na Guardis y su interland.

El poblado se levantó (Fig. 6B) aprovechando una vaguada delimitada al Este y Oeste por dos cumbres no muy elevadas, pero sí agrestes y de laderas muy escarpadas que en la mayor parte de sus vertientes constituyen paredones verticales de roca. El espacio entre ambas cumbres fue cerrado por dos lienzos de muralla, uno al Norte y otro al Sur respectivamente, conservándose visibles en la actualidad un torreón de defensa y la puerta de la muralla en el lienzo Sur que sufrió varias readaptaciones en la zona del portal. El espacio intramuros constituye hoy una densa acumulación de ruinas entre las que pueden localizarse numerosas estructuras de hábitat.

Un lienzo de muralla, al Este de portal conservado, presenta una técnica de construcción que no es frecuente en la arquitectura talayótica. Parece que se trata de un forro externo de la muralla que se levantó con posterioridad. El paramento externo está compuesto por bloques medianos dispuestos en *opus incertum*, aunque con cierta tendencia a la disposición en hiladas paralelas, dividido en tramos regulares por bloques de

gran tamaño que, por pares y colocados de forma ortostática, refuerzan el conjunto. Aún resulta prematuro apuntar conclusiones definitivas pues es un área que resta por excavar.

Sin embargo, nos gustaría señalar que esta técnica de intercalar pilares entre un paramento de aparejo menudo e irregular es bien conocida en el mundo fenicio (Elayi 1980) y en Occidente se ha documentado su existencia precisamente en el cerro de San Pedro de Huelva (García 1988-89), en un contexto con indudable influencia fenicia⁴¹. El muro de Sa Morisca es sin duda indígena, pero podría recoger cierta inspiración de técnicas constructivas foráneas y no deja de ser significativo que precisamente su existencia se documente en un asentamiento talayótico en el que ahora estamos comprobando que las influencias fenicias se registran en la misma cultura material, como luego veremos. En Mallorca está misma técnica constructiva, aunque en aparejo no ciclópeo, fue utilizada en la construcción del asentamiento púnico de “Es Trenc” (Guerrero 1987: 13-59, fig.6, 1997: 179-186, fig. 190). Las excavaciones en este sector del asentamiento han documentado un abandono coincidiendo con la conquista romana de la isla hacia 130-120 aC.

El sistema de fortificación con que esta comunidad se dotó resulta muy singular y prácticamente desconocido en el mundo talayótico. Es inconcebible si no se inserta en una estrategia muy clara de control del territorio circundante, especialmente el costero. La cumbre más elevada, conocida como “*Puig de Sa Morisca*”, fue convertida en un verdadero *castellum* mediante la construcción de murallones que recorren el perímetro de su cumbre rocosa. Englobadas en este sistema de murallas se levantaron tres torres de planta circular irregular, estratégicamente situadas para tener un perfecto dominio visual de los puntos costeros más sensibles, como eran las ensenadas, la zona lacustre y el puerto natural de *Sa Caleta*. En la cota más elevada de la cumbre, que coincide aproximadamente con su centro geométrico, se levantó también una torre central que, a su vez, domina un horizonte de 360° con lo que claramente refuerza y concentra el papel de todos los elementos defensivos del *castellum*. Este sistema de fortificación, similar a los castillos roqueros medievales, es, por lo que conocemos hasta el momento, único en las Baleares.

La segunda de las cumbres, algo más baja, pero sí cabe más escarpada e inaccesible que la anteriormente descrita, albergó también algunos elementos arquitectónicos hoy casi por completos desaparecidos. Sólo se conserva, aunque muy deteriorada, una rudimentaria escalera tallada en la roca de la ladera y la base de un pasillo ciclópeo que la bordea por uno de sus costados.

Las campañas de excavación se han centrado hasta el momento en la torre 1 y la muralla anexa (Figs. 7A

y B) de la cumbre Oeste o “*Puig de Sa Morisca*” y nos han proporcionado una información de gran interés para el tema que nos ocupa. La secuencia estratigráfica puesta al descubierto nos ha permitido delimitar con claridad tres fases de ocupación del *castellum*:

1) *Horizonte anterior a la construcción*

El paleosuelo sobre el que se edificó la torre 1 está constituido por una roca muy irregular con grietas que a veces superan los 60 cms de profundidad. Muchas de ellas aparecen parcial o totalmente colmatadas de sedimento natural. Ligados a estas unidades estratigráficas sedimentarias, claramente anteriores a la construcción de la torre, han aparecido algunos materiales arqueológicos muy significativos. En primer lugar, debemos destacar que la ausencia de cerámica a torno es absoluta, sólo se detecta la presencia de cerámica a mano talayótica. Los criterios de datación que proporcionan estas piezas cerámicas fragmentarias son algo imprecisos, sin embargo las dataciones radiocarbónicas de huesos de fauna aparecidos en estas unidades estratigráficas nos indican que la cumbre estuvo frecuentándose desde 1250 hasta 800 BC. Con posterioridad a esta fecha se levantarían las primeras estructuras defensivas, cuya datación absoluta se ve oscurecida por caer en el ya citado tramo de poca precisión de la curva de calibración radiocarbónica.

Los materiales de importación de este horizonte de Sa Morisca son muy escasos, pero altamente ilustrativos pues nos indican con toda claridad la identidad de los mercaderes que entraron en contacto con esta comunidad, probablemente al poco tiempo de haberse asentado en el lugar y antes de que la misma decidiese dotarse de este sistema tan singular y complejo de defensa y control de la costa. En primer lugar tenemos una cuenta de vidrio agallonada, azul turquesa, de clara raigambre fenicia. Pese a la dificultad de fechar con precisión este tipo de objetos fuera de contextos claros, sabemos que ya están presentes en conjuntos arcaicos como en la tumba 4 de Trayamar (Schubart y Niemeyer 1976) hacia el 650 aC y, aunque perduran largo tiempo, no suelen encontrarse en contextos posteriores al s. IV aC. En Ibiza se conocen varios ejemplares en contextos poco claros (Ruano 1997) conservados en fondos de colecciones antiguas. Un ejemplar bien fechado procede del ajuar funerario localizado en el pozo de acceso al hipogeo nº 7 de la calle León (Gómez Bellard *et al.* 1990: 87), cuya datación puede situarse aún dentro del s. VI aC, aunque reconozcamos la capacidad de estos objetos de perdurar largo tiempo en uso, por ello nada impide que otras cuentas similares puedan pertenecer igualmente a la fase fenicia arcaica (650-575 aC) de la isla⁴².

En segundo lugar, la pieza con seguridad más significativa es una punta de flecha fenicia con arpón de la forma 1.4.A, según la tipología de J. Ramón (1983).

Ésta clase de arma está estrechamente ligada a la presencia fenicia en Occidente. Es un arma que los indígenas jamás llegaron a incorporar ni a utilizar⁴³, por lo que el individuo que la disparó, o la regaló como objeto de prestigio, pudo ser con toda probabilidad un mercader fenicio que frecuentaba la zona de Sa Morisca.

Un estudio sobre este tipo de flechas fue realizado por J. Ramón (1983), en el que este investigador analiza numerosos ejemplares procedentes de Ibiza, de donde suponemos que pudo llegar el ejemplar de Sa Morisca. Por desgracia todos los especímenes ebusitanos carecen de contexto cerrado, aunque algunos han aparecido asociados a materiales arcaicos como el de la acrópolis ebusitana, encontrado en el mismo lugar en que apareció una estatuilla del dios fenicio Reseph datada originalmente hacia el s. VI aC (Fernández 1982; Fernández-Miranda 1983) en función del conocimiento que entonces se tenía de la colonización púnica de la isla, pero que hoy puede remontar sin dificultad la fecha fundacional fenicia del 654 aC, lo que, por otro lado, justificaría los rasgos arcaicos de la pieza señalados por todos los autores que la han estudiado. Tres ejemplares más aparecieron en el lugar costero de la ciudad de Ibiza conocido como “la punta de J. Tur Esquerer”, en donde se documentan materiales fenicios del VII aC, no existiendo hallazgos posteriores al VI aC (Ramón 1981, 1994).

De siempre (García 1966; Sánchez Meseguer 1974), y en esto parece que hay pocas dudas por sus paralelos orientales, se ha admitido que este tipo de arma fue utilizada por los colonos fenicios que la introducen en el Mediterráneo occidental y la siguieron produciendo con toda probabilidad en sus asentamientos, tanto del Estrecho, como de la propia Ibiza (Ramón 1983). De todos los ejemplares conocidos nos interesa señalar algunos que por su cronología más segura o por su contexto constituyen paralelos de gran interés para el estudio del ejemplar de Sa Morisca. En ambientes puramente fenicios no ebusitanos es importante constatar su presencia en Toscanos, pues su abandono a fines del s. VI aC nos proporciona una clara fecha *ante quem* para los dos ejemplares de hoja lanceolada y arpón que allí se localizaron (Schubart y Niemeyer 1969; Schubart y Maass-Lindemann 1984: 149). La datación de estos ejemplares debe situarse por el contexto cerámico fenicio hacia el la primera mitad del VII aC⁴⁴ (c. 750-700 BC). También en las necrópolis arcaicas de Cartago⁴⁵ (Delattre 1896: 35) se conoce su presencia hacia el siglo VI aC. De igual importancia resulta para este análisis otra punta de flecha de esta clase aparecida en un vertedero del yacimiento fenicio de La Fonteta (González Prats 1998: tav.VIII) que tampoco bajaría de c. el 600 aC.

En un contexto indígena, pero fuertemente influido por la presencia fenicia de La Fonteta, tenemos

ocho ejemplares más en la Peña Negra de Crevillente (González Prats 1983) asociadas a contextos de la fase II. Al igual que en Toscanos disponemos de una fecha *ante quem* marcada por la destrucción violenta del asentamiento hacia 575/550 aC, no obstante las flechas fenicias pueden ser francamente anteriores, pues esta fase se inicia hacia 675/600 aC.

Aunque sin cronología absoluta, nos interesa señalar la presencia de cuatro flechas fenicias más de esta clase en el asentamiento de “El Malacón” de Albacete (García y Ruiz 1964: 28), pues aparecieron en un contexto indígena, formando parte posiblemente de un depósito, en un contexto en el que sólo se registra la presencia de cerámica a mano, salvo un fragmento de barniz rojo fenicio y otro correspondiente a un plato gris de la misma atribución. A nuestro juicio, la datación de este conjunto debe situarse en el momento de la llegada de las primeras importaciones fenicias a las comunidades indígenas del interior, lo que debió ocurrir probablemente en los inicios de la Fase II de la Peña Negra, es decir hacia 790/750 BC. Sin contexto claro aparecen también en Bolbax (Cieza, Murcia) cuatro ejemplares (Lillo 1981: 279) que probablemente puedan asociarse a las fíbulas de doble resorte que igualmente aparecen en dicho yacimiento. De igual interés nos resulta el ejemplar aparecido en el nuraga de S. Antine entre otros (Schiavo y Ridgway 1987).

El horizonte estratigráfico en el que apareció el ejemplar de Sa Morisca nos indica que es un elemento con claridad anterior a la construcción del *castellum* hacia mediados del s. VI BC, sin embargo, entre los materiales igualmente anteriores y del mismo horizonte estratigráfico encontramos cerámicas indígenas que pueden datarse perfectamente entre 850 y 700 BC como nos indican las dataciones más modernas del paleosuelo sobre el que se asentó el *castellum*.

Fuera de contexto, en un área removida por la erosión, apareció un escarabeo cuya llegada a este sitio, con seguridad, habría también que atribuir a los

agentes fenicios que en esta fase de la existencia del asentamiento de “Sa Morisca” habían entablado ya relaciones con el mundo indígena de la isla. En esto también resulta una excepcionalidad el asentamiento de Sa Morisca, pues los escarabeos son desconocidos en las Baleares, fuera de Ibiza. Su datación es problemática por las condiciones del hallazgo, pero pensamos, a tenor de los paralelos ibicencos (Fernández y Padró 1982), que pudo llegar a la isla hacia el siglo VI aC.

Durante la segunda mitad del s. VI aC se produce una cierta inflexión de los contactos con los comerciantes ebusitanos, que comienzan a tener una presencia cada vez más activa en las otras islas y los productos envasados en ánforas, fundamentalmente el vino que de ahora en adelante irá teniendo una presencia más significativa en el volumen de mercancías aportadas por el comercio exterior.

2) Construcción y uso del *castellum* (Figs. 7A, B, C)

El muro perimetral de la torre 1 está construido con la tradicional técnica talayótica de doble paramento de grandes bloques con relleno intermurario de piedras y cascajo. A los efectos de obtener documentación fiable sobre el momento de construcción de la torre 1, y aprovechando que se debía consolidar este muro perimetral, se realizó una cata en el relleno del mismo obteniéndose varias muestras de fauna que con toda seguridad quedaron mezcladas con el relleno en el momento de su construcción. Se dataron sólo las procedentes de la base del relleno para asegurar con total garantía la relación contextual de la muestra con el hecho arqueológico que queríamos datar. Dos de estas muestras proporcionan una datación muy pareja hacia el 516 aC, poco fiables por su amplio marco de incertidumbre, mientras que otras dos, con una fiabilidad muy aceptable son más tardías⁴⁶ y se sitúan entre 430 y 410 BC.

Las fuertes irregularidades del suelo rocoso obligaron, al tiempo que se levantaban los muros de la to-

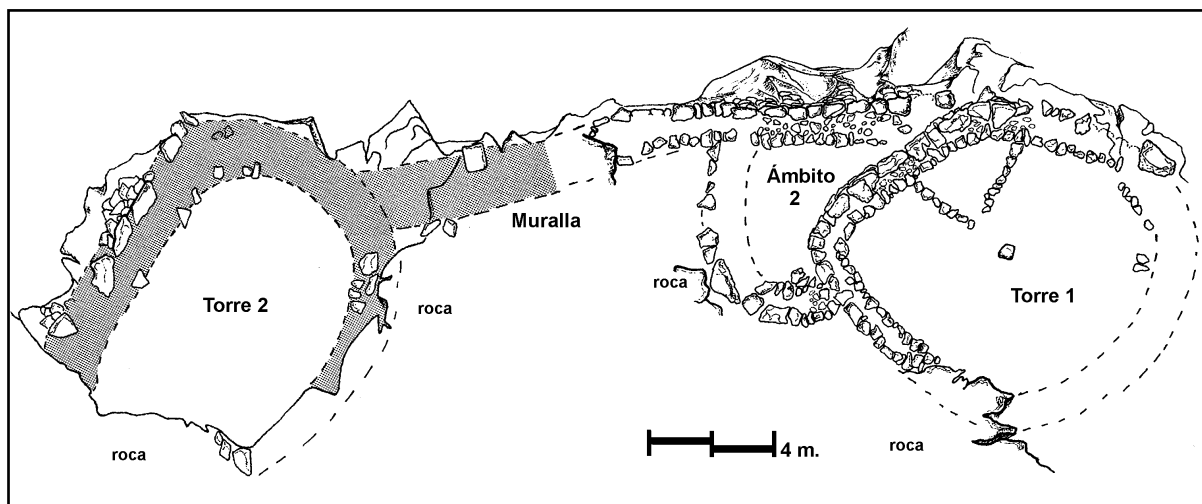


Fig. 7A.- Torres 1 y 2 (sin excavar) del *Castellum* de La Morisca.

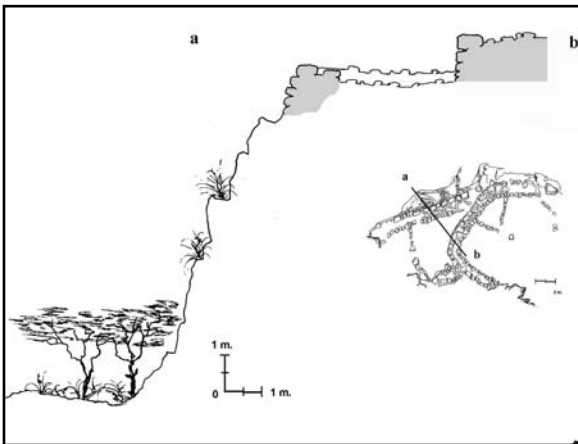


Fig. 7B.- Sección parcial del *castellum* de La Morisca.

re, a una importante obra de nivelación que consistió en acondicionar una base de piedras medianas y pequeñas (junto con losetas e, incluso, algunos instrumentos de piedra amortizados como varios morteros), sobre la que luego soportar un suelo de tierra batida. En estas tareas quedaron amortizadas y mezcladas con las piedras y losetas del piso bastantes fragmentos cerámicos; entre ellos, dos son especialmente significativos pues nos permiten datar con cierta precisión el momento en el cual estas obras tuvieron lugar. En efecto, se trata de dos fragmentos de vasos áticos: uno de ellos es un kylix identificado por un fragmento de labio con el arranque de asa que está formalmente muy próximo a los ejemplares del Ágora de Atenas nº 474 o 475 (Sparkes y Talcott 1970), los cuales se fechan en origen entre el 460 y el 450 aC⁴⁷, el otro es un asa completa con parte del labio de un bol monoansado muy similar a los ejemplares también del Ágora nº 755 y 757 (Sparkes y Talcott 1970), cuyas dataciones entre 400 y 375 aC resultan ligeramente más tardías que el kylix. Como vemos, el indicador cronológico basado en el colágeno de los huesos amortizados en el interior del muro y el intervalo de tiempo que nos marcan las cerámicas a torno son bastante coincidentes en este caso.

Parece bastante seguro que la construcción⁴⁸ y uso prístino de este *castellum* está íntimamente ligado a la consolidación de unos intercambios cada vez más regulares y en vías de intensificación que, a nuestro juicio, deben ser calificados de precoloniales (o preempóricos en el sentido secuencial) pues la aparición de las factorías costeras no tendría lugar hasta una centuria y media más tarde o algo más. La construcción del *castellum* de “Sa Morisca”, o al menos de la torre 1, tiene lugar algún tiempo después de la llegada a la isla de los primeros elementos cerámicos (Guerrero 1989, 1999a). Se trata de las ánforas ebusitanas PE-12/T-1312 (Ramón 1991a, 1995), junto con algún ejemplar tardío fenicio occidental R-1/T-10221 (Ramón 1995), así como algunas masaliotas e ibéricas arcaicas. Aún así y todo, la presencia de estas ánforas arcaicas



Fig. 7C.- Torre 1 de La Morisca excavada y dominio visual.

no se generaliza y sólo contados asentamientos registran su presencia. Es precisamente el asentamiento de “Sa Morisca” en el que estos tipos anfóricos arcaicos aparecen con cierta frecuencia (Guerrero 1998a). No será hasta la fase de intercambios plenamente coloniales o empóricos, tras la fundación de la factoría de Na Guardis, cuando la presencia masiva de ánforas se extienda de forma generalizada a prácticamente todos los asentamientos indígenas.

Debemos recordar que la fundación por parte de comunidades indígenas de asentamientos destinados a los intercambios con el exterior, como puede ser el caso de Sa Morisca, en lugares estratégicos a los que podían llegar los barcos de los colonos con cierta facilidad y seguridad, es un fenómeno hoy perfectamente documentado y del que tenemos un magnífico ejemplo en el yacimiento de Aldovesta, aguas arriba de la desembocadura del Ebro, ya citado en este mismo trabajo. En cualquier caso, la existencia de asentamientos indígenas especializados funcionalmente en actividades de intercambio y gestionados por ellos mismos constituye una de las estrategias propias de los contactos precoloniales, entendidos como las relaciones entre indígenas y colonos en los momentos anteriores a la fundación de las verdaderas colonias (Domínguez Monedero 1992).

Este modelo de contacto entre indígenas y comerciantes fenicios se agota cuando el fenómeno colonial da un paso más con la fundación de verdaderas factorías gestionadas directamente por los colonos y se dispone de estructuras portuarias seguras, tanto desde un punto de vista náutico, como político, es decir bajo la cobertura de los acuerdos o pactos que garantizan al asentamiento la imprescindible neutralidad para el buen desarrollo de los intercambios comerciales. Si durante la fase precolonial en los intercambios tenían una presencia fundamental los objetos de prestigio (*athyrmata*), ahora se dará paso a un comercio mucho más intenso y regular, propio del tráfico de *gaulois* con cargamentos masivos de mercancías industriales, entre los que el vino tendrá un papel importante.

3) *Reutilización de la "torre 1"*

Toda esta formidable y compleja fortificación parece que tuvo una vida efímera. El espacio interior de la torre 1, perdida su función original, se subdividió en tres dependencias⁴⁹ de dimensiones desiguales mediante la construcción de tabiques internos y la amortización de la columna central que queda embutida en uno de muros.

Teniendo en cuenta las dataciones que nos proporcionan los fragmentos de cerámicas áticas, y los fenómenos de perduración en uso, podemos pensar que la torre se reformó para convertirse en vivienda hacia el 400 aC o en los primeros años del s. IV aC.

El contexto arqueológico asociado a esta fase de uso de la torre nos indica que la misma fue reformada dividiendo el espacio interno. La dependencia mayor albergaba el hogar, una segunda almacenaba un número interminado de ánforas púnicas ebusitanas, mientras que la tercera y más pequeña parece que sirvió para almacenar enseres diversos como grandes vasijas indígenas y un ánfora ibérica, así como grandes clavos de bronce recuperados del naufragio de una nave para su refundición, y fusayolas talayóticas, entre los elementos mejor identificados hasta el momento. También sirvió de despensa como así nos lo indica la inusitada cantidad de restos de fauna. Interesa destacar que entre los restos de fauna aparecieron bastantes vértebras articuladas de un pez de gran talla que parece indicarnos, por un lado, actividades de pesca marina compleja y, por otro, sistemas de conservación mediante salado o ahumado. La tercera de las dependencias se sitúa en la parte más afectada por la erosión que destruyó parte de la torre y será más difícil aclarar su función, sin embargo, sabemos que guardaba varias ánforas púnicas PE-14/T-8111 (Ramón 1991a, 1995), las cuales permanecían aún *in situ*, aunque muy fragmentadas.

El momento de abandono final de la torre 1, convertida en vivienda, puede fijarse con bastante precisión hacia el 325 aC, o muy poco después. El conjunto cerámico que nos permite apuntar esta datación está compuesto por tres ánforas PE-14/T-8111 (Ramón 1991a, 1995), un ánfora ibérica de los talleres del Campello (López Seguí 1997) y otra de origen masaliota, cuyo tipo exacto no podemos fijar por que sólo se ha localizado el fondo. La cerámica fina de mesa es inexistente y sólo un mortero púnico ebusitano completa el conjunto de cerámica a torno.

A efectos de ilustrar mejor el marco cronológico en el que se desenvuelve esta fase de uso de la torre nos gustaría apuntar que el mismo debe situarse entre dos contextos cerrados muy relevantes para el estudio de la protohistoria reciente de las Baleares. De esta forma, ninguna de las formas áticas amortizadas en la torre, que hemos señalado con anterioridad, aparecen entre el cargamento del pecio del Sec que debió de

hundirse hacia el 375 aC (Arribas *et al.* 1987). Para el momento de abandono definitivo carecemos de vajilla cerámica de importación que nos permita afinar una datación segura, sin embargo, el conjunto anfórico en el que aparecen tipos PE-14/T-8111 clásicos junto a un ejemplar ibérico del Campello, nos induce a sugerir que éste se produjo poco antes, o de forma coincidente con el hundimiento del navío Binisafuller, cuya datación inicialmente propuesta⁵⁰ en las primeras décadas del siglo III aC (Guerrero *et al.* 1989, 1991) debe ser revisada ligeramente al alza (Ramón 1993) y situarlo en los últimos años del siglo IV aC.

Resulta altamente significativo que el cambio de función de torre a vivienda, hacia principios del siglo IV aC, coincida con las primeras señales de actividad continuada e intensa en el islote de Na Guardis. En estos momentos el islote es ya un lugar donde se realizan transacciones comerciales y se han levantado diversos edificios, alguno de los cuales amortizó incluso una construcción anterior (Guerrero 1997: 35-36).

A nuestro juicio, a fines del s. V aC y primeras décadas del IV aC. se produce la inflexión que nos marcará el paso de los intercambios característicos de la fase aristocrática o no hegemónica, a los de naturaleza empórica centralizados en la factoría de Na Guardis y propios del comercio plenamente colonial. Estamos plenamente de acuerdo con J. Alvar (2000) en que cuando se da una ocupación física del territorio, por muy parcial y reducida que sea, debemos entender que existe una intención expresa y planificada de explotación de todos los recursos posibles y captación sistemática de beneficios.

No menos ilustrativo resulta que se abandone definitivamente la torre 1, y con alta probabilidad todo el *castellum*, hacia el 325/300 aC, pues sobre estas fechas puede darse por consolidada la presencia colonial púnico ebusitana en la isla de Mallorca, la factoría de Na Guardis inicia su fase de mayor actividad. Esta situación tiene su claro reflejo en la llegada regular y relativamente abundante de ánforas PE-14/T-8111 (Ramón 1991a, 1995) a todas las comunidades talayóticas de la isla, en las que hasta estos momentos resultaba difícil registrar la presencia de cerámica a torno.

El asentamiento de Sa Morisca continuará habitado, pero su decadencia resulta patente (Guerrero 1998) seguramente debido a que perdió la función primordial para a que fue fundado.

5.2. Los intercambios coloniales o de naturaleza "empórica". Fase c. 400-123 BC

Durante el siglo IV aC las relaciones comerciales de los indígenas con el exterior cambian de forma sustancial con la fundación de la factoría púnica sobre el islote de Na Guardis (Guerrero 1997: 33-179) (Fig. 8 A). El islote ya había sido objeto de una frecuentación más o menos esporádica durante la fase precolonial,

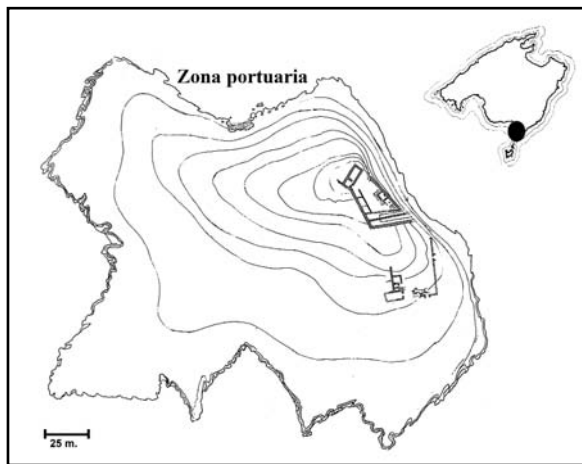


Fig. 8A.- Factoría púnica del islote de Na Guardis.

como parece indicar la presencia de unos pocos, pero significativos, materiales cerámicos a torno aparecidos en el mismo, entre ellos podemos señalar un ánfora fenicia occidental tardía R-1/T-10221, otro ejemplar ibérico arcaico y dos masaliotas. Esta frecuentación de la zona costera, en la que posteriormente se fundará la factoría de Na Guardis, dejó su rastro en las poblaciones indígenas vecinas, de esta forma algunos elementos cerámicos ebusitanos como una botellita Eb-12, que puede datarse entre el VI y el V aC (Gómez Bellard 1981), pasó a formar parte del ajuar funerario de una tumba de la necrópolis de Sa Carotja (Guerrero 1999a: 36) que se localiza unos 5 Km. al interior.

A lo largo de este periodo, previo al asentamiento definitivo de mercaderes púnicos ebusitanos sobre el islote, debemos suponer que los mismos explorarían

todas las posibilidades que la costa mallorquina les ofrecía a este fin. Sin embargo, pocas reunían unas condiciones tan inmejorables como la costa de la Colonia de Sant Jordi. En ella, además de la ensenada dominada por el islote de Na Guardis, se localiza una extensa zona lacustre costera con excelentes posibilidades para la explotación de la sal.

Como efectivamente así ocurrió, coincidiendo con la consolidación definitiva de la factoría, hacia mediados del s. IV aC, se detectan las primeras actividades relacionadas con la explotación de la sal, entre las que es necesario destacar la construcción de un pequeño asentamiento -"Es Trenc"- en la misma costa firme (Guerrero 1987: 13-58) que, por su ubicación, difícilmente se entiende su existencia si no es ligado a la explotación de los estanques de sal inmediatos.

En la primera mitad del s. IV aC (c. 400-385 cal. BC) el asentamiento púnico ya aparece dotado de una cerca defensiva (Guerrero 1997: 99-115) que encierra un espacio destinado a almacenes y pequeñas dependencias de función poco clara, aunque seguramente el islote ya contaba con algunos edificios destinados a servir de almacén y albergue para los comerciantes en sus intercambios con los indígenas. Una segunda cerca delimitaba un área industrial especializada en la transformación del hierro, que llegaba a la factoría en forma de panes o lingotes de hierro (lupia o mazarra) y en la elaboración de instrumentos del mismo metal. La forja y los talleres anexos (Guerrero 1997: 92-99) constituyen por el momento uno de los centros metalúrgicos⁵¹ mejor conservados que conocemos en el Mediterráneo central y occidental (Fig. 8B).

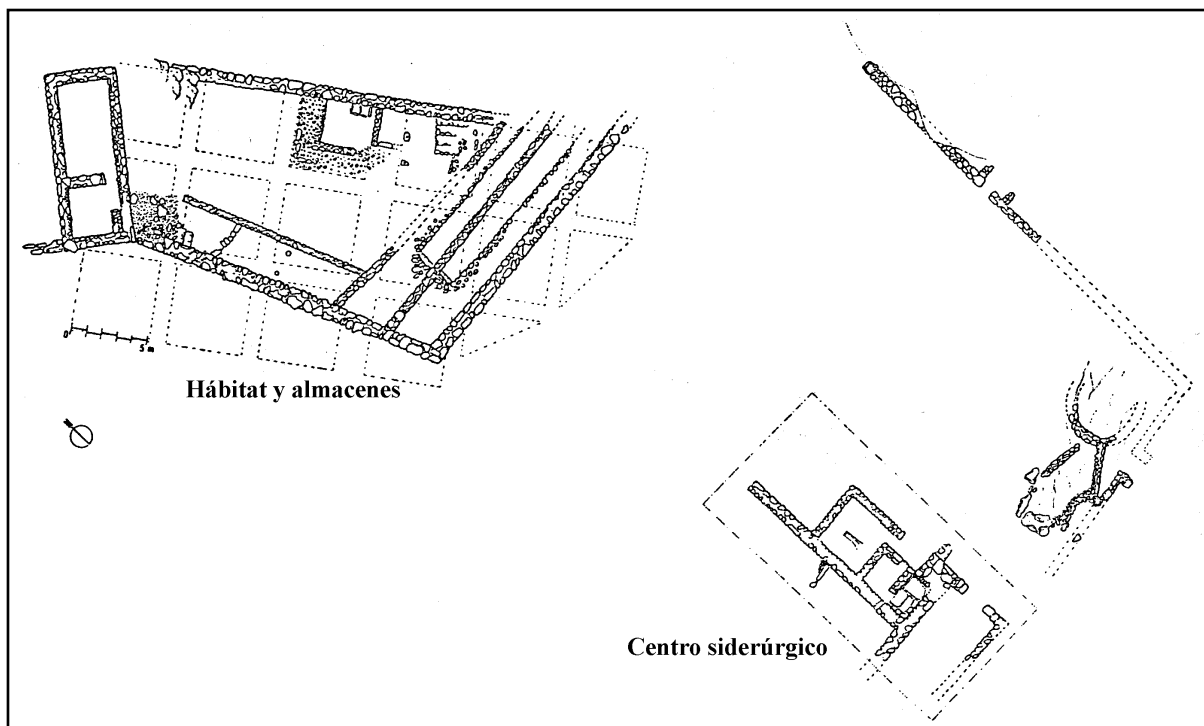


Fig. 8B.- Conjuntos excavados de la factoría púnica de Na Guardis.

La decisión de fundar un asentamiento para ser gestionado directamente por los colonos, por mucho que la soberanía (*propietas*) territorial no pasase del estricto ámbito de la factoría (Guerrero 1991) o residentes en precario (*inquilini*), como ya se apuntara hace tiempo según distintos modelos de las formas de contacto entre indígenas y colonos (Morel 1983), supone un cambio cualitativo muy importante en el desarrollo del proceso colonial de las islas.

Parece fuera de toda duda que la aparición de un asentamiento costero, gestionado por colonos y destinado, no sólo a los intercambios comerciales, sino también a la manufactura de productos metálicos, supone la prueba más evidente de que se ha materializado el paso entre unos intercambios de carácter “aristocrático” a otros de naturaleza “empórica”, como generalmente viene planteándose para otras áreas geográficas continentales. En principio, este tipo de ocupación territorial no tiene por que suponer un conflicto violento con las poblaciones indígenas, bien al contrario, frecuentemente estos asentamientos son pactados e incluso incentivados por los jefes indígenas como estrategia para asegurarse un incremento y una seguridad en el abastecimiento de mercancías exóticas y bienes de prestigio que, en última instancia, acrecentarán su carisma y asegurarán su poder y el de sus herederos sobre el resto de la sociedad. En este contexto se explica perfectamente el interés del mítico rey Argantonio por ofrecer tierras a los foceos (Wagner 1993) o los matrimonios institucionales con donación de tierras para la fundación de la colonia como en el caso de *Massalia* (Domínguez Monedero 1991). Aún quedan muchas incógnitas por resolver, sin embargo, la construcción de la torre en unos momentos próximos o coincidentes con la fundación de la factoría de Na Guardis tal vez nos este indicando que las relaciones entre indígenas y colonos se tornaron más hostiles y conflictivas de lo que habrían sido durante la fase de apogeo de los intercambios aristocráticos que caracterizaron el periodo preconstructivo (c. 800-500 BC) del *castellum* de Sa Morisca.

Tanto en Mallorca como en Menorca este cambio cualitativo en la presión colonial se manifiesta en el registro arqueológico por un incremento notabilísimo de las importaciones cerámicas, principalmente anfóricas. Entre los materiales del siglo IV aC (c. 440-320 cal. BC) las ánforas PE-14/T-8111 (Ramón 1991a, 1995) tienen un carácter de claro monopolio. Otros tipos de cerámicas como las áticas y otras ánforas contemporáneas resultan desconocidas en la isla o su presencia es realmente anecdótica. Sin duda alguna *Ebusus* ejerce un papel de suministrador de importaciones prácticamente único a las comunidades indígenas de Mallorca y Menorca.

La explotación de la sal, tanto o más que la fundación de la factoría costera, nos induce a pensar que

desde mediados del s. IV aC las relaciones propias de un intercambio desigual se debieron de intensificar con algún tipo de dependencia o prestación personal de fuerza de trabajo indígena, pues resulta impensable admitir en un sistema colonial que la mano de obra necesaria para la puesta en marcha de esta explotación industrial de la sal no fuese indígena.

Por lo que sabemos a partir de otros enclaves coloniales púnicos, podemos dar por seguro que la explotación de la sal y el control de la misma (Guerrero 1997: 196-199), así como su comercialización debieron estar en manos de los comerciantes púnicos asentados en Na Guardis. Como se sabe la explotación de las salinas nunca fue una actividad privada, sino dependiente del palacio o del templo y esto permite pensar que, al igual que ha ocurrido en otras áreas coloniales, pudieron existir agentes o funcionarios ebusitanos especiales encargados del control de esta explotación instalados de forma más o menos estacional en la isla.

Una visión simplista de los intercambios coloniales o *empóricos* en las islas ve en las mercancías llegadas a los indígenas el fruto de “pagos” o “soldadas” por las prestaciones de mercenarios (Lull *et al.* 2001: 74). En realidad el planteamiento no es ni nuevo, ni original, pues ya fue postulado en un pregón de fiestas patronales por D. Cerdá (1984) y articulado en literatura más científica por S. Gornés, J.M^a Gual y A. López Pons (1992), aunque, en aquel entonces, imbuido de un trasfondo de reivindicación autoctonista, que con posterioridad, los mismos autores han reconducido a postulados más acordes con el registro arqueológico, tanto de Menorca, como de Mallorca (Gornés y Gual 2001).

Sin duda el pago, no tanto de “soldadas”, como de compensaciones a las comunidades que aportaban mercenarios pagadas por los *comisarios* cartagineses (Diodoro, *Bibl. Hist.* XIII, 80,2) podría explicar una parte de la realidad colonial, pero no toda. La existencia de un asentamiento funcionalmente tan complejo como Na Guardis y el control simultáneo de toda el área salinera colindante, como veremos, no abona esta visión tan reduccionista del problema que, en última instancia sólo sería válido para momentos posteriores al siglo V aC y, sobre todo, para el III aC. Por otro lado, deja sin explicación satisfactoria qué tipo de modelos o formas de contacto permitieron la llegada de productos exóticos, metálicos y cerámicos “precoloniales” (Guerrero 1989) que aparecen en el registro arqueológico de las islas desde c. 850 BC hasta aproximadamente el 350 aC, por no mencionar los de las épocas anteriores que no tratamos en este apartado.

Sobre la naturaleza, razón, funciones y consecuencias del mercenariado no entraremos, por no repetir cuestiones largamente tratadas en una abundante literatura científica sobre esta cuestión. A nuestro juicio,

creemos que el mercenariado balear (Guerrero 1997: 310-313), aunque pueda tener algunas peculiaridades, no constituye un caso aparte que requiera modelos explicativos tan “originales”. En última instancia, no es posible olvidar que, si bien las comunidades emisoras de contingentes podían recibir alguna compensación en los momentos de las levas (Diodoro, *Bibl. Hist.* XIII, 80, 2), las “soldadas” y los beneficios de la intervención, básicamente la participación en los botines y otros pagos en especie, se recibían en los lugares de destino. Precisamente las fuentes nos informan de cómo la impuntualidad en el pago fue motivo de serios conflictos, el más paradigmático fue el motín al cual tuvo que hacer frente en propio *Himilcon* (Diodoro, *Bibl. Hist.* XIII, 88). En otro orden de cosas, el número de mercenarios que eventualmente podía regresar a las comunidades de origen era ínfimo (para este asunto, y otros de gran interés sobre el tema, ver Quesada 1994), con lo que la influencia de la aportación económica de los licenciados a sus sociedades debió de ser prácticamente nula. Si aceptamos esta visión reduccionista propuesta por Lull *et al.* (2001: 74), debemos preguntarnos igualmente a cambio de qué contrapartidas siguieron llegando las mercancías importadas, que incluso se incrementaron durante el s. II aC, en los largos periodos en los que no hubo levas de combatientes indígenas.

En Menorca no se ha documentado la existencia de ningún asentamiento colonial como el de Na Guardis. No obstante, la importantísima presencia de mercancías ebusitanas en los poblados indígenas menorquines y la existencia del fondeadero de Cales Coves (Belén y Fernández-Miranda 1979), nos hacen pensar que esta isla tampoco quedó al margen de los intereses coloniales ebusitanos.

Un significativo hallazgo cerca del puerto de Ciudadela nos puede confirmar que la presencia púnica en la isla de Menorca no es un simple asunto de trasiego redistributivo de mercancías. Se trata de una losa de unos 64 cm de lado y unos 25 de grueso que tiene grabada una figura de indudable estilo egipciante (Nicolás y Sánchez 1991). Seguramente la losa debió de formar parte de un conjunto arquitectónico imposible hoy de reconstruir. Lo importante, en cualquier caso, es que se trata de piedra arenisca local, por lo tanto su ejecución debe atribuirse a un artesano púnico afincado en la isla, o bien a un indígena buen conocedor de los cánones de representación púnicos de influencia egipcia.

Menorca seguramente registró, además, una presión (opresión) distinta en los momentos finales del s. III aC. Sabemos (Tito Livio XXVIII, 37, 4) que Magón inverna en la isla el 205 aC instalando un campamento que pudo constituir el germen del furo núcleo urbano de Mahón. Las excavaciones del vecino poblado de Biniparratxet han registrado un horizonte de abandono y vida muy precaria que coincide cronológicamente con los acontecimientos que relatan las fuen-

tes. Con todo, lo más interesante es que se registra una gestión de los rebaños verdaderamente anómala que provoca el sacrificio mayoritario de reses de todas las especies en situación de desarrollo muy inmaduro, en algunos casos incluso neonatos. Estas prácticas se detectan incluso entre los bóvidos, no registrándose ningún individuo mayor de 36 meses⁵² (Pino y Morales 2001). Parece razonable preguntarse sin este aprovechamiento tan anómalo de la cabaña ganadera de la comunidad de Binipartxet se debe a una extraordinaria presión coyuntural, derivada de un cuerpo de ejército acantonado a menos de 5 km. del poblado, el cual seguramente debió imponer contribuciones forzadas a las poblaciones autóctonas más próximas.

La factoría púnica ebusitana mallorquina de Na Guardis también sufrió los efectos de la presión final de la Segunda Guerra Púnica (Guerrero 1997: 257-264). El conjunto de almacenes situado al S.E. del complejo entró en ruina por abandono coyuntural que sólo duró muy pocos años, pero los suficientes para que las techumbres y parte de los muros menores se derrumbasen y hubiese que rehacer, tras su nueva puesta en uso, todo este conjunto arquitectónico. Todo ello, abandono, derrumbe y reparación, tiene un registro cronológico caracterizado por las cerámicas propias de los momentos finales de la guerra, muy coincidentes con las que se documentan en la destrucción de Cartago Nova (Martín y Roldán 1992) por Escipión.

Todo este panorama de interacción entre el mundo indígena balear y los colonos púnicos está muy lejos de constituir un simple sistema de pago de “soldadas” a mercenarios, aunque sin duda haya que incluir las levas de combatientes indígenas en este contexto de explotación colonial, en el que, tanto la prestación de fuerza de trabajo, como militar, debe ser contemplada en un sistema de intercambio desigual bien intensificado entre el s. IV y la conquista romana.

5.3. Un modelo mixto: Factorías púnico ebusitanas y centros de transformación/redistribución indígenas

El asentamiento de Sa Morisca entra en franca decadencia a fines del s. IV y aunque permanece habitado durante el s. II aC, los hallazgos correspondientes a estas fases tardías de su existencia son muy escasos (Guerrero 1998), lo que parece indicarnos la permanencia de una población residual que seguirá habitando el lugar y que seguramente desaparece antes del cambio de Era, a juzgar por la práctica ausencia de aretinas y los fósiles directores típicos de época alto-imperial. En cualquier caso, una observación al respecto debe ser hecha. Las ánforas PE-16/T-8131 son aún abundantes en el asentamiento (Guerrero 1998; Quintana 2000). Sin embargo, este tipo anfórico cons-

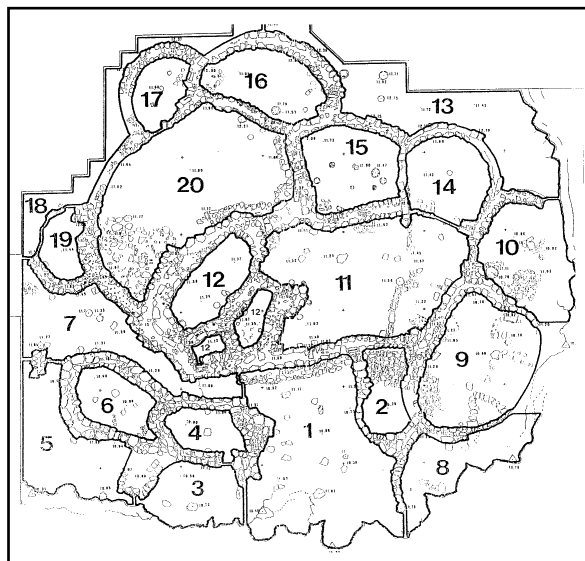


Fig. 9A.- Factoría indígena del Turó de Ses Abelles y las dependencias excavadas.

tituye en las islas uno de los fósiles directores más claros del periodo bélico marcado por la segunda Guerra Púnica⁵³ (Guerrero 1989b), por ello pensamos que su abundancia relativa debe interpretarse como un claro signo de la mayor presión que la potencia colonial debió de ejercer sobre las comunidades indígenas, y no como un signo de auge de dicha comunidad talayótica. En estos momentos sabemos que las levas de mercenarios y las necesidades de suministros de materias primas y alimentos se incrementaron notablemente. Las ánforas PE-16/T-8131 aparecen incluso en yacimientos en los que no se registra una presencia humana estable como es el caso de algunos islotes que sirven de embarcaderos circunstanciales en los que sólo se detecta actividad durante esta coyuntura bélica.

En los alrededores del antiguo poblado de Sa Morisca, en una suave prominencia del terreno llano colindante, que en su momento debió de constituir prácticamente un islote en medio de una zona lacustre (Esteban *et al.* 1991), surgirá la factoría indígena del “Turó de Ses Abelles” hacia fines del s. III aC (Camps y Vallespir 1998) (Fig. 9A).

Este centro de actividades manufactureras y comerciales, además de punto redistribuidor de mercancías que llegaban desde el exterior, surge en unos momentos que, a nuestro juicio, se relacionan con la situación de crisis y abandono coyuntural de la factoría de Na Guardis debido al desenlace de la segunda Guerra Púnica, que ya hemos señalado. El hecho de que estas circunstancias coincidan, *grosso modo*, con la aparición de una factoría indígena que, en gran medida, pudo suplir las funciones redistribuidoras de Na Guardis durante sus años de inactividad, aunque después continuase activo, nos resultan altamente sugerentes y no menos lo es que el grupo humano que toma la iniciativa sea el heredero directo de los fundadores y gestores del Asentamiento de Sa Morisca.

Todo parece indicar que una consolidada tradición de intercambios con el exterior permaneció muy arraigada en las gentes de esta zona de la isla que, desde el siglo VI aC, hasta la conquista romana de la isla hacia el 123 aC, habían vivido intensamente los intercambios con el exterior como una faceta crucial de su vida económica.

Ninguna de las dependencias localizadas en esta estación talayótica puede ser considerada un hábitat en el sentido ortodoxo del término, es decir, unidades arquitectónicas destinadas a la vida doméstica de grupos familiares. La aparición de algún hogar ocasional (Camps y Vallespir 1985: 334) no invalida la afirmación anterior, pues es lógico que los artesanos y/o comerciantes que operaban en la factoría elaborasen *in situ* alguna comida, sin que ello represente una verdadera actividad doméstica organizada como tal. Sin embargo, entre las actividades mejor constatadas se encuentran las siguientes:

1) *Amacenaje, comercialización o redistribución*

Los productos de importación hallados en el centro del Turó de les Abelles exceden con mucho las necesidades cotidianas propias de sus ocupantes. Es necesario pensar que el yacimiento fue un activo centro comercial que recibía cargamentos de mercancías diversas traídas básicamente por los comerciantes púnicos ebusitanos, tal vez los mismos que operaban en Na Guardis. Por ello la mayor parte de las cerámicas importadas proceden de talleres ebusitanos, como las ánforas PE-17 y PE-24, jarras Eb-69 y orzas EB-73, así como la vajilla de mesa, compuesta por cuencos y platos pseudocampienses ebusitanos de las formas propias del siglo II a.C. Igual origen tienen los recipientes para la preparación de los alimentos como los platos morteros. Una buena parte de estos intercambios, seguramente “al detalle” o de redistribución local se realizaba en la misma factoría, a la que acudirían gentes de otros poblados para abastecerse de determinados productos. Muchas ánforas fueron reaprovechadas cortándolas a la altura del hombro y abriéndoles un agujero a media panza. Esta maniobra podría constituir un rudimentario sistema de medida para los líquidos y semilíquidos que podían suministrarse en cantidades de “un ánfora” o “media ánfora” con el fácil sistema de abrir el tapón.

2) *Actividades de transformación, artesanales o manufactureras*

Entre las actividades de transformación documentadas en la estación del Turó de les Abelles (Camps y Vallespir 1985), las más elementales hacen referencia a la molienda de grano mediante molinos de vaivén autóctonos o de rotación importados (Camps y Vallespir 1998: 158). El grano era guardado en ánforas que, vacías de su contenido original, eran reutilizadas para este menester (Fig. 9B).

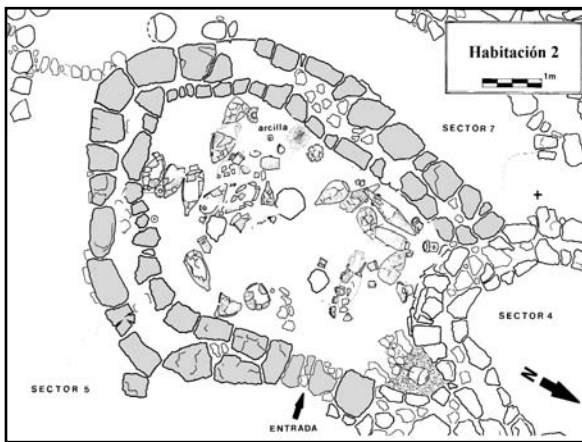


Fig. 9B.- Dependencia nº 6 del Turó de Ses Abelles, con la localización de los materiales anfóricos y el molino de rotación.

Un horno de estructura muy simple pudo tener finalidades estrictamente domésticas, entre ellas la cocción de pequeñas vasijas modeladas a mano. No se descarta tampoco que haya podido servir como sencilla forja.

La aparición de numerosas pesas de telar aparecidas en una de las dependencias nos documenta también la actividad manufacturera relacionada con la fabricación de tejidos. La tecnología debió de ser relativamente elemental (Alfaro 1984), con un telar de estructura simple formado por un bastidor horizontal, la trama tensada por las pesas y la urdimbre tensada mediante una varilla accionada manualmente.

Con actividades de cestería y laboreo del cuero debe estar relacionada la aguja de bronceo con cabeza de dos orificios aparecida en una de las dependencias (Camps y Vallespir 1985: 340), idéntica a la hallada en la habitación-1 de Na Guardis (Guerrero 1984: 107). No debe olvidarse que uno de los principales excedentes económicos de una sociedad fundamentalmente pastoril, basada en la cría de cabra y oveja, debía de ser la lana y las pieles.

Otra actividad artesanal relacionada con la anterior pudo ser el lavado y teñido de los tejidos, que se realizó en una gran pila de arenisca provista de desagüe en su fondo. Un empedrado anexo a la misma debió de servir para manipular las telas y batirlas con una paleta de madera (Camps y Vallespir 1985: fig.4). Esta actividad artesanal reviste cierta importancia, pues está directamente relacionada con los contactos entre el mundo indígena y los colonos púnicos, de los que debieron aprender el arte del teñido en el que eran maestros los fenicios y cartagineses. En Ibiza hay un número importante de concheros de *murex*, seguramente utilizados en el teñido de púrpura.

También pudieron realizarse actividades metalúrgicas de escaso nivel tecnológico, como la recuperación de plomo usado y su posterior fundición para diferentes fines, entre ellos la reparación de vasijas rotas. La fusión, muy sencilla de este metal, pudo reali-

zarse en el horno ya citado, como indican la presencia de goterones y lañas o grasas del mismo metal.

Existen algunas evidencias de que pudieron recolectarse determinadas cantidades de nódulos de mineral de hierro, relativamente abundante en los terrenos arcillosos próximos a este yacimiento. Estos nódulos de hierro serían después intercambiados a los mercaderes púnicos por determinadas mercancías. Esta actividad de recepción de mineral de hierro por los mercaderes púnicos la hemos documentado también en el Illot d'en Sales (Guerrero 1989a). Posteriormente este mineral de hierro pudo ser transformado en el centro metalúrgico de Na Guardis.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

De forma breve, para no repetir de nuevo argumentos explicados en extenso, quisiéramos fijar definitivamente los ejes básicos argumentales que hemos mantenido en estas páginas. No sin antes advertir que, como es obvio, no proceden de una investigación acabada. Antes al contrario, suponen un aporte a la discusión con otros colegas que el tiempo se cuidará de matizar, aclarar o, definitivamente desmentir. El ritmo tan acelerado con el que en la última década se han renovado planteamientos obsoletos que parecían inamovibles, augura que la revisión de nuestros actuales postulados deberá hacerse más pronto que tarde, tal vez, como ya ha ocurrido muchas veces, por nosotros mismos. Es la esencia misma de la investigación.

En esta visión de la cultura talayótica hemos primado conscientemente aspectos que tradicionalmente quedan relegados a epígrafes más o menos secundarios en los estudios tradicionales. Cuestiones tan relevantes, como las clasificaciones tipológicas de la arquitectura monumental y la especulación sobre su significado y uso, así como los aspectos funerarios y la organización y gestión del territorio, o también la cultura material, no han sido tratadas por que han sido objeto de estudio, más o menos extensos, en fechas relativamente recientes. Por otro lado, abordar todos y cada uno de los aspectos posibles de una entidad arqueológica, de la que se dispone de un volumen considerable de información, nos habría conducido de nuevo a elaborar otra síntesis más en la que, por razones de espacio, la superficialidad habría hegemonizado el contenido.

La primera de las cuestiones discutidas afecta a un asunto tan debatido y, por otro lado, tan complejo siempre de abordar, como es el tema de los orígenes. El paradigma difusionista y/o invasionista, que introduciría en las islas una cultura de nueva planta, es hoy por hoy insostenible, mucho menos si miramos hacia "los pueblos del mar" como causa más o menos indirecta de la invasión-migración. La falta de correlato en

la cultura material y de rupturas globales con un pasado cultural anterior, además del error diacrónico que supone aceptar este supuesto, no exige mayor esfuerzo para desmontar el “mito de los orígenes”.

El asunto de la cronología de los inicios sí merece una recapitulación más detenida. Sobre las altas dataciones (c. 1650-1420 BC) de Pula y Son Matge, si acudimos a las fuentes historiográficas originales, ya citadas, tampoco cabe mucho que añadir. El problema radica en la atribución de las muestras a contextos arqueohistóricos a los que nunca pertenecieron y de los que dudaron incluso los propios postulantes de la propuesta.

Si aceptamos que la cultura talayótica debe entenderse unitariamente, es decir, en todas y cada una de las manifestaciones del registro arqueológico que la caracterizan (arquitectura, cultura material, necrópolis, ordenación macro y micro espacial de los asentamientos, etc.) ninguna datación, ligada de forma incontrovertible a las fases fundacionales y a los orígenes de cualquiera de sus aspectos, remonta en cronología absoluta, con una probabilidad estadística superior al 95,4% el 900 BC; mientras que la estimación media aproximada de toda la serie de dataciones radiocarbónicas se ubica entre 900 y 800 BC.

Todas las otras dataciones que pueden aducirse para envejecer esta propuesta adolecen de los siguientes vicios metodológicos:

1. Constituyen verdaderamente elementos *post quem* de los contextos talayóticos, sin embargo, no puede precisarse cuánto tiempo transcurrió entre la amortización o abandono del antiguo y la formación del horizonte más moderno. Este sería el caso de las dataciones de estructuras “pretalayóticas” sobre las que se construyeron elementos turriformes talayóticos (Calvo *et al.* 2001), como Son Oms o S’Illot en Mallorca y Torralba o Trebaluger, en Menorca.

2. Muchas, si no todas, las referidas a estos contextos, están obtenidas sobre muestras de vida larga, las cuales, como el carbón, adolecen de posibles desviaciones positivas, que, aunque puedan ser de carácter moderado, no dejan de producir inseguridad cuando pretendemos aproximarnos a un fenómeno histórico cuyo desarrollo no debió de ser superior a un siglo.

3. Horizontes arqueológicos considerados por algunos investigadores pertenecientes al “Talayótico I A” y “IB”, como por ejemplo los de Cala Blanca en Menorca (Juan y Plantalamor 1997), están integrados en contextos arquitectónicos y contextuales indiscutiblemente del Bronce Naviforme.

4. Otras dataciones, igualmente tenidas por talayóticas, como, por ejemplo, la de So Na Caçana que sitúan los autores (Plantalamor y Strydonck 1997) en el rango de edad calendárica 1377-1059 BC, no pueden ser incorporadas a una discusión científica hasta que no se den a conocer las relaciones estratigráficas

de forma clara y convincente. En cualquier caso, la cuestión derivada de la vida larga de la muestra siempre queda en pie.

La posibilidad de que algunas manifestaciones precoces talayóticas superen la barrera del c. 900 BC no sólo no puede descartarse, sino que es bien posible, pues el Bronce Naviforme acusa en su desarrollo final 1200-1000 BC un dinamismo que no había sido destacado hasta fechas bien recientes (ver Salvà *et al.* en esta misma revista). Sin embargo, este asunto no hace más que incidir en la capacidad de renovación e innovación en el mismo seno de las comunidades indígenas del Bronce, que contradice, por añadidura, las hipótesis difusionistas o invasionistas como explicación del origen de la cultura talayótica.

La llegada del hierro al extremo occidente y, en general, a las costas del Mediterráneo central y occidental se produce de forma sincrónica *grosso modo* a los inicios y la primera andadura de las comunidades claramente talayóticas. Por ello, y ante la nueva perspectiva cronológica que se nos plantea, no parece que pueda seguir considerándose a las mismas como sociedades del Bronce. Como mucho habrían protagonizado el tránsito del Bronce Final al Hierro, en línea con lo que ocurre en muchas otras comunidades indígenas continentales en los albores del primer milenio BC.

Superadas las discordancias que durante varias décadas originó la utilización simultánea, sin depuración alguna, de sistemas heterogéneos de medición del tiempo histórico, parece que hoy día queda fuera de toda duda que las primeras navegaciones de los fenicios a occidente y la fundación de sus primeras bases comerciales estables pueden situarse en el horizonte temporal de fines del segundo milenio y primer cuarto del siguiente BC. La sincronía entre esta diáspora poblacional y comercial, junto con la evidencia de que entre las primeras actividades de los asentamientos fenicios está la metalurgia del bronce y la siderurgia parece difícil negar la relación existente entre la presencia fenicia en occidente y la difusión de objetos de hierro entre las comunidades indígenas de los entornos próximos, y aún incluso muy alejados de las costas.

Las Baleares no constituyen ninguna excepción a la regla y los fenicios occidentales que se establecen en la Caleta de Ibiza, además de las actividades comerciales, trabajan la galena argentífera y el hierro. Por nuestra parte pensamos que la llegada a Mallorca y Menorca de objetos suntuarios de hierro y otros elementos metálicos de bronce, así como las materias exóticas marfil y fayenza, debe contemplarse en este panorama de intercambios protohistóricos que claramente hegemonizan los fenicios desde Portugal hasta Cataluña y el Languedoc, hasta el siglo VI aC.

La competencia focea se deja sentir a mediados del VI aC y la situación va a cambiar a partir de entonces. La intervención del general cartaginés Malco en

Cerdeña (Merante 1967; Moscati 1968; Barreca 1987: 61-72) y las definitivas fundaciones de Massalia, Emporion y Alalia (565 aC) en la costa corsa, donde se refugian exiliados de Focea (Herodoto, I, 166-167), marcan el inicio de un reparto, al menos teórico, de las influencias comerciales entre cartagineses y griegos que sanciona el tratado del 509 aC (Polibio, III, 22). En más de una ocasión esta situación tuvo tintes muy violentos, como la batalla naval entorno a las costas de Alalia entre los focos de esta ciudad y los etruscos de Caere, aliados de los cartagineses (Domínguez Monejero 1991a).

Este reparto de dominios territoriales afecta sobre todo a la cuestión de fundación de nuevas colonias y soberanía sobre distintas áreas, la esfera de los intercambios (Wagner 1984) quedó siempre en una política de respeto a las actividades (y puertos) francos, como bien pone en evidencia la presencia notabilísima de mercancías ebusitanas y cartaginesas en la zona de influencia de Emporion, incluso en los momentos más tensos de la Segunda Guerra Púnica, con lo que se daría la paradoja de que los comerciantes púnicos de Ibiza abastecen a los enemigos declarados. Todo ello enfatiza el carácter peculiar, y en gran medida separado de las estrategias políticas, que tenían los intercambios ultramarinos en la antigüedad.

Por lo tanto, la situación que se genera a lo largo del siglo VI aC cambia notablemente el panorama de las relaciones comerciales en el entorno más próximo a las islas. Tal vez el cambio en las mismas fechas que se detecta en las Baleares, con la primera llegada de elementos anfóricos, deja traslucir unas primeras intenciones de alterar la forma de relación entre los indígenas y el mundo colonial fenicio que desembocará poco después con la definitiva implantación de un asentamiento colonial en toda regla en el islote de Na Guardis.

Un dato de la realidad que se antoja indiscutible es la presencia en cantidades relativamente apreciables de mercaderías foráneas a lo largo de todo el periodo prehistórico que nos ocupa, por lo tanto caben sólo dos explicaciones para su llegada: 1) Son los propios indígenas los que gestionan la búsqueda de estaño, hierro, marfil, etc., lo que supondría admitir la existencia de una flota y una complejidad social equiparable a las palaciegas y/o templarias para la administración de este comercio a larga distancia. 2) Son agentes externos los que aportan estos productos a cambio de alguna contrapartida material o social/política, o ambas combinadas.

Las redes regionales de intercambios marítimos gestionados por las distintas comunidades indígenas en ellas implicadas es una explicación en gran medida satisfactoria antes de la aparición del comercio hegemónico fenicio. A partir de *c.* 900 BC es difícil pensar que estas estructuras de intercambio comarcal y regional, aún sin desaparecer por completo, queden al margen del control semita que impone Cádiz y sus colonias, entre las que debemos contar, en su primera época (hasta *c.* 575/550 aC) Ebusus.

Hemos optado por insertar esta realidad en modelos funcionales que explican razonablemente bien las dos grandes fases o sistemas de intercambios que se observan en las islas. Seguramente podrán surgir objeciones derivadas de algunas peculiaridades que deben ser contempladas a la hora de acomodar un modelo teórico a la particularidad del registro arqueológico concreto. Sin embargo, la carga de la prueba la tienen ahora algunos investigadores dados al exotismo localista y a pensar que las islas no se acomodan a ningún estándar histórico conocido. La discusión está planteada, veremos que da de sí.

NOTAS

¹ Este trabajo se ha realizado también con la colaboración y los datos de Joan Fornés Bisquerra, Benjamí Costa Ribas, Jaume García Rosselló, Simó Gornés Hachero, Joana M^a Gual Cerdó, Elena Junco Vécchierini, Antonio López Pons y Carles Quintana Abraham, investigadores del *Grup de Recerca Arqueobalea*.

² La cronología absoluta usada en las inferencias de orden arqueológico de este trabajo se presenta de la siguiente manera: 1) Cuando existen series con un número relevante de dataciones, con intervalos precisos, asociadas a contextos arqueológicos que permiten matizar las tendencias de las mismas, se emplean los resultados de la calibración a un sigma. 2) En caso contrario, así como en los análisis exclusivamente paleontológicos o paleobotánicos, donde la ausencia de elementos asociados de cultura material impide matizar los resultados radiométricos, se utilizan calibraciones a dos sigmas. 3) Para no convertir el texto en un escrito farragoso de letras y números, se proporciona en las notas la edad convencional del C14, su desviación típica y el intervalo completo de la calibración a dos sig-

mas. Las referencias a contextos datados a partir de fósiles cerámicos también se utilizan, pero añadiendo entre paréntesis un intervalo de tiempo aproximado equivalente en el sistema de medida temporal calibrada del C14.

³ Una historia de la investigación con las distintas propuestas comentadas en Guerrero 1997: 70-83.

⁴ Y-2667±: 3200 ±100 BP [cal BC 1 sig. 1620 (1.00) 1390 BC; cal 2 sig. 1750BC (1.00) 1200BC].

⁵ UP-1438: 3260 ±60 BP, carbón, [cal. 2 sig. BC 1690-1420].

⁶ BM-1998: 2645 ±40 BP, carbón, [cal. 2 sig. BC 900-790].

⁷ No entraremos en una análisis formal de la notable variedad de edificios ciclópeos cuyo elemento común suele ser un aspecto de torre monumental, uno de ellos es el *talaiot*, del que toma nombre esta cultura. Sin embargo conviene advertir que aún dentro de esta categoría existe una importante variedad formal, sobre todo en los menorquines (Plantalamor 1991).

⁸ *The date range of c. 1400-800 BC for phase 1 in T1* [Talaiot 1 de

Son Ferrandell] is consistent with the presence of Talayotic sherds ... Also, it should be remembered that the context of Phase 1 material in T1 was, strictly speaking, preconstruction. Consequently there is not secure basis at present for arguing that the construction and primary use of T1 was early than that of T4... Construction and primary use of the monuments was over by c. 800 BC (Chapman *et al.* 1993: 114).

⁹ The initial use of the talayots is almost certainly not before the beginning of the 8th century BC. This does not provide absolute proof for a construction date ca. 800 BC (Strydonck *et al.* 1998: 744).

¹⁰ Una reseña sobre la génesis y el desarrollo de este modelo difusionista, que en parte fue también utilizado en su día por uno de nosotros (VMG), puede verse en Calvo y Salvà 1997: 39-46, por lo que no nos extenderemos sobre la cuestión.

¹¹ CSIC-680: 2750 ±145 BP [cal. 2 sig. BC 1010 (95,4%) 810].

¹² KIA-15219: 2685 ±30 BP [cal 2 sig. BC 900 (95,4%) 800]; KIA-15220: 2735 ±25 BP [2 sig. BC 930 (95,4%) 820]; KIA-15222: 2775 ±40 BP [1010 (95,4%) 830]; KIA-15221: 2825 ±25 BP [1050 (95,4%) 900]; KIA-15700: 2735 ±30 BP [970-810]; KIA-15728: 2765 ±30 BP [1000 (95,4%) 830].

¹³ Los cálculos están formulados sobre las calibraciones a un sigma. A dos sigmas el intervalo se alargaría ligeramente, situándose entre 1050 y 800 BC, lo que en ningún caso cambia las consideraciones arqueohistóricas expuestas. Dos pilastras de madera que formaban parte de la estructura de la cámara superior del talaiot dieron dataciones más antiguas (entre 1390 y 1120 BC), fenómeno perfectamente explicable al tratarse de muestras de vida larga que, por la naturaleza del elemento arquitectónico, debían además corresponder al núcleo de troncos de árboles relativamente viejos.

¹⁴ IRPA-1171: 3065 ±40 [cal 2 sig. BC 1430 (95,4%) 1220]; IRPA-1162: 2910 ±40 BP [cal 2 sig. BC 1260BC (95,4%) 1000BC].

¹⁵ Este turriiforme se construyó sobre una pequeña loma rocosa forrando sus laderas. En la cumbre fue documentada una estructura constructiva de carácter doméstico. Sin embargo, los horizontes de ocupación de la cumbre no pudieron delimitarse de forma incontrovertible, pues había servido de huerto hasta tiempos recientes y sus estratos potencialmente fértiles estaban muy alterados (Gual *et al.* 1991).

¹⁶ UGRA-123: 2700 ±120 BP [cal. 2 sig. BC 1300 (95,4%) 500].

¹⁷ IRPA-1041: 2970 ±55 BP [cal 2 sig. BC 1390 (95,4%) 1030]; QL-1531: 2910 ±40 BP [cal 2 sig. BC 1260 (95,4%) 1000]; IRPA-813: 2830 ±100 BP [cal 2 sig. BC 1160 (95,4%) 810].

¹⁸ IRPA-907: 2815 ±60 BP [cal 2 sig. BC 1310 (95,4%) 920]; IRPA-1043: 2910 ±50 BP [cal 2 sig. BC 1300 (95,4%) 930].

¹⁹ Y-1857: 3000 ±120 BP [cal 1 sig. BC 1410 (68,2%) 1090; cal 2 sig. BC 1550 (95,4%) 900].

²⁰ Y-1856 2960 ±80 BP [cal 1 sig. BC 1310 (68,2%) 1060; cal 2 sig. BC 1410 (95,4%) 990].

²¹ Q-3070 : 3360 ±50BP [1740BC (68,2%) 1540BC; 2 sig. BC 1870 BC (95,4%) 1520BC].

²² Colgantes muy similares, aunque de bronce, los tenemos en los abrigos corsos de Ordinaccio (Lanfranchi y Weiss 1997) y el nº 4 de Monte Lazzu (Weiss 1997).

²³ Dos dataciones radiocarbónicas han sido citadas como referencia de este horizonte cronológico representado por el estrato 9 del abrigo: QL-7: 2730 ±100BP [Cal 1 sig. BC 1000 (68,2%) 800; cal. 2 sig. BC 1300 (95,4%) 600]; QL-11 : 2700 ±170 BP [cal. 1 sig. BC 1150 (68,2%) 500; cal 2 sig. BC 1350 (95,4%) 400].

²⁴ ICEN-926: 2660 ±50BP [cal. 1 sig. BC 895 (68,2%) 800; cal 2 sig. BC 920BC (95,4%) 780].

²⁵ ICEN-914: 2640 ±50BP [cal 1 sig. BC 895 (68,2%) 795; cal 2 sig. BC 920 (95,4%) 760].

²⁶ ICEN-532: 2640 ±50BP [cal 1 sig. BC 895 (68,2%) 795; cal 2 sig. BC 920 (95,4%) 760].

²⁷ B-4178: 2750 ±50BP [cal 1 sig. BC 980 (68,2%) 830; cal 2 sig. BC 1010BC (95,4%) 810BC].

²⁸ UBAR-19: 2720 ±100BP [cal. 1 sig. BC 1000 (68,2%) 800; cal 2 sig. BC; 1300 (95,4%) 550].

²⁹ I-?: 2770 ±90BP [cal 1 sig. BC 1020 (68,2%) 820; cal 2 sig. BC 1220 (95,4%) 800].

³⁰ No menos interesante resulta constatar que en la fase III de La Fonteta se fabricaron hachas de apéndices laterales, como nos lo atestigua el molde de arenisca localizado en este contexto que se fecha entre 670 y 635 aC (en términos de C14 calibrado aprox. 840-760 BC). Debemos recordar que este tipo de instrumentos están presentes en los depósitos de C'an Gallet y La Savina de Formentera (Delibes y Fernández-Miranda 1988: 87-91).

³¹ Es interesante señalar que por primera vez se constata también arqueológicamente algo que las fuentes mencionan con cierta frecuencia y es que los viajes se hacían siempre con varios barcos para la mutua ayuda en caso de peligro.

³² UtC-¿?: 2760 ±30BP [cal 2 sig. 980 (68,2%) 840; cal 2 sig. BC 990 (95,4%) 830]; UtC-¿?: 2490 ±30BP [ca 1 sig. BC 770 (68,2%) 540; cal 2 sig. BC 800 (95,4%) 510].

³³ Una embarcación de similar envergadura y casco cosido se está en estos momentos excavando en la costa Norte de Mallorca con materiales griegos e ibéricos del siglo VI aC (inf. pers. de X. Nieto), lo que enfatiza de nuevo la importancia del canal Mallorca/Menorca en la ruta que unía Massalia y Emporion con Cartago.

³⁴ BM-1511: 2670 ±60BP [cal 1 sig. BC 900 (68,2%) 800; cal. 2 sig. BC 990 (95,4%) 770].

³⁵ BM-1510: 2500 ±100BP [cal 1 sig. BC 800 (68,2%) 520; cal 2 sig. BC 820BC (95,4%) 390BC].

³⁶ López Castro (2000), siguiendo a Garbini (1992) y Manfredi (1993), sugiere también el empleo del término “comercio *maqom*” aceptando la palabra semita que, entre otras cosas significa “lugar de comercio y mercado” o puntos de intercambio abiertos a los que pueden acceder gentes de diversas procedencias para intercambiar bienes.

³⁷ Es posible que un molde de arenisca aparecido en Menorca corresponda a una hacha de cubo (Plantalamor 1979: 96).

³⁸ La resistencia a ciertos cambios se acusa también a lo largo de todo el proceso romanizador, el cual tiene igualmente elementos muy singulares que lo individualizan. Entre ellos podemos señalar la ocupación de muchos de los antiguos poblados hasta bien entrado el Imperio (III-IV dC), así como la nula presencia de ánforas de aceite Dressel 20, salvo en las áreas urbanas de Palma y Pollentia, cuando esta mercancía alcanzó los confines del Imperio y resulta un buen indicador de la aceptación de usos y costumbre culinarias romanas por parte de las poblaciones autóctonas y sometidas.

³⁹ El lugar registra actividad entre c. 850 y 800 BC, según recientes dataciones radiocarbónicas (*vide supra*), sin embargo, el asentamiento sufrió numerosas remodelaciones que afectaron a elementos tan singulares como los circuitos de muralla, tanto en la zona baja o poblado propiamente dicho, como en el *castellum* anejo.

⁴⁰ La existencia de esta bahía de escasa profundidad, acabada en una zona lacustre está bien documentada (Esteban *et al.* 1991). En el fondo de estas tierras inundadas se localiza la factoría indígena conocida como “Es Turó de Ses Abelles” (Camps y Vallespir 1998: 24-34) a la cual se podía acceder en barcazas de poco calado. Estuvo en funcionamiento desde las postrimerías del s. III aC hasta aproximadamente el 90/75 aC, momento a partir del cual seguramente la zona lacustre quedó incomunicada con el mar.

⁴¹ En espera de que las excavaciones en el importante asentamiento fenicio alicantino de La Fonteta avancen debemos señalar que también en su muralla aparecen intercalados bloques verticales entre lienzos de aparejo con tendencia a la disposición en hiladas paralelas (González Prats 1998: tav. II *infra*).

⁴² Hoy sabemos que, además del asentamiento fenicio de Sa Caleta, la propia necrópolis del Puig des Molins (Gómez Bellard 1990, Ramón 1994) albergó tumbas de la fase arcaica.

⁴³ Una punta de flecha publicada por Rosselló (1979: fig. 55,25) sin indicar su origen, parece corresponder también a las puntas fenicias de triple filo, con o sin arpón, del tipo 4.2, seguramente algo más tardías (Ramón 1983). Al mismo origen podría ser atribuido otro ejemplar (Rosselló 1979: fig. 55,26) que debería corresponder al tipo 3.1 de J. Ramón.

⁴⁴ De Toscanos disponemos de tres dataciones radiocarbónicas (Aubert 1994: 318-319): H-2276/1766: 2620 ±140 BP [cal 1 sig. 980 (68,2%) 520; cal 2 sig. BC 1100 (95,4%) 350]; KN-?: 2580 ±120BP: [cal 1 sig. BC 900 (68,2%) 520; cal 2 sig. BC 1000 (95,4%) 400]; KN-?: 2270 ±120BP [cal 1 sig. BC 520 (68,2%) 120BC; cal 2 sig. BC 800 (95,4%) 50]. Sus márgenes de incertidumbre son relativamente altos, sin embargo, pueden ser perfectamente matizadas por los contextos cerámicos y no nos parece descabellado utilizarlas como marco de referencia.

⁴⁵ La fecha proporcionada a algunos ejemplares de los fondos del museo del Bardo (Bartoloni 1988: 132) debería, a nuestro juicio, ser revisada al alza.

⁴⁶ La posibilidad de que esta torre se adosase a un tramo de muralla preexistente es bastante verosímil si observamos la secuencia de cronología relativa de todas las estructuras. Aunque por el momento está en vías de estudio y estas impresiones deben aún considerarse provisionales.

⁴⁷ Tal vez pueda corresponder al mismo tipo de kylix (*stemless cup. Delicate class*) aparecido en el fondeadero de la factoría de Na Guardis (Guerrero 1997: 517, 1999a: 159), lo que sería extraordinariamente significativo, pues nos encontraríamos con dos piezas cerámicas idénticas que nos fecharían hacia el mismo momento la amortización del sistema defensivo de Sa Morisca y los inicios de la factoría.

⁴⁸ En estos momentos están en proceso de análisis los contextos de todas las UEs, así como su relación secuencial, por lo tanto estas primeras noticias deben ser tomadas aún con la cautela debida. Traba-

jamos con la hipótesis de que probablemente hubo en la cumbre un sistema fortificado con murallones que cerraban los accesos más vulnerables y en una fase algo más tardía pudieron construirse como refuerzo algunas torres, entre ellas la torre 1.

⁴⁹ La secuencia de UEs del interior de la torre parece indicar que originalmente ya existía una pequeña dependencia interna de planta angular (Fig. 7A).

⁵⁰ La polémica datación de este pecio en la primera mitad del s. II aC (Arribas *et al.* 1987: 239-242) carece por competo de fundamento pues se basó en la errónea reconstrucción de una pátera de barniz negro que los autores de la propuesta no habían estudiado directamente. Sobre los antecedentes de la discusión, la crítica y la propuesta final de datación ver Guerrero, Miró y Ramón (1989, 1991).

⁵¹ Recientemente se ha realizado una crítica (Gómez Ramos 1999: 148-149) a la interpretación de estas estructuras basada en las primeras impresiones y avances publicados sobre el funcionamiento de la forja y los talleres anexos, la cual estaría fuera de lugar si se hubiesen consultado los posteriores trabajos.

⁵² Los análisis realizados por Beatriz Pino y Arturo Morales, de la Universidad Autónoma de Madrid, responden sólo a una muestra incompleta que debe ser contrastada con los hallazgos de la campaña de 2001 que agotó este sector del poblado, por esta razón deben ser tenidos como simple avance. Sin embargo, la muestra es lo suficientemente significativa como para poder anticipar estas conclusiones preliminares.

⁵³ De hecho este tipo anfórico ebusitano lo encontramos también en el área de Gadir (Niveau de Villedary 1999).

BIBLIOGRAFÍA

- ALFARO, C. (1984): *Tejidos y cestería en la Península Ibérica*. "Bibliotheca Praehistorica, Hispana, XXI, Madrid.
- ALMAGRO, M. (1962): Depósito de La Sabina. Isla de Formentera. *Inventaria Archaeologica* fasc. 6, E. 12 1-(1), Madrid.
- ALVAR, J. (2000): Comercio e intercambio en el contexto precolonial. *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo* (P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo, eds.), I Coloquio del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos (1988), Madrid: 27-34.
- AMIN, S. (1975): *El desarrollo desigual*. Ed. Fontanella, Barcelona.
- AMIN, S. (1976): *Imperialismo y desarrollo desigual*. Ed. Fontanella, Barcelona.
- ARRIBAS, A.; TRIAS, G.; CERDÁ, D.; DE HOZ, J. (1987): *El barco del Sec. Estudio de los materiales*. Palma.
- ARNAL, J.; PEYRON, J.; ROBERT, A. (1972): La cachette de fondeur hallstättienne des environs immédiats de Montpellier. *Omaggio a F. Benoit*, Bordighera: 50-160.
- AUBET, M^a.E. (1994): *Tiro y las colonias fenicias de occidente*. Ed. Crítica, Barcelona.
- AUBET, M^a.E. (2000): Cádiz y el comercio atlántico. *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cádiz 1995), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz: 31-42.
- ARRUDA, A.M. (1993): A ocupação da Idade do Ferro da Alcáçova de Santarém no contexto da expansão fenicia para a fachada atlántica peninsular. *Os fenicios no território português* (AA.VV.), Estudos Orientais, Instituto Oriental, Lisboa: 193-214.
- BARRECA, F. (1987): *La Sardegna fenicia e punica*. Sassari.
- BARROS, L. DE; CARDOSO, J.L.; SABROSA, A. (1993): Fenícios na margen Sul do Tejo. *Economia e integração cultural do povoado do Almaraz-Almada. Os fenicios no território português* (AA.VV.), Estudos Orientais, Instituto Oriental, Lisboa: 143-181.
- BARTOLONI, P. (1988): L'esercito, la marina e la guerra. *I Fenici* (S. Moscati, dir.), Milán.
- BASS, G.F. (1986): A Bronze Age Shipwreck at Ulu Burum (Kas). 1984 Campaign. *American Journal of Archeology*, 90: 269-296.
- BASS, G.F. (1987): Splendors of the Bronze Age. *Nat. Geographic*, 172, n.6: 693-733.
- BASS, G.F.; FREY, D.A.; PULAK, C. (1984): A late Bronze Age shipwreck at Kas, Turkey. *International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration*, 13-4: 271-9.
- BELÉN, M^a.; ESCACENA, J.L. (1995): Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico. *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo* (M^a.L. Ruiz-Gálvez, ed.), Complutum Extra 5, Ed. Complutense, Madrid: 85-114.
- BELÉN, M^a.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1979): *El fondeadero de Cales Coves*. Excav. Arq. en España 101, Madrid.
- BIANCO PERONI, V. (1976): *Die Messer in Italien. I coltelli nell'Italia continentale*. Prähistorische Bronzefunde. Abteilung VII, 2. Band, München.
- BONDI, S.F. (1988): Problemi della precolonizzazione fenicia nel Mediterraneo centro-occidentale. *Momenti precoloniali nel Mediterraneo Antico*, Roma: 243-256.
- BOUSCARAS, A.; HUGES, C. (1972): La cargaison de Rochelongues (Agde, Hérault). *Omaggio a F. Benoit*, vol. I, Bordighera: 173-184.
- BRADLEY, R. (1990): *The pasaje of arms. An archaeological analysis of prehistoric hoards and votive deposits*. Cambridge.

- BRIARD, J.; VERRON, G. (1976): *Typologie des objets de l'Age du Bronze en France Fascicule IV, Haches et herminettes*. Société Préhistorique Française, Comisión du Bronze, París.
- CALVO, M.; GUERRERO, V.M. (2002): *Los inicios de la metalurgia en Baleares. El Calcolítico (c. 2500-1700 BC)*. Ed. El Tall, col. El Tall Mayor 9, Palma.
- CALVO, M.; GUERRERO, V.M.; SALVÀ, J. (2001): *Arquitectura ciclópea del Bronce Balear. Análisis morfofuncional y desarrollo secuencial*. Ed. EL Tall, col. El Tall del Temps, Palma.
- CALVO, M.; SALVÀ, B. (1997): *El Bronce Final a les Balears. La transició cap a la cultura talaiòtica*. Quaderns Arca 13, Palma.
- CAMPS, J.; VALLESPÍR, A. (1985): La vida cotidiana en una comunidad prehistòrica mallorquina. *III Jornades d'Estudis Històrics Locals*, Palma: 331-343.
- CAMPS, J.; VALLESPÍR, A. (1998): *El Turó de les Abelles*. Col. La Deixa 1, Palma.
- CARRILERO, M. (1992): El proceso de transformación de las sociedades indígenas de la periferia tartésica. *La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación*, Granada: 117-142.
- CERDÀ, J. (1984): *Les arrels de Pollença*. Pregó de les Festes Patronals, Convent de Sant Domingo (julio de 1983), Ed. del Ayuntamiento de Pollença.
- COFFIN, A.; MOHEN, J.-P. (1968): La Protohisire au Musée d'Agén (Lot-et-Garonne). *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 65-fasc. 3: 757-778.
- COSTA, B.; BENITO, N. (2000): El poblament de les illes Pitiüses durant la Prehistoria. Estat actual de la investigació. *Colonización humana en medios insulares. Interacción con el medio y adaptación cultural* (V.M. Guerrero y S. Gornés, coords.), UIB, Palma: 215-322.
- COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J.H. (1992): Les Illes Pitiüses: de la Prehistòria a la fi del'època Púnica. *La Prehistòria de les Illes de la Mediterrània Occidental. X Jornades d'Estudis Històrics Locals* (G. Rosselló, ed.): 277-355.
- COSTA, B.; GUERRERO, V.M. (2001): La Prehistòria Pitiüsa: Avenços, rectificacions i perspectives de futur. *Fites 2*, Associació d'Amics del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera: 27-40.
- COSTA, B.; GUERRERO, V.M. (e.p.): Balance y nuevas perspectivas en la investigación prehistòrica de las islas Pitiüses. *Actas de World Islands in Prehistory Conference 2001* (Deià, septiembre 2001).
- CHAMPION, T.C. (ed.) (1989): *Centre and Periphery. Comparative Studies in Archeologie*. Unwin Hyman, London.
- CHAPMAN, R.; STRYDONCK, M. VAN; WALDREN, W. (1993): Radiocarbon dating and talayots: the example of Son Ferrandell Oleza. *Antiquity*, 67: 108-116.
- CHAPMAN, R.; GRANT, A. (1995): Talayot 4, Son Ferrandell Oleza: problemas de los procesos de formación, función y subsistencia. *Rev. d'Arqueologia de Ponent*, 5: 7-50.
- CHAPMAN, R.; GRANT, A. (1997): Prehistoric subsistence and monuments in Mallorca. *Encounters and Transformations: The Archaeology of Iberia in Transition* (M.S. Balmuth, A. Gilman y L. Prados-Torreira, eds.), Sheffield Academic Press: 69-87.
- DELATTRE, R.P. (1896): *Carthage la nécropole punique de la coline de Saint-Louis*. Lyon.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1988): *Armas y utensilios de bronce en la Prehistoria de las islas Baleares*. Universidad de Valladolid, Studia Archaeologica 78.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1991): Los griegos de Occidente y sus diferentes modos de contacto con las poblaciones indígenas. II. El momento de fundación de la colonia. *Cuad. de Preh^a y Arq. de la Univ. Autónoma de Madrid*, 18: 149-177.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1991): El enfrentamiento etrusco-foceo en Alalia y su repercusión en el comercio con la Península Ibérica. *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica* (J. Remesal y O. Musso, coords.), Univ. de Barcelona: 239-273.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1992): Los griegos de Occidente y sus diferentes modos de contacto con las poblaciones indígenas. I. Los contactos en los momentos precoloniales (previos a la fundación de colonias, o en ausencia de ellas). *Íberos y griegos: lecturas desde la diversidad*, Huelva Arqueológica XIII-1: 21-48.
- ELAYI, J. (1980): Remarques sur un type de mur phénicien. *Rivista di Studi Fenici*, VIII-2: 165-180.
- ESTEBAN, A.; MURO, A.; ORFILA, M.; VALLESPÍR, A. (1991): La reconstrucción histórica de un territorio. La bahía de Santa Ponça, Mallorca. *IInd. Deia Int. Conference of Preh.*, BAR, Int. Series 573: 223-238.
- FÁBREGAS, R.; BRADLEY, R. (1995): El silencio de las fuentes: Prácticas funerarias en la Edad del Bronce del Noroeste y su contexto europeo. *Complutum*, 6: 153-166.
- FERNÁNDEZ, J.H. (1973): Nuevo depósito de hachas de bronce descubierto en la isla de Formentera. *Pyrenae*, 9: 177-83.
- FERNÁNDEZ, J.H. (1974): Hachas de bronce de Ibiza y Formentera. *VI Symposium de Prehistoria Peninsular* (Palma 1972), Universidad de Barcelona: 63-71.
- FERNÁNDEZ, J.H. (1982): Una estatuilla de plomo del Museo Arqueológico de Ibiza. *Estudis de Prehistòria, d'Història de Mayúrqa i d'Historia de Mallorca*, Palma: 51-60.
- FERNÁNDEZ, J.H.; PADRÓ J. (1982): *Escarabeos del Museo Arqueológico de Ibiza*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza 7, Ibiza.
- FERNÁNDEZ, J.H.; TOPP, C. (1984): Prehistoric activities in the Pitiussae Islands. *The Deia Conference of Prehistory: Early Settlement in the Western Mediterranean Island and the Peripheral Areas* (W.H. Waldren et alii, eds.), British Archaeological Reports, International Series 229, vol. III, Oxford: 76-784.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1983): Resef en Ibiza. *Hom. al Prof. Martín Almagro Basch*, II: 359-366.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; WALDREN, W. (1979): Periodificación cultural y cronología absoluta en la Prehistoria de Mallorca. *Trabajos de Prehistoria*, 36: 349-377.
- GALÁN, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 3, Ed. Complutense, Madrid.
- GARBINI, G. (1992): Magomadas. *Rivista di Studi Fenici*, XX (2): 181-187.
- GARCÍA, C. (1988-89): El urbanismo protohistórico de Huelva. *Huelva Arqueológica*, X-XI/3: 145-175.
- GARCÍA, M.A. (1966): Las puntas de flecha con anzuelo y doble filo y su proyección hacia occidente. *Archivo Español de Arqueología*, 39: 69-87.
- GARCÍA, D.; GRACIA, F. (e.p.): El comerç amfòric a l'àrea del curs inferior de l'Ebre en els períodes ibèric antic i ibèric ple. *La circulació d'Àmfores al Mediterrani Occidental durant la Prehistoria (segles VIII-III aC): Aspectes quantitativus i anàlisi de continguts*, Actas de II Reunió

- Internacional d'Arqueologia de Calafell (21-23 de marzo 2002, Calafell).
- GARCÍA, M.A.; RUIZ, S.M. (1964): *Poblado ibérico de El Malacón (Albacete)*. Excavaciones Arqueológicas en España 25, Madrid.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1936): *Los hallazgos griegos de España*. Madrid.
- GASULL, P.; LULL, V.; SANAHUJA, M.E. (1984): *Son Fornés I: La fase talayótica. Ensayo de reconstrucción socio-económica de una comunidad prehistórica de la isla de Mallorca*. BAR, Int. Series 209, Oxford.
- GASULL, P.; LULL, V.; SANAHUJA, M.E. (1984): Estudio comparativo de los talaiots nº 1 y 2 de Son Fornès (Montuiri, Mallorca). *Early settlement in the Western Mediterranean Islands and peripheral areas* (W. Waldren, R. Chapman, * Lewthwaite y R.-C. Kennard, eds.), The Deya Conference of Prehistory (1983), BAR, Int. Series 229, vol. IV, Oxford: 1239-1252.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1981): Los oinokoi de la forma EB-12 en el Museo Arqueológico de Ibiza. *Saguntum*, 16: 195-207.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1995): The first colonization of Ibiza and Formentera (Balearic Islands, Spain): some more islands out of the stream? *Colonization of islands* (J.F. Cherry), *World Archaeology*, 26-3: 442-455.
- GÓMEZ BELLARD, C.; COSTA, B.; GÓMEZ BELLARD, F.; GURREA, R.; GRAU, E.; MARTÍNEZ, R. (1990): *La colonización fenicia de la isla de Ibiza*. Excavaciones Arqueológicas en España 157, Madrid.
- GÓMEZ BELLARD, C.; SAN NICOLÁS, P. (1988): La Prehistoria de Ibiza y Formentera: Estado actual de la cuestión. *Trabajos de Prehistoria*, 45: 201-228.
- GÓMEZ RAMOS, P. (1999): *Obtención de metales en la prehistoria de la Península Ibérica*. BAR, Int. Series 753, Oxford.
- GÓMEZ TOSCANO, F. (1999): El Bronce Final en el Suroeste peninsular: una contribución al debate. *Huelva en su Historia* 7, Publicaciones de la Universidad de Huelva, Huelva: 25-41.
- GONZÁLEZ, A.; LALUEZA, C. (2000): Informe antropológico de los restos humanos de Can Sergent (Ibiza). *Colonización humana en medios insulares. Interacción con el medio y adaptación cultural* (V.M. Guerrero y S. Gornés, coords.), UIB, Palma: 318-321.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la sierra de Crevillente (Alicante)*. Univ. de Alicante, Anejo I de Lucentum.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1985): Sobre unos elementos materiales del comercio fenicio en tierras del Sudeste peninsular. *Lucentum*, IV: 97-106.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1993): La metalurgia del Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica. *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la cuestión* (R. Arana, A.Mª. Muñoz, S. Ramallo y Mª.M. Ros, eds.), Universidad de Murcia, Murcia: 19-44.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1998): La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-97. *Studi Fenici*, XXVI-2: 191-228.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; GARCÍA MENÁRQUEZ, A. (2000): El conjunto fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante). *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cádiz 1995), Servicio de Publicaciones, Universidad de Cádiz: 1527-38.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; RUIZ, E. (1999): Una zona metalúrgica de la primera mitad del siglo VII en la ciudad fenicia de la Fonteta (Guardamar, Alicante). *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología* (Cartagena 1997), vol. 3: 355-357.
- GORNÉS, S.; GUAL, J.; LÓPEZ PONS, A. (1992): La colonització púnica a les Balears. Una visió crítica. *La Prehistoria de les Illes de la Mediterrània Occidental, X Jornades d'Estudis Històrics Locals* (G. Rosselló, ed.), Palma: 443-452.
- GORNÉS, S.; GUAL, J.Mª (2001): Intercamvi i comerç a la prehistoria de Menorca (s. XIV-II aC). *Enciclopedia de Menorca*, IX, Historia I, Ed. Obra Cultural de Menorca, Mahón: 201-220.
- GORNÉS, S.; GUERRERO, V.M.; HERNÁNDEZ, J.; DE NICOLÁS, J.; VAN STRYDONCK, M. (2001): La campaña de excavación de 2001 en Biniparratx Petit (Menorca): Avance de los primeros análisis radiocarbónicos. *Mayurqa*, 27: 227-35.
- GÖTTLICHER, A. (1978): *Materialien für ein corpus der schiffsmodelle im Altertum*. Verlag Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.
- GRACIA, F.; GARCÍA, D. (1999): La primera fase del poblamiento protohistórico en el área sur de la desembocadura del Ebro. El poblado fortificado de Sant Jaume-Mas, campañas 1997-1998. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 9: 131-155.
- GROSJEAN, R. (1966): *La Corse avant l'Histoire. Monuments et Art de la civilisation mégalithique insulaire du début du III^e à la fin du II^e millénaire avant notre ère*. Ed. Klincksieck, Paris.
- GUAL, J. (1993): *Figures de bronze a la protohistòria de Mallorca*. Govern Balear, Conselleria de Cultura, Mahón.
- GUAL, J.Mª.; LÓPEZ, A.; PLANTALAMOR, L. (1991): Trebalúger: un exemple de la perduració de l'hàbitat a la prehistòria de Menorca. *Meloussa*, 2: 157-162.
- GUERRERO, V.M. (1984): *El asentamiento púnico de Na Guardis*. Exc. Arq. en España 133, Madrid.
- GUERRERO, V.M. (1987): *La Colonia de Sant Jordi (Mallorca)*. *Estudis d'Arqueologia i epigrafia*. Palma.
- GUERRERO, V.M. (1989): Algunas cuestiones sobre los intercambios en la fase precolonial de Mallorca (550-450 a.C.). *Riv. Studi Fenici*, XVII-2: 213-238.
- GUERRERO, V.M. (1989a): Puntos de escala y embarcaderos púnicos en Mallorca: Illot d'en Sales. *Bol. Soc. Arq. Luliana*, 45: 27-38.
- GUERRERO, V.M. (1991): Naturaleza y función de los asentamientos púnicos en Mallorca. *Actas del II^o Cong. Int. di Studi Fenici e Punici*, Roma: 923-930.
- GUERRERO, V.M. (1993): *Navios y navegantes en las rutas de Baleares durante la Prehistoria*. Palma.
- GUERRERO, V.M. (1995): El vino en la protohistoria del Mediterráneo Occidental: *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente* (S. Celestino, ed.), Jerez de la Frontera: 73-104.
- GUERRERO, V.M. (1997a): *Cazadores y pastores en la Mallorca prehistórica. Desde los inicios al Bronce Final*. El Tall Editorial, col. El Tall del Temps 29, Palma.
- GUERRERO, V.M. (1997): *Colonización púnica de Mallorca. La documentación arqueológica y el contexto histórico*. Ed. El Tall-U.I.B., Palma.
- GUERRERO, V.M. (1998): Los mercantes fenicio-púnicos en la documentación literaria, iconográfica y arqueológica. *III Jornades de Arqueologia Subacuàtica* (Univ. de Va-

- lencia, 1997), Valencia: 197-228. [También en Costa, B.; Fernández, J. (eds.) (1998): *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos*. XI Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa 1996), Eivissa: 61-104].
- GUERRERO, V.M. (1998a): Las importaciones cerámicas en la protohistoria de Mallorca. *Les façies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüesses durant el segle III y primera meitat del segle II a.C.* (J. Ramón, J. Sanmartí, D. Asensio y J. Principal, eds.), Coloquio Univ. de Barcelona (11-12 dic., 1997), Arqueomediterrània, 4: 175-192.
- GUERRERO, V.M. (1999): *Arquitectura y poder en la prehistoria de Mallorca*. El Tall editorial, Palma.
- GUERRERO, V.M. (1999a): *Cerámica a torno en la protohistoria de Mallorca (s. VI-I a.C.)*. BAR, Int. Series 770, Western Mediterranean Series 3, Oxford.
- GUERRERO, V.M. (2000): Intercambio y comercio precolonial en las Baleares (c. 1100-600 cal. BC). *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo* (P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo, eds.), I Coloquio del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos (1988), Madrid: 35-57.
- GUERRERO, V.M.; CALVO, M. (e.p.): Models of commercial exchange between the indigenous population and colonists in the protohistory of the balearic islands. *Estudi Fenici*.
- GUERRERO, V.M.; MIRÓ, J.; RAMÓN, J. (1989): L'èpave de Binisafuller (Minorque). Un bateau de commerce punique du IIIe siècle av. J.C. *Studia Phoenicia X*, "Punic Wars", Leuven: 115-125.
- GUERRERO, V.M.; MIRÓ, J.; RAMÓN, J. (1991): El pecio de Binisafuller (Menorca), un mercante púnico del s. III a.C. *Meloussa*, 2: 9-30.
- GUERRERO, V.M.; QUINTANA, C. (2000): Comercio y difusión de las ánforas ibéricas en Baleares. *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló*, 21: 153-182.
- GUERRERO, V.; SANMARTÍ, J.; HERNÁNDEZ, J.; GORNÉS, S.; GUAL, J.; LÓPEZ PONS, A.; DE NICOLÁS, J. (e.p.): Biniparratx Petit (Sant Lluís): Un proyecto de investigación y revalorización del patrimonio arqueológico en el Sureste de la isla de Menorca. Actas de "World Islands in Prehistory" Conference 2001 (Deià, septiembre 2001).
- GUILAINE, J. (1987): Le sud de la France, la Corse et la circulation des Bronzes de 1200 à 500 avant J.C. *La Sardegna nel Mediterraneo tra il secondo e il primo millennio a.C.*, Atti del II Convegno di Studi "Un millenio di relazioni fra la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo" (Selargius-Cagliari 1986), Cagliari: 443-465.
- HALDANE, CH. (1993): Direct evidence for organic cargoes in the Late Bronze Age. *Ancient trade: New perspectives* (J. Oates, ed.), World Archaeology, 24-3: 348-360.
- HERDERSON, J. (1999): ¿Una nueva caracterización? La investigación científica de las cuentas de fayenza encontradas en la Cova des Càrritx (Menorca), Sa Cometa des Morts I (Mallorca), Son Maimó (Mallorca) y Este (Véneto, Italia). *La Cova des Càrritx y la Cova des Mussol. Ideología y sociedad en la prehistoria de Menorca* (V. Lull, R. Micó, C. Rihuete y R. Risch), Barcelona: 631-242.
- JODIN, A. (1966): *Mogador. Comptoir phénicien du Maroc atlantique*. Tánger.
- JUAN, G.; PLANTALAMOR, L. (1997): *Memòria de les excavacions a la naveta de Cala Blanca. 1986-1993*. Treballs del Museu de Menorca 21, Maó.
- LANFRANCHI, F. DE; WEISS, M.C. (1997): La premier Age su Fer: un renouvellement technologique. *L'aventure humaine préhistorique en Corse* (F. de Lanfranchi y M.C. Weiss, dirs.), Ed. Albiana, Ajaccio: 392-411.
- LILLIU, G. (1987): *La civiltà nuragica*. Firenze.
- LILLO, P.A. (1981): *El poblamiento ibérico de Murcia*. Universidad de Murcia, Murcia.
- LÓPEZ CASTRO, J.L. (2000): Formas de intercambio de los fenicios occidentales en época arcaica. *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo* (P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo, eds.), I Coloquio del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos (1988), Madrid: 123-136.
- LÓPEZ PARDO, F. (2000): Del comercio invisible (comercio silencioso) a las factorías-fortaleza en la costa atlántica africana. *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo* (P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo, eds.), I Coloquio del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos (1988), Madrid: 215-230.
- LÓPEZ SEGUI, E. (1997): El alfar ibérico. *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)* (M. Olcina, ed.), Museo Arq. Provincial de Alicante, Serie Mayor 1: 221-250.
- LUCAS, M^a.R.; GARCÍA, P. (1993): Transporte marítimo de metal como materia prima durante el Bronce Final. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 20: 107-131.
- LULL, V.; MICÓ, R.; RIHUETE, C.; RISCH, R. (1999): *La Cova des Càrritx y la Cova des Mussol. Ideología y sociedad en la prehistoria de Menorca*. Barcelona.
- LULL, V.; MICÓ, R.; RIHUETE, C.; RISCH, R. (2001): *La prehistoria de las islas baleares y el yacimiento arqueológico de Son fornés (Montuiri, Mallorca)*. Edición Fundación Son Fornés, Barcelona.
- MANFREDI, L.I. (1993): LKS e MGM SMS: nuovi dati del convegno su Lixus 1989. *Rivista di Studi Fenici*, XXI, suppl.: 95-102.
- MANNING, S.W.; WENINGER, B. (1992): A light in the dark: archaeological wiggle matching and the absolute chronology of the close of the Aegean Late Bronze Age. *Antiquity*, 66: 636-663.
- MARTÍN, M.; ROLDÁN, B. (1992): Aspectos arqueológicos y urbanísticos de la Cartagena Púnica. *Historia de Cartagena*, IV: 109-149.
- MASCORT, M^a.T.; SANMARTÍ, J.; SANTACANA, J. (1991): *El jaciment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet) i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional*. Tarragona.
- MAYET, F.; TAVARES DA SILVA, C. (1993): A presença fenícia no Baixo Sado. *Os fenícios no território português* (AA. VV.), Estudos Orientais, Instituto Oriental, Lisboa: 127-142.
- MAYET, F.; TAVARES DA SILVA, C. (2000): Abul et la présence phénicienne sur l'Atlantique. *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cádiz 1995), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz: 849-858.
- MAUSS, M. (1971): Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas. *Sociología y antropología* (M. Mauss), Madrid: 153-253.
- MAYA, J.L.; CUESTA, F.; LÓPEZ CACHERO, J. (1998): *Genó: Un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*. Publicaciones de la Universidad de Barcelona, Barcelona.
- MAZZA, F. (1988): La "precolonizzazione" fenicia: problemi storici e questioni metodologiche. *Momenti precoloniali nel Mediterraneo Antico*, Roma: 191-204.

- MERANTE, V. (1967): Malco e la cronologia cartaginesa fino alle battaglia d'Imera. *Kokalos*, 13: 105-116.
- MESTRES, J.S.; RAURET, G.; GARCÍA, J.F. (1991): University of Barcelona radiocarbon dates I. *Radiocarbon*, 33: 355-365.
- MESTRES, J.S.; NICOLÁS, J.C. (1999): Contribución de la datación por radiocarbono al establecimiento de la cronología absoluta de la prehistoria de Menorca. *Caesar Augusta*, 73: 327-341.
- MOREL, J.-P. (1983): Les relations économiques dans l'Occident grec. *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche* (Cortona 1981), Roma: 549-580.
- MOSCATI, S. (1968): *Fenici e cartaginesi in Sardegna*. Milán.
- MOSCATI, S. (1983): Precolonizzazione greca e precolonizzazione fenicia. *Rivista di Studi Fenici*, XI-1: 1-7.
- NEGUERUELA, I; PINEDO, J.; GÓMEZ, M.; MIÑANO, A.; ARELANO, I.; BARBA, J.S. (2000): Descubrimiento de dos barcos fenicios en Mazarrón. *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cádiz 1995), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz: 1671-1680.
- NICOLÁS, J.C. DE (1999): Mongofre Nou (Maó). Hábitat i mon funerari a la prehistòria de Menorca. Ponencia en el curso *Estat Actual de la Investigació Arqueològica a les Balears*, Univ. Int. de Menorca Illa del Rei, Mahón.
- NICOLÁS, J.C. DE; CONDE, M^a.J. (1993): *La ceràmica ibèrica pintada a les illes Balears i Pitiüses*. Col.lecció Recerca 3, Intitut Menorquí d'Estudis, Mahón.
- NICOLÁS, J.C. DE; SÁNCHEZ, J. (1991): El gravat amb figura egíptizant del port de Ciutadella. *Rev. de Menorca*, III: 419-430.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A.M^a. (1999): Ánforas turdetanas, mediterráneas y púnicas del s. III del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología* (Cartagena 1997), Murcia: 133-140.
- ORFILA, M. (1983): Estatuillas de bronce antiguas. *Geografía e Historia de Menorca* (J. Mascaró, coord.), vol. IV, Mahón: 85-158.
- PINO, B.; MORALES, A. (e.p.): *La fauna del yacimiento talayótico de Biniparratxet Petit (Sant Lluís, Menorca)*. Informe de la campaña 2000.
- PLANTALAMOR, L. (1979): Arqueología. *Enciclopedia de Menorca VIII*, Mahón.
- PLANTALAMOR, L. (1991): *L'Arquitectura prehistòrica i protohistòrica de Menorca i el seu marc cultural*. Maó.
- PLANTALAMOR, L. (1997): Prehistoria de las islas Baleares. *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria y Arqueología, 10: 325-389.
- PLANTALAMOR, L.; STRYDONCK, L. VAN (1997): *La cronología de la prehistòria de Menorca (Noves datacions de C14)*. Treballs del Museu de Menorca 20, Mahón.
- POLANY, K.; ARENSBERG, C.M.; PEARSON, H.W. (eds.) (1976): *Comercio y Mercado en los imperios antiguos*. Barcelona.
- PULAK, C. (1988): The Bronze Age shipwreck at Ulu Burun, Turkey: 1985 campaign. *American Journal of Arch.*, 92: 1-37.
- QUESADA, F. (1994): Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: La cuestión del mercenariado. *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica* (D. Vaquez, coord.), *Actas del Encuentro Int.*, Univ. de Córdoba (1993), Córdoba: 191-246.
- QUINTANA, C. (1999): El jaciment protohistòric del Puig de Sa Morisca: Consideracions preliminars. *Mayurqa*, 25: 141-153.
- QUINTANA, C. (2000): *La ceràmica superficial d'importació del Puig de Sa Morisca*. Palma.
- RAFEL, N. (1997): Colgantes de bronce paleoibéricos en el N.E. de la Península Ibérica. Algunas reflexiones sobre las relaciones mediterráneas. *Pyrenae*, 28: 99-117.
- RAMÓN, J. (1981): Sobre els orígens de la colònia fenícia d'Eivissa. *Eivissa*, 12: 24-31.
- RAMÓN, J. (1983): Puntas de flecha de bronce fenicio-púnicas halladas en Ibiza: Algunos materiales inéditos. *Hom. al Prof. Martín Almagro Basch*, II: 309-323.
- RAMÓN, J. (1991): El yacimiento fenicio de Sa Caleta. *I-V Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica*, Trab. Museo Arq. de Ibiza, 24: 177-196.
- RAMÓN, J. (1991a): *Las ánforas púnicas de Ibiza*. Trab. del Museo Arq. de Ibiza 23, Eivissa.
- RAMÓN, J. (1993): MI-50 Eivissa. *Gala*, 2: 69-88.
- RAMÓN, J. (1994): El nacimiento de la ciudad fenicia de la bahía de Ibiza. *El mundo púnico. Historia, Sociedad y cultura* (A. González, J.L. Cunchillos y M. Molina, coords.), Murcia: 325-370.
- RAMÓN, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*. Barcelona.
- RAMÓN, J. (1996): Las relaciones de Eivissa en época fenicia con las comunidades del Bronce Final y Hierro Antiguo de Cataluña. *Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 A.N.E. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre* (J. Rovira, ed.), Taulas Redones d'Arqueologia, Gala 3-5 (1994-1996): 399-422.
- RAMÓN, J. (1999): La ceràmica fenicia a torno de Sa Caleta. *La ceràmica fenicia en Occidente: centres de producció i àrees de comerç*, *Actas del Seminario Internacional sobre temas fenicios* (Alicante 1999): 149-214.
- RIHUETE, C. (2000): *Dimensiones bio-arqueológicas de los contextos funerarios. Estudio de los restos humanos de la necrópolis prehistórica de la Cova des Càrritx (Ciutadella, Menorca)*. Tesis Doctoral inédita, Universidad Autónoma de Barcelona.
- ROSSELLÓ, G. (1974): Los ajuares metálicos mallorquines como elementos cronológicos. *Prehistoria y Arqueología de las Baleares*, VI Symp. de Prehistoria Peninsular, Barcelona: 115-127.
- ROSSELLÓ, G. (1979): *La cultura talayótica en Mallorca*. Palma.
- ROSSELLÓ, G. (1992): Mallorca en el Bronce Final (s. XVI-XIII a.C.). *La Sardegna nel Mediterraneo tra il Bronzo Medio e il Bronzo Recente (XVI-XIII sec. AC)*, Tai del III Convengo di Studi "Un Millennio di relazioni fra la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo" (AA.VV.), (Selargius-Cagliari, 1987), Edizioni della Torre, Cagliari: 421-442.
- ROSSELLÓ, G.; CAMPS, J. (1972): Excavaciones en el complejo Noroeste de "Es Figueral de Son Real" (Sta. Margarita, Mallorca). *Noticiero Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, I: 111-176.
- ROSSELLÓ, G.; WALDREN, W. (1973): Excavaciones en el abrigo de Son Matge (Valldemossa, Mallorca). *Noticiero Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, II: 213-286.
- ROWLANDS, M.; LARSEN, M.; KRISTIANSEN, K. (eds.) (1987): *Centre and Periphery in the Ancient World, News Directions*. Cambridge.
- RUANO, E. (1997): Las cuentas de collar, en *Vidrios del Puig des Molins (Eivissa)*. *La colección de D. José Costa*

- "Pícarol". Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera 37, Ibiza: 101-119.
- RUIZ-GÁLVEZ, M.L. (ed.) (1995): *Ritos de paso y rutas de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum Extra 5, Madrid.
- SÁNCHEZ, J. (1974): Nuevas aportaciones al tema de las puntas "a barbillón". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología* 1, Univ. Autónoma de Madrid: 71-101.
- SANDARS, N.K. (1978): *The Sea Peoples. Warriors of the Ancient Mediterranean, 1250-1150 B.C.* Thames & Hudson, London.
- SCHIAVO, F.L.; RIDGWAY, D. (1987): La Sardegna e il Mediterraneo occidentale allo scorcio del II millennio. *La Sardegna nel Mediterraneo tra il secondo e il primo millennio a.C.*, Atti del II Convegno di Studi "Un millennio di relazioni fra la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo", Selargius-Cagliari: 391-418.
- SCHUBART, H. (1983): Morro de Mezquitilla. Vorbericht über die Grabungskampagne 1982 auf dem Siendlungshügel an der Algarrobo-Mündung. *Madridrer Mitteilungen*, 24: 104-131.
- SCHUBART, H. (1999): La forja fenicia del hierro en el Morro de Mezquitilla. *La cerámica fenicia en Occidente: centros de producción y comercio* (A. González Prats, ed.), Actas del I Seminario Internacional Sobre Temas Fenicios, Alicante: 241-256.
- SCHUBART, H. (2000): Los hallazgos de metal procedentes del horizonte fenicio más antiguo B1 del Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga). *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cádiz 1995), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz: 1601-1614.
- SCHUBART, H.; MAASS-LINDEMANN, G. (1984): Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río Vélez. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 18: 39-210.
- SCHUBART, H.; NIEMEYER, H.G. (1969): La factoría paleopúnica de Toscanos. *Tarresos. V Symposium de Prehistoria Peninsular*, Barcelona: 203-219.
- SCHUBART, H.; NIEMEYER, H.G. (1976): *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo*. Excavaciones Arqueológicas en España 90, Madrid.
- SHERRATT, S.; SHERRATT, A. (1993): The growth of the Mediterranean economy in the early first millennium BC. *Ancient Trade: New Perspectives* (J. Oates, ed.), World Archaeology, 24-3: 361-378.
- SPARKES, B.A.; TALCOTT, L. (1970): *The Athenian Agora. Black and plain pottery*, vol. XII, part 1. Princeton, New Jersey.
- SPINDLER, K.; CASTELLO, A. DE; ZBYSZEWSKI, G.; VEIGA, O. DA (1973-74): Le monument à coupole de l'Âge du Bronze Final de la Roça do Casal do Meio (Calhariz). *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, 57: 91-154.
- STRYDONCK, M.J.; WALDREN, W.; HENDRIX, V. (1998): The 14C chronology of the Son Mas Sanctuary site (Vallde-mosa, Mallorca, Spain). *Proceedings of the 16th International 14C Conference* (W.G. Mook y J. Var der Plicht, eds.), Radiocarbon, 40-2: 735-748.
- TARRAMELLI, A. (1921): *Il ripostiglio del bronci nuraghi di Monte Sa Idda, Cagliari*. Roma.
- TOPP, C.; FERNÁNDEZ, J.H.; PLANTALAMOR, L. (1979): Recent archaeological activities in Ibiza and Formentera. *Bulletin*, Inst. of Arch. of the Univ. of London, XVI: 215-231.
- TORRES, M. (1998): La cronología absoluta europea y el inicio de la colonización fenicia en Occidente. Implicaciones cronológicas en Chipre y el Próximo Oriente. *Complutum*, 9: 49-60.
- TRUMP, D. (1990): *Nurage Noeddos and the Bonu Ighinu Valley. Excavation and survey in Sardinia*. Oxbow Books, Oxford.
- TUSA, V. (1973): Il luogo di arsiene. Lo scavo del 1971. *Moza VIII. Rapporto preliminare dell campagna di scavi 1971*, Soprintendenza alle Antichità della Sicilia Occidentale, Consiglio Nazionale delle Cicerche, Roma: 35-56.
- TYKOT, R.H. (1994): Radiocarbon dating and absolute chronology in Sardinia and Corsica. *Radiocarbon dating and Italian Prehistory* (R. Skeates y R. Whitehouse, eds.), Archaeological Monographs of the British School at Rome, 8 (Accordia Specialist Studies on Italy, 3), Londres: 115-145.
- VENY, C. (1982): *La necrópolis protohistórica de Cales Coves. Menorca*. Biblioteca Praehistórica Hispana XX, Madrid.
- VUIELLEMOT, G. (1965): *Reconnaisances aux échelles puniques d'Oranie*. Autun.
- WAGNER, C.G. (1984): El comercio púnico en el Mediterráneo a la luz de una nueva interpretación de los tratados concluidos entre Cartago y Roma. *Memorias de Historia Antigua*, 6: 211-224.
- WAGNER, C.G. (1993): Aspectos socioeconómicos de la expansión fenicia en Occidente: el intercambio desigual y la colonización agrícola. *Societat i economia a la Prehistòria i Món Antic* (V.M. Guerrero, coord.), Rev. Estudis d'Història Econòmica, Palma: 13-38.
- WAGNER, C.G. (2000): Comercio lejano, colonización e intercambio desigual en la expansión fenicia arcaica por el Mediterráneo. *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo* (P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo, eds.), I Coloquio del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos (1988), Madrid: 79-91.
- WAGNER, C.G.; ALVAR, J. (1989): Fenicios en Occidente: la colonización agrícola. *Riv. Studi Fenici*, XVII-1: 61-102.
- WALDREN, W. (1982): *Balearic Prehistoric Ecology and Culture*. British Archaeological Reports, International Series 149, Oxford.
- WALDREN, W. (1986): *Balearic Pentapartite Division of Prehistory. Radiocarbon and other Age determination inventories*. B.A.R., Int. Series 282, Oxford.
- WALDREN, W. (1992): *Radiocarbon and other Isotopic Age Determination from Balearic Islands: a Comprehensive Inventory*. D.A.M.A.R.C. 26, Deia Arch. Museum and Research Centre and Donald Baden-Powell Quaternary Research Centre, Oxford University.
- WALDREN, W.; STRYDONCK, M. VAN (1993): *Talayot I. Dating the activity sequence of the structure. A radiocarbon analyses survey*. D.A.M.A.R.C. 22, Deia Archaeological Museum and Research Centre and Donald Baden-Powell Quaternary Centre, Oxford University.
- WEISS, M.C. (1997): La sépulture du Monte Lazzu. *L'aventure humaine préhistorique en Corse* (F. de Lanfranchi y M.C. Weiss, dirs.), Ed. Albiana, Ajaccio: 412-415.